

LA ÚLTIMA PALABRA: TEXTOS INÉDITOS DE ANTONIO MARTÍNEZ MENCHÉN

Lorenzo Martínez Aguilar

A lo largo de mi amistad e intercambio de libros, artículos, presentaciones, correos electrónicos, etc. con Antonio Martínez Menchén, este me hizo depositario de algunos de sus textos inéditos que desde entonces forman parte de mi recuerdo, de mi memoria y de mi archivo personal. Destinados por él hacia mi como un legado por la vía de la confianza y la amistad, guardados hasta ahora entre mis documentos con el celo del oro en paño, usados arbitrariamente desde el privilegio de su tenencia y citados en los trabajos de crítica literaria que hasta ahora he venido realizando sobre este autor, dada mi admiración de escritor y alumno por la obra del amigo y el maestro, son como viejos pecios que evocan momentos compartidos y también significan un componente emocional de nuestra relación literaria.

Ahora, tras su muerte, estoy convencido de que la obra literaria de Martínez Menchén, más tarde o más temprano, será reconocida ampliamente por sus características propias, por su discurso humanista y solidario, por su compromiso ético y social con el momento histórico que le tocó vivir, por los elementos fantásticos y mágicos de su narrativa infantil y juvenil... en definitiva, por la calidad en general que tiene su obra, como ha quedado analizado y resaltado en los trabajos de crítica literaria que han venido fijándose en sus obras y como también reflejan los artículos que componen este volumen. Como digo, estoy convencido de que la obra literaria de Martínez Menchén está destinada a perdurar en el tiempo, más allá de modas literarias pasadas o venideras. Y tampoco dudo que sobre la importancia de esta obra continuarán haciéndose tra-

bajos de estudios y análisis que insistirán en calibrar y justificar dicha calidad para situarla en el lugar que por merecimientos le corresponde como uno de los grandes narradores y renovadores de la historia de la Literatura Española en la segunda mitad del siglo XX.

Desde esa perspectiva esperamos y deseamos entender que el presente y el futuro corregirán el olvido injustificable y negligente a la que a menudo han sido sometidas las obras de Antonio Martínez Menchén desde la crítica literaria al uso, su mercantilismo editorial. Como expuso en 1986 el también escritor Meliano Peraile, refiriéndose a otra gran obra de Antonio, *La caja china*:

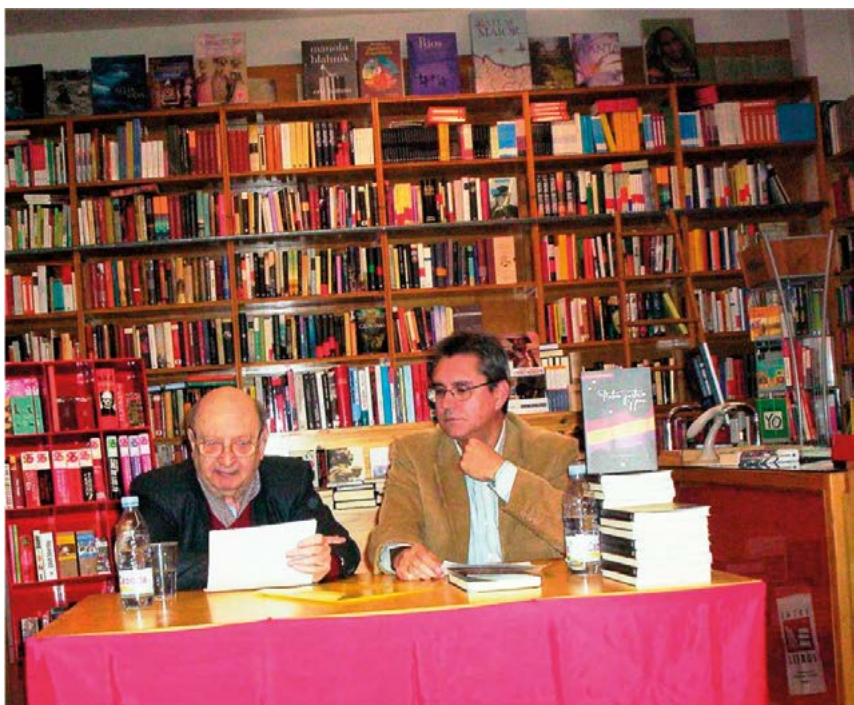
«Sólo en medio de las turbias nieblas de la confusión puede tomarse la granza por el grano y puede ocurrir que, en tanto se lleva a los altares la mediocridad traída del extranjero, o a la farfolla de cosecha nacional, bendecida por los clérigos que ofician en las capillas de las páginas literarias, no se haya saludado con gozo de aparición de una novela de la talla de *La caja china*, grande en su aparente parvedad»¹.

Decía el poeta Octavio Paz que «la memoria no es lo que recordamos, sino lo que nos recuerda. La memoria es un presente que nunca acaba de pasar». En ese sentido, desde esa memoria haciéndola presente que dice Paz, entendiendo y asimilando que cuantos más elementos y datos de conocimiento y memoria podamos aportar para el conocimiento de la narrativa de este autor, sobre su vida, obra, pensamiento, opinión; sobre la organización de su mundo en el trasiego de su vida... como digo, cuantos más elementos y datos de conocimiento y memoria podamos aportar, mejor se podrán optimizar futuros estudios y más precisos sobre su biografía y sus obras.

En esa finalidad, pienso, es conveniente dar a conocer, compartir y poner en común esos documentos inéditos, para conocimiento general y para que estos puedan servir de referencias a futuros estudios sobre la obra del escritor Martínez Menchén, apo yando la importancia de lo colectivo sobre lo individual.

El primero de estos documentos inéditos que ofrezco aquí es el texto de la presentación que hizo de su novela *Patria, Justicia y Pan*, acto que compartí con él el 23 de marzo de 2007 en la librería Entre Libros de Linares. Este texto es interesante porque además de exponer sus criterios sobre la base argumental que le llevó a escribir dicha novela, expone su jubilación como narrador.

¹ PERAILE, Meliano: «La caja china. Esa breve gran novela», periódico *Ahora*, 18 de abril de 1986, p. 48.



Antonio Martínez Menchén y Lorenzo Martínez Aguilar, en la presentación del libro *Patria, Justicia y Pan*.

Foto: Archivo personal de Lorenzo Martínez Aguilar

El siguiente texto se trata de una colección de artículos recogidos bajo el título *Hechos y Palabras*. Su carácter de inédito radica en el propio título y conjunto, ya que se trata de una recopilación de otros tantos artículos publicados en diversos periódicos como *Liberación*, *Diario 16 de Andalucía*, *El Sol* y en revistas tales como *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Cuadernos para el Diálogo* y *Muface* (Mutualidad de Funcionarios del Estado). Fueron escogidos y seleccionados por él con vistas a ser publicados en formato libro. Con una prosa directa, en la parte correspondiente a los *Hechos*, recoge cuarenta y dos artículos en los que fue analizando aspectos del día a día y acontecimientos contemporáneos con la agudeza del observador que desde su tribuna y con el compromiso social que lo caracterizó, aporta una visión crítica de la sociedad en la vive. Respecto a la parte *Palabras*, se incluyen dieciséis artículos que inciden especialmente en breves críticas literarias de su amplio conocimiento como lector atento de otros tantos escritores, caso de Pío Baroja, Fiódor Dostoyevski, James Joyce... En esta parte también inserta un ácido, humorístico y jocosos relato que bajo el título de *Carta de un letrado carcamal a un su ahijado que le interesaban nuevas sobre el estado de*

la crítica en esta villa y corte, dedicado a los críticos literarios, una pequeña venganza de Martínez Menchén que como ya sabemos y quedó expuesto sus obras a menudo fueron obviadas por la crítica literaria. Para finalizar con el ensayo *La estrella, la Virgen y la cestita en el río (Nacimiento e infancia del héroe)*, en el que analiza con detenimiento el nacimiento del héroe en los cuentos infantiles.

El tercer documento inédito que presento aquí, es el segundo volumen de su libro de memorias *El sueño de una sombra (Juventud y algunos años más)*. Recordemos que el primer volumen de estas memorias fue editado en 2015 y tuve el placer de presentarlo a través del Centro de Estudios Linareses, en el Salón de Actos Casa de Cultura de Linares, el 30 de junio de 2015, junto a su hijo Carlos Martínez Aguirre y su esposa, Jesusa Aguirre, quien durante el acto donó sendos cuadros (el retrato de Antonio y el abstracto sobre su obra *Cinco variaciones*) a la Pinacoteca Municipal de Linares a través del CEL. Para esta fecha el escritor ya estaba enfermo, por lo que no pudo desplazarse a Linares, aunque envió un texto de salutación que fue leído por su hijo.



Jesusa Aguirre y Carlos Martínez Aguirre, esposa e hijo de Antonio Martínez Menchén. Daniel Campos López y Lorenzo Martínez Aguilar, vicepresidente y director académico del CEL, respectivamente, en la presentación del libro *El sueño de una sombra*,
Foto: Archivo personal de Lorenzo Martínez Aguilar

El sueño de una sombra (Juventud y algunos años más) estaba llamado a continuar las memorias del escritor, pero la salud de Antonio ya estaba resen-

tida, por lo que la escritura de estas memorias se quedó en la página 64. Antonio tenía 85 años. Debo entender que la falta de finalización se debió a la edad y al cansancio físico y psicológico.

En estas memorias fragmentadas, no obstante, Antonio nos ofrece datos interesantes de su estancia en Madrid, en casa de su tío Pepe, cuando hizo la carrera de Derecho; de los ambientes universitarios y literarios madrileños que frecuentaba. Y cuando comenzó a escribir en 19653 su primer obra, *Cinco variaciones*.

Y en esta línea rescatamos con ímpetu de no rendirnos al olvido, estas obras como la última palabra.

DOCUMENTO INÉDITO 1

TEXTO DE PRESENTACIÓN DE LA NOVELA PATRIA, JUSTICIA Y PAN, 23 DE MARZO DE 2007, LIBRERÍA ENTRE LIBROS DE LINARES

Señoras y señores:

Ante todo quiero dejar constancia de mi agradecimiento a la librería Entre Libros por un doble motivo. El primero porque en este tiempo de inflación editorial en el que casi todas las librerías y, sobre todo, las grandes superficies que han ido sustituyendo a las librerías tradicionales, llenan sus estantes con las sucesiva producción de los grandes consorcios de la edición, dicho librería haya encontrado un hueco para esta novela publicada por una pequeña, casi clandestina editorial. El segundo motivo porque haya tenido la gentileza de invitarme para que haga la presentación de este libro.

Deseo asimismo dar testimonio de mi agradecimiento a los amigos de la asociación cultural Qastuluna y muy especialmente a Lorenzo Martínez Aguilar, que una vez más han dado muestras del aprecio que sienten por mi. Finalmente quiero dar las gracias a todos los que han tenido la deferencia de acudir a esta presentación.

Patria, Justicia y Pan, es mi última novela. Y al decir última no me refiero solo a que es la última que he escrito, sino que con ella cierro mi trabajo como narrador. Esto se debe a dos hechos. El primero la situación literaria en este país, que no sólo resulta hostil para los narradores independientes que no estamos insertos en ninguno de los corrillos culturales ni en ninguna de las cuadras de las cuatro o cinco editoriales que manejan la literatura en España, sino, lo que para mí aún resulta más grave, porque esta situación literaria, está forma de entender lo que la literatura, lo que es una creación literaria, de a qué tipo de público va destinada dicha creación es, en el momento presente, completamente distinta de lo que era cuando yo comencé a escribir y de lo que yo entendía y aún sigo entendiendo que debiera ser. Por eso, al verme como algo anacrónico, abandono.

El segundo hecho es que ya soy viejo y, mejor o peor, he realizado una obra en la que pienso he dicho lo que debía de decir y en la forma en que debía decirlo. Ya no estoy en edad para intentar abrir nuevos caminos por lo que, de insistir creando ficciones narrativas, solo haría que repetir lo ya escrito y, dado el deterioro en todos los sentidos consecuencia de los años, de peor manera.

Patria, Justicia y Pan es una novela que se desarrolla en el Madrid de la primera posguerra, muy concretamente en unos pocos días de finales del invierno del 1942. Mi primera novela, Cinco variaciones, también se desarro-

lla en Madrid y tenía la peculiaridad única en mi obra (salvo, y sólo en parte, *Pro patria mori*) de que la acción transcurría en la misma época en que se estaba gestando la novela. A partir de entonces mi producción novelística dejó Madrid como lugar de la acción para trasladarse a otros lugares (Segovia, Cástulo-Linares), y dejó también la simultaneidad entre la época en que vive el narrador y la del desarrollo de la acción de la novela para situar esta en el pasado, casi siempre el de la inmediata posguerra; y ello no solo porque la inmediata posguerra es el tiempo de mi infancia y adolescencia, sino porque, a mi entender, esta época especialmente dura y cruel es una de las más significativas en la dura y cruel historia de nuestro país en el pasado siglo.

Siguiendo pues esa tendencia mía en situar mis narraciones en esa época de la inmediata posguerra, también en ella he situado mi última novela. Pero la acción transcurre en Madrid, ciudad a la que casi no había vuelto desde mi primera obra. Y aunque yo he vivido la mayor parte de vida en esa ciudad, no vivía en ella durante los años en que se desarrolla dicha acción, por lo que cabría preguntar por qué he elegido precisamente Madrid para situar los hechos y personajes de la misma.

La respuesta es sencilla. He elegido Madrid para hablar de aquella época terrible, porque creo que es en Madrid donde la miseria y dolor de la España de aquellos años se refleja con mayor intensidad.

Madrid había sido la ciudad símbolo de la resistencia contra la sublevación militar. Era la ciudad a la que llegaron y de la que se despidieron las Brigadas Internacionales; la ciudad sitiada que se apresuró a abandonar el gobierno, pero en la que quedaron la mayoría de los madrileños (muchos, seguramente, porque no tenían donde ir) bajo el castigo de los bombardeos (fue Madrid la ciudad del mundo que padeció las peores incursiones aéreas hasta que se declaró la segunda guerra mundial), bajo el estallido de los obuses de la artillería enemiga que estaba en sus propias puertas. Sometida al fuego enemigo, entre ruinas y hambrienta, la pobre gente de Madrid resistió casi tres años de sitio, antecediendo a los sitios legendarios de Leningrado y Stalingrado, y haciendo universalmente célebre su consigna del ‘No pasarán’ Y cuando al fin, después casi de tres años, entraron los vencedores (como cantaba chulescamente en su chotis “Ya hemos pasao” aquella vedete que con sus espectáculos kitsch era la favorita de la pequeña y mediana burguesía triunfadora), cuando entraron los vencedores en aquella ciudad medio en ruinas, los madrileños que podían tener como consuelo a su derrota el que con la llegada de la paz, iba a cesar su hambre, su miseria y sus sufrimientos, vieron en su gran mayoría defraudada esa esperanza porque no había llegado la paz sino la victoria, y con la victoria el revanchismo y la venganza.

En una crítica que hizo a mi libro de relatos *Una infancia perdida* el profesor Ricardo Senabre escribió textualmente: “Relatos como *Partida al atardecer* -acaso el más rico y logrado del conjunto por el singular equilibrio entre historia y sustrato literario- o *Una aventura encierran*, a pesar de su brevedad, más información sobre la difícil posguerra y sobre la infancia que en ella creció que muchos tratados de historia pura”. Pues bien, esto es lo que he querido hacer en muchas de mis obras y muy concretamente en esta novela que hoy presento. Hacer la historia de una época en un lugar determinado, un lugar que, a mi entender, es el más idóneo para reflejar este periodo. Pero entiéndase. No *Historia* con mayúscula, no la historia de los grandes personajes, de los acontecimientos destacados, sino *minihistoria* o *intrahistoria*. La historia de los seres vulgares, de los acontecimientos cotidianos a través de una ficción literaria en la que se recrea estos seres y estos acontecimientos.

Esto es la novela: *La intrahistoria del Madrid de la posguerra*. Una historia que se cuenta reflejando fragmentariamente breves momentos de la vida cotidiana de un grupo de personajes; unos, la mayoría, gente humilde, los pobres, los sufrientes, los vencidos; otros, menos, los triunfadores. Y con vencedores y vencidos, durante unos pocos días del invierno del cuarenta y dos y en el marco de una ciudad, Madrid, reflejar lo que fue la España de la primera posguerra.

¿Maniquea? Si, maniquea. Porque maniquea era la realidad. Se ha dicho y escrito que durante nuestra guerra incivil todos cometieron crímenes, los de un lado y otro; y yo no lo niego. Es más, en *La Edad de hierro*, cuya acción se desarrolla en parte durante la guerra en zona republicana, describo dos de aquellos crímenes. Pero esta novela no se desarrolla en la guerra, sino en la posguerra. Y la mayor culpa de los sublevados (con independencia del hecho mismo de que se sublevaran, abriendo así la caja de Pandora) fue que una vez que vencieron, continuaron la guerra. Por eso en el año en que se desarrolla esta novela no podía haber otros crímenes que los de ellos, los vencedores. Los otros, aunque quisieran, no podían por la sencilla razón de que estaban muertos, o encarcelados o encadenados por el miedo. Por eso, con independencia de mis sentimientos e ideología, mi novela es maniquea: por que es real y la realidad también lo era.

La novela es una novela fragmentaria. Esta hecha con retazos de historia, con breves episodios protagonizados por cada uno de los personajes, episodios que se van sucediendo sucesivamente sin que guarden una secuencia de continuidad. Algunos de estos personajes están relacionados entre sí, pero no tienen relación con los otros. Varios viven en una misma casa, una humilde casa de Cuatro Caminos. Otros están relacionados porque, de una forma y otra lo están

con un lujoso cabaret de la Gran Vía, o el local de copas y alterne de Chicote. Pero la novela es abierta, no tiene final. Se termina la novela y la historia de los personajes continuará y cada lector es libre de imaginarse esa continuación. Solo la historia de uno de sus actores tiene un final. El final definitivo e irremediable con que cierro la novela.

Vencedores y vencidos ... Está claro que la simpatía del autor está con los vencidos. Los dos niños, las dos prostitutas, la pequeña estraperlista, paisana nuestra; la anciana Rosa y su nieta; el electricista del cabaret y su padre encarcelado. Y Benita. Esa vieja mujer que representa la humanidad, la entrega sacrificada a los demás y la bondad sin límite que solo se encuentra entre los más humildes; esa Benita que es la transposición de la galdosiana Benina de Misericordia.

Esta transposición de Misericordia a mi novela es intencionada y significativa. Con ella no solo he querido subrayar la continuidad de nuestra Historia, la continuidad de una historia marcada por la injusticia social y la violencia, sino rendir un homenaje al más grande de nuestros novelistas, dejando aparte a Cervantes, que es otra cosa. Rendir un homenaje no solo a la inmensidad de la obra de Galdós, sino a su forma de entender la literatura, a esa intención de que sus novelas sean un testimonio de la España de su tiempo que, aunque con menos amplitud y maestría, es también lo que yo siempre he pretendido.

Y como pretende dar testimonio de una época dura, ésta es también una novela dura, muy dura. Quienes busquen únicamente en la lectura una evasión, el pasar un buen rato, es mejor que no entren en esta novela. Afortunadamente para ellos las librerías están repletas de obras que pueden satisfacer esas aspiraciones. Novelas históricas -pero de la historia con mayúscula-; de tiempos lejanos y muchas veces de lugares lejanos frecuentemente teñidas de exotismo, de sociedades secretas y códigos secretos; novelas con abundante sexo y páginas en que se repiten una y otra vez esas palabras que antes se tildaban de palabrotas pero que ahora no sólo salpican nuestras conversaciones sino nuestros escritos; novelas que son las que editan y propician nuestros grandes consorcios editoriales aconsejados por sus departamentos de márketing. Yo no he pretendido nunca hacer ese tipo de obras, dirigirme a esa clase de lectores, y por ello mis narraciones últimamente tienen que publicarse en pequeñas editoriales marginales.

Y no es que yo esté en contra de la ficción lúdica de la literatura. En la literatura cabe todo: la aventura, la risa, el mero divertimento; y la historia de la literatura está llena de obras de estos géneros, de obras destinadas primordialmente al entretenimiento del lector, que son verdaderas obras maestras. Yo de lo que estoy en contra es de la frivolidad. Como dijo el profesor Senabre en

la crítica a la que antes hice referencia, en mi obra podrá encontrarse un mayor o menor grado de acierto pero nunca ni un gramo de frivolidad.

Y por otra parte el que mi novela sea una novela dura no significa a mi entender que sea una novela aburrida. En el goce estético caben también muchas cosas y entre ellas la dureza, la descripción de la crueldad, como viene sucediendo desde la tragedia griega que, no olvidemos, era ante todo un espectáculo. Y la situación trágica puede distraer en el sentido más elevado de esta palabra y despertar en el lector o en el espectador emociones nobles y espirituales, entre ellas la compasión y la ternura hacia los protagonistas de esas historias.

Esa ha sido una de mis intenciones al escribir esta novela. Que el lector se conmueva con su lectura, que sienta compasión por las víctimas que aparecen en esta historia que son solo la fabulación de las víctimas reales de aquel terrible tiempo, y que esto le arrastre a la firme decisión de que, en la medida que él pueda, aquellos terribles tiempos nunca vuelvan a repetirse.

Muchas gracias.

DOCUMENTO INÉDITO 2

COLECCIÓN DE ARTÍCULOS RECOGIDOS
BAJO EL TÍTULO HECHOS Y PALABRAS

HECHOS Y PALABRAS

Antonio Martínez Menchén

HECHOS

EL DERECHO A LA PEREZA

Así es la vida... Ya han caído otras Navidades. Para quienes tenemos algunos años, cada Navidad que pasa nos deja en la boca un sabor de resaca amarga. Y es que la vida es como el vino barato que, en lugar de ganar con los años, se avinagra.

Aunque puede que el avinagrado sea únicamente yo -¿únicamente yo?- en este primer día de vuelta al trabajo. Y si me detengo en ello, si me paro a meditar en la causa de mi malhumor tras el fin de las vacaciones, llegó a la conclusión: de toda la pasada zarabanda lo único que realmente mereció la pena fueron las horas de absoluto ocio.

No es por una justificación personal por lo que una vez más me veo glorificando el *dolce far niente*. Comprendo que voy a contrapelo y puedo ser piedra de escándalo al afirmar estas cosas en una época de ejecutivos con máster USA y tecnócratas neoliberales con su mirada fija en el extremo oriente; pero cada uno es como es, y no voy a estas alturas a decir lo que ni pienso ni siento por el simple hecho de seguir la corriente.

Así que, una vez más, diré lo que creo. Y ello es que todas las cosas de real valía que ha hecho el hombre, surgen de un clima de ocio relajado, de un clima lúdico, y no de esa moral sacralizadora del trabajo, propia de una civilización que considera hasta la vida eterna desde un prisma de tendero -yo te doy en relación a lo que tú me des-. Desde la filosofía griega, nacida tras largas horas de perezosa charla frente a una jarra de vino, unas olivas y un queso de cabra, hasta la ley de la gravitación fruto de una siesta bajo un manzano, todo logro que ha servido para algo es hijo del ocio, y no de ese tedioso transcurrir del tiempo entre ficha y ficha del reloj.

Al menos, esto es lo que yo pienso. Pero mi joven tecnócrata, con sonrisa de suficiencia, enseguida me contrapone ese mundo que ve pasar la vida meciéndose muellemente en un chinchorro, y aquel otro de laboriosos enanos que, a las siete de la mañana, cantan a coro el himno de la empresa y meditan algún nuevo truco para aumentar su producción. El uno -dice- es el subdesarrollo; el otro el progreso. Y a continuación me bombardean con siglas y números en científica defensa de su tesis. Pero como yo soy poco científico, le contesto que no fetichizo esas siglas; que a mí, el PNB, por poner un ejemplo, me habla de las ganancias financieras y empresariales, que me importan un rábano, y no de la calidad e la vida cotidiana de la gente de a pie, que es lo que me importa. Así que América para los americanos, y Japón para los japoneses.

-¡Vamos! -me dice- que tú te quedas con el hambre de los negros...

-No -replico-, yo no me quedo ni quiero ese hambre. Pero el hambre del tercer mundo no es producto de la mentalidad ociosa de ese mundo, sino de la explotación a la que les somete ese otro mundo de los blancos, que encima los hace trabajar como negros. No definiendo el subdesarrollo, sino un concepto de la vida donde no se sacrifique el trabajo alienante -y en nuestra sociedad sobran los dedos de las manos para contar los que no son-, en que no se supedita todo a la productividad, y en el que el hombre, aunque consuma menos, disponga del bien máspreciado que tiene y que esta sociedad le roba: su propio tiempo.

-Bah -concluye mi joven tecnócrata-, tú eres un utópico.

-¿Tú crees? Yo pensaba que era un revolucionario.

EL RETORNO DE LA “SOCIEDAD INCIVIL”

Hasta ahora había encontrado anuncios publicitarios grotescos, hor-
teras, zafios, posmodernos, incluso -salvajes limones del Caribe- tonifi-
cantes. Faltaba en la colección el anuncio deprimente. Ha llegado al fin.
Me estoy refiriendo, claro está, a eso de: “¿Podrías vivir con la pensión
que le ha quedado a tu padre?”.

Para mí lo deprimente del anuncio no radica en la fisonomía del
digno señor -aún de buen ver, correctamente trajeado, sin signos externos
de decrepitud o miseria- que con mortecina voz interroga a su previsor
retoño, listo a cobijarse desde ya en uno de los Fondos de Pensiones;
tampoco en el hecho de que el digno caballero se vea como se ve sin que
pueda tachársele de cigarra locuela, pues pasó su vida trabajando y coti-
zando a la seguridad social, a las clases pasivas y a diversas mutualidades
y montepíos (allá, en sus años mozos, esas cotizaciones constituían la más
saneada fuente de los ingresos públicos y el mejor vehículo de ahorro
forzoso del país); no consiste siquiera en la paradoja de que, sin poder
vivir, viva o, lo que es lo mismo, que viva desviviendo. Lo que en verdad
me deprime es la filosofía que encierra la frase, filosofía que arrumba con
uno más de mis ilusos sueños.

Pues yo como usted acaso, iluso lector, soñé una vez que el Estado
era no el Leviatán absolutista, ni tampoco esa superestructura institucio-
nal de los intereses del capital de la que hablaban anarquistas y marxistas
y a la que, por tanto, había que destruir o transformar. Yo, como usted, vi
o soñé una vez al Estado como ese padre que dirige la creación del común
peculio y cuida de administrarlo y repartirlo de suerte que a todos llegue
el bienestar. velando, muy especialmente, como todo buen padre, por
aquellos de sus hijos más débiles, más disminuidos.

Mas no. Ese anuncio, así como las sabías voces de los profetas neolibera-
les, me indican que una nación no es el hogar común con que una vez soñé,
sino una especie de palenque donde los peces grandes engordan comiéndose
a los chicos en una lucha de todos contra todos, y en el que el Estado no tiene
otra misión que la de, armado de un garrote, impedir que los malos perde-
dores, disconformes con la derrota, violen las reglas de juego previamente
establecidas,

Y es así como la nación se divide en dos estamentos: el de quienes
viven y engordan, y el de quienes no pueden vivir aunque vivan desvi-
viendo, tal el caso de nuestro jubilado, nuestro parado o nuestro margi-
nado de cada día.

El problema que puede surgir es que como este segundo grupo, no obstante no poder vivir, vive y se multiplica, llegue un día en que se constituyan en la mayoría de la nación. ¿Qué puede ocurrir entonces?

La cuestión no es nueva. Ya en el siglo XVIII, los *buenvivientes* ingleses sentían la misma preocupación frente a unos irlandeses que, aunque no podían vivir, no sólo vivían sino que peligrosa y obscenamente se reproducían y multiplicaban. Cierta deán de la catedral dublinesa de San Patricio publicó en 1729 un folleto donde arbitraba algunas ingeniosas soluciones al caso. Yo, con toda modestia, propongo a nuestros profetas neoliberales que lean y mediten -eso sí, en profundidad- “Una modesta proposición para evitar que los hijos de los pobres de Irlanda sean una carga para sus padres o su país, y para hacerlos útiles al pueblo” de Jonathan Swift, y vean si el viejo vino puede trasladarse a los nuevos odres.

FATALIDAD

Había nacido antes de la guerra, realizado estudios medios durante los años del hambre e ingresado en la administración cuando el Opus subía al poder. Ahora había alcanzado al fin un nivel 24 y una cierta confianza en el porvenir. Claro que el hijo, a quien dio estudios superiores con la ilusión de que fuera más que él, estaba en paro y a su costa, y la hija no usaba de aquellos pudores que se gastaba sus mujer cuando eran novios y que para él eran la norma ideal de toda mujer. Pero, se decía, el chico antes o después encontrará trabajo, y lo de la chica son cosas de estos tiempos desquiciados. Y es así como dejaba transcurrir los días en una relativa placidez.

Una tarde fue a visitar a su amigo Esteban. Le agradaba Esteban ya que, aun cuando más joven, había leído mucho y siempre sacaba fruto de su conversación. Aquel día, en contra de lo habitual de su carácter, encontró a su amigo de un humor sombrío.

-¿Qué te ocurre?- le preguntó.

-¡Qué va ocurrirme ¡ Que se hunde la Bolsa de Nueva York...

-Bueno. ¿Y a ti qué?

-¿Cómo que a mi qué? Si se hunde Nueva York, también se hunde Madrid.

-¿Es que inviertes en Bolsa?

-Pareces tonto. ¿Cómo voy a invertir siendo funcionario?

-Luego ni te va ni te viene..

-¿Ah no...? Espera que te explique.

Y fue y le explicó. Le explicó que los americanos (del Norte), consumían mucho más de lo que producían. Que aquel despilfarro les tenía endeudados. Que, además, gran parte del dinero que se manejaba en la Bolsa era papel mojado, pues los movimientos del capital resultaban muy superiores a los de los bienes y servicios reales. Que esto produciría una crisis, tal como ocurrió el 29. ¿Y qué ocurrió el 29? Pues que no fueron precisamente los bolsistas quienes más perdieron. Ciertamente algunos se arruinaron, pero los ricos se recuperaron pronto. Quienes no se recuperaron fueron los pobres, los millones de obreros que perdieron su trabajo y los pequeños campesinos que perdieron sus tierras. Y sobre todo, los europeos. Porque la economía americana tira de la europea y si el caballo resbala, el carro vuelca. Así que en Europa pasó lo que pasó: El paro, la

inflación, el hambre, la inestabilidad social, el fascismo, la guerra... No es que ahora – concluyó - vaya a ocurrir exactamente lo mismo (las condiciones son otras); pero algo parecido, sí.

- Llevas razón -dijo cuando terminó su amigo-, aunque, después de todo, a los funcionarios siempre nos quedará el sueldecito.

-No seas tonto. Con ese sueldecito no tendrías ni para pan.

Cuando dejó a su amigo, más que asustado iba confuso. ¿Cómo es posible -se preguntaba- que el despilfarro de los americanos (del Norte) deba pagarlo yo que jamás despilfarré? ¿Cómo puedo estar a las duras si nunca estuve a las maduras?

Recordó una frase que alguien -ya no recordaba- había dicho hacía muchos siglos y que su amigo repitió un día.: “Somos juguetes del destino.” Qué gran verdad...

Decidió volver a su casa paseando para despejarse. Claro que se arriesgaba a que le saliera algún drogata navaja en ristre. Que se iba a hacer. También aquello estaría escrito...

CANCIÓN DE NAVIDAD

En 1843 publica Dickens su primera y más celebre *Canción de Navidad*. Su éxito fue tal que, a partir de entonces, dará casi todos los años por esas fechas un nuevo relato navideño a la imprenta. Elemento común en muchos de ellos es que en un mundo de egoísmo y crueldad, se produce como un don del cielo un toque de fraternidad y generosidad, que transforma en estos días entrañables los corazones. Bello sentimiento que tranquiliza la conciencia de los lectores burgueses del gran novelista, facilitando así su digestión. De ahí el secreto de su éxito.

Ciertamente el mundo de la Inglaterra de 1843 es un mundo cruel. En pleno auge del capitalismo liberal las clases pobres de Inglaterra, constituyentes del 80 por ciento de su población, tienen un nivel de vida que, conforme a los estudios de modernos antropólogos, es sensiblemente más penoso e insatisfactorio que el del hombre del paleolítico. Por supuesto lo dicho de Inglaterra es perfectamente aplicable a todas las naciones que hoy se encuadran en el llamado “mundo occidental” o “mundo libre”. Por lo que se refiere a una buena parte del hoy denominado “tercer mundo”, se encuentra en pleno proceso de civilización colonial; es decir, que las actuales hambrunas africanas y el infierno de Calcuta comienzan a fraguarse por entonces a mayor gloria de Dios y provecho de los ricos de los imperios coloniales. Con todo ello, ni que decir tiene que aumenta la riqueza de las naciones. Si atendemos a las magnitudes macroeconómicas -único punto de vista válido para nuestros actuales tecnócratas-, nos hallamos en el mejor de los mundos.

De ello puede dar fe uno de los más conmovedores personajes de Dickens. Y es uno de los más conmovedores en cuanto que es uno de los menos literarios, ya que está, sacado directamente de la realidad, sin adornos ni retoques. Se trata de un niño del que tan sólo sabemos que se llama Jo. Así de corto, sin otro apellido ni dato. No tiene padres ni hogar. Vaga junto a la Cancillería inmerso en la sucia niebla de Londres. Mas esa Cancillería contra la que Dickens dirige sus dardos en “Casa desholada” no significa nada para Jo. Él no tiene nada que ver con la ley civil-cosa de ricos-, ni con la Administración, ni con cualquier otra institución del estado. El único contacto que mantiene el pequeño Jo con el Estado Liberal es ese guardia que cuando se tiende en un sombrío rincón para descansar o acaso para morir de una vez, aparece siempre conminándole airada y autoritariamente: “¡circula, circula!”.

Tras dos guerras mundiales el estado Liberal dio su dorado fruto; nuestro Estado de Bienestar. Sonríen radiantes de luz los repletos esca-

parates del llamado mundo libre o mundo occidental. Ya no viven peor que sus antecesores del paleolítico el 80 por ciento de su población. El sistema económico precisa de grandes masas en disposición de consumir y, jubilosamente, esas grandes masas consumen, consumen...

Más he aquí que junto a esos radiantes almacenes que alegran todas las urbes de nuestro mundo occidental volvemos a toparnos con el pequeño Jo. En plena quiebra del Estado Social, él no tiene voto en sus democráticas elecciones, ni voz en las estadísticas macroeconómicas, ni otro contacto con las instituciones estatales que el de ese guardia que le conmina a circular cada vez que se tiende para descansar o para morir. Y este pequeño Jo, cuyo número crece día tras día, comienza a circular -¿hacia dónde?- mientras la estereofonía de los grandes almacenes endulza la noche y facilita nuestra pesada digestión con su Canción de Navidad.

NADERÍAS

“Colas de hasta seis horas en los servicios de urgencia de pediatría.” “Mueren varios pacientes en los pasillos del servicio de urgencia de un hospital.” Noticias que uno lee distraídamente en los periódicos, perdidas en sus páginas interiores; que uno lee distraídamente, sin darles importancia, casi sin fijarse en ellas, pues, después de todo, son poca cosa, naderías...

Insignificantes lunares en esa hermosísima cara que hoy presenta nuestro país; la más bella -según sus *panglossianos* restauradores de todas las que ha ofrecido esta nación a lo largo de su ya dilatada historia.

Y posiblemente estén en lo cierto. Uno no debe pararse en detalles, sino atender a la totalidad del conjunto. Y esa totalidad sólo se aprecia y expresa mediante los grandes números. Y el cuadro que nos ofrecen estos grandes números es excelente. De otra parte nuestros *panglossianos* restauradores no han tenido ni tendrán nunca el mal gusto de hacer espera o morir en la sala de urgencia de un gran hospital.

Vivimos en la España de Mario Conde. Leo también en el periódico que hubo un tiempo -allá en los años en que aprobamos la Constitución-, en que España no conocía a Mario Conde. Es verdad. Curiosamente en aquellos tiempos los ídolos, los fetiches, eran otros. Había cuartos donde colgaba la imagen de El Che; en otros, la de un cantante pop; en otros la de un futbolista o una folklórica. Pero a nadie se le ocurría adorar la imagen de un banquero.

Y este es, precisamente, el signo de la modernidad. Esta hermosa cara de nuestro país, es una cara recubierta de oro. Los restauradores han chapado en oro la cara de nuestro país. -¿Puede haber algo más hermoso?- preguntan. Y si se les objeta que un rostro chapado en oro ya no es un rostro humano sino una mascarilla, replican que así son los rostros de los dioses. De ahí que, postrándose ante el nuevo dios, reciten sus himnos de siglas y guarismos y nos inviten y conminen a adorarlo.

Mas de pronto han comenzado a brotar lunares en la mascarilla. ¿Será posible esto? ¿Acaso todavía debajo del ídolo alienta el hombre? ¿Acaso alguien osa sustituir la imagen de Mario Conde por la de El Che? Tranquilos, dicen los *panglossianos*; son pequeños e insignificantes lunares, naderías, restos de un pasado que obstinada y reaccionariamente se niega a morir.

Y así, felices, contemplando plácidos su propio ombligo, continúan con su litúrgico cántico, sin pararse en esas naderías perdidas en las páginas interiores de los diarios; en esas naderías donde aún resuena ese rumor de la muerte y de la vida -de la verdadera vida- que ellos inútilmente pretenden, ignorándola, abolir.

TODAVÍA HAY CLASES

De lejos se viene diciendo que hay muertos de primera y muertos de tercera, en alusión a las clases del antiguo ferrocarril. La puesta en libertad, tras unos meses de prisión, de cierto personaje procesado por su implicación en un delito de drogas, induce a extender también dicha clasificación a los delincuentes o presuntos delincuentes.

Una cosa es salir en “El Caso” y otra hacerlo en “Hola”. Todo es papel, se dirá; pero es que hay papeles y papeles y el de “El Caso” es papel de estraza: Un papel que nos habla de traperos y chabolas, de suciedad y chabacanería, del hambre y la miseria. Un papel destinado al chafarrinón del crimen pasional, del sangriento delito de arma blanca, del granguinólesco cartel de ciego de la España rural y negra. Un papel triste para crímenes tristes y un papel pobre para criminales pobres.

No es el mismo papel, no puede ser el mismo papel que el de “Hola”: papel éste fino y blanco como la Porcelanosa, como la metalizada carrocería del descapotable, como la impoluta cubierta del yate, como el velo de la novia, de esa blanca y radiante novia vestida de raso y tul. Aunque sean los dos papel, “El Caso” y “Hola” no están hechos del mismo papel, y aunque los dos hablen de hombres y mujeres, no son de los mismos hombres y mujeres de quienes ambos hablan.

De ahí que cuando un personaje de “Hola”, como ocurre en el caso que nos ocupa, aparece en las páginas pringosas de “El Caso”, se presenta que algo va mal, que el sacrosanto orden natural ha sido alterado y que se precise actuar cuanto antes para que las cosas vuelvan a ocupar el lugar que les corresponde.

Esto es lo que siento yo, un bienpensante instalado en el pedestal de los bienpensantes, ante esta mezcla antinatural. De ahí que me parezca lógico que otros bienpensantes como yo sientan ante el hecho la misma desazón y, si pueden actuar, actúen.

No deben juntarse las churras con las merinas. No hay derecho a mezclar a ese habitual de “El Caso”, morador de una chabola que ensucia sus manos revolviendo el *caballo* con el yeso y resuelve a navajazos sus diferencias con un colega, con este caballero que se ha limitado a realizar unas cuantas llamadas telefónicas, asistir a una fiesta de alta sociedad en la que ha servido de contacto a otros dos honorables caballeros, y realizar unas cuantas operaciones bancarias.

Sí, hay que separar lo que nunca debió mezclarse sacando al personaje de “Hola” de ese edificio construido para los habituales de “El Caso”. Esto es sólo poner a cada cual en su lugar ya que, afortunadamente, también entre los criminales o presuntos criminales como entre los muertos o viajeros del ferrocarril, todavía hay clases.

UN LUGAR PARA DORMIR

Resulta que el alcalde de Nueva York va a gravar con un impuesto a los ciudadanos con ingresos fijos que utilizan como dormitorio las calles y parques de la metrópoli imperial. La medida, que considerada a la ligera puede parecer surrealista, examinada con atención es de una lógica aplastante.

Observemos que el impuesto se aplicará sólo a quienes posean ingresos fijos, es decir a ciudadanos susceptibles de retenciones, ya que para los otros resulta problemática la efectividad del gravamen. Pero como el número de durmientes en la calle con ingresos retenibles tiende a aumentar tanto en el imperio como en sus colonias, los otros casos pueden considerarse marginales y dignos de un tratamiento que apuntaremos al final de este artículo.

En la sociedad actual el suelo público tiende a convertirse en privado originando un flujo de capital que ha hecho la fortuna de esos prohombres que, solos o en pareja, llenan las páginas de nuestras revistas del corazón. De esto surge una doble consecuencia: el alza irresistible y galopante del metro cuadrado de vivienda, lo que obliga a un número cada vez mayor de ciudadanos con ingresos fijos que siempre habían dormido bajo tejado, a dormir bajo las estrellas; y la disminución del espacio disponible de suelo público, que unido al aumento de la demanda pronto planteará en nuestras ciudades un problema de saturación similar al que se plantea con el aparcamiento de automóviles. De ahí que la introducción de una tasa de aparcamiento de cuerpos similar a la de aparcamiento de vehículos, se nos antoje imprescindible. Esto proporcionará unos recursos que puestos debidamente en circulación acabarán en los bolsillos de los prohombres anteriormente citados, cumpliendo así otra de las leyes de la filosofía neoliberal que felizmente nos orienta. No dudo sobre la adaptación por los alcaldes de nuestras grandes ciudades de la medida del alcalde de Nueva York ya que similares son los problemas y similar la doctrina con que se afrontan; y por todos es sabido que cualquier medida o moda que se tome o siga en el Imperio, antes de dos años será acogida por ésta su más fiel colonia de ultramar.

Queda el problema de los marginados. No parece justo que, frente a ese grupo cada vez más numeroso de usuarios con ingresos fijos (pensiones de jubilación o viudedad, subsidio de paro, sueldo de funcionario, etc.) obligados a pagar un impuesto por dormir bajo las estrellas, unos cuantos vagos sin oficio ni beneficio puedan disputarles el cada vez más

escaso trozo de parque o acera sin pagar un céntimo. Pero como éstos en algún sitio deben reposar, propongo que, si no tienen ni donde caerse muertos, el Estado les proporcione un lugar de definitivo reposo tras aprovechar las posibilidades económicas que su único bien -su cuerpo- ofrece. Este aprovechamiento se usó ya con éxito en tiempo de Hitler, y de todos es sabido que ante las cuestiones económicas hay que echar los pelillos ideológicos a la mar.

MÁS NAVIDADES

Hace miles y miles de años, cuando el Hombre era aún niño, viendo cómo los días se acortaban pensó que el sol, como él mismo, era un ser capaz de envejecer y de morir; de ahí que celebrara el solsticio de invierno con una fiesta jubilosa en honor del sol renacido. Muchos siglos después los cristianos, según palabras de uno de sus escritores, transformaron “la fiesta del nacimiento del sol en la del nacimiento del Hijo de Aquel que hizo el sol” y, conforme a la doctrina que vino a predicar, quisieron que esta fecha fuese un símbolo de paz y amor entre los hombres. Y así fue como la alegría pagana y el amor cristiano se hermanaron en esta fecha mágica del solsticio de invierno, en esta cálida fiesta de la Navidad.

El tiempo corre y hoy los mercachifles, eficazmente auxiliados por los creadores publicitarios y la televisión, están consiguiendo que muchos comencemos a odiar la Navidad. Porque hace falta ser poco menos que el seráfico Francisco de Asís para resistir serenos, sin que se le llenen a uno de odio las entretelas, la publicidad navideña que en esta fecha nos asalta. Yo al menos confieso que odio al ídolo que me induce a beber champán -bebida que, por otra parte, siempre me ha sentado como un tiro-, al viejo marino que regresa a su hogar y de paso me incita a comer turrón, a esa familia tan unida que, con el abuelito al frente, nos canta la alegría del consumir. Sí, comienzo a llenarme de odio frente a esa alegría a plazo fijo y en *palcolor*; frente a las señoras estupendas e insinuantes, frente a los globos de colores y las serpentinas, frente a esa monserga de los villancicos incesantes. Y ese odio hace que de toda la liturgia navideña, acabe añorando tan sólo a un personaje: aquel verdugo de los inocentes, el malvado Herodes, capaz de satisfacer mediante una acción tan cruenta como inmediata el mayor de todos mis odios : el odio que me suscitan esos niñitos y, sobre todo -machista que es uno- niñitas de los juguetes. Esas niñitas que entre mohines y dengues que parodian a la futura mamá consumista, juegan y cantan a esa muñequita que hace pipí y popó, que anda y que habla; a la que ponen inyecciones, y bañan y dan de comer; que es casi tan humana como las niñitas anunciantes pero que uno, desearía más humana aún, totalmente humanas, con carne y sangre que, ante la vista del telespectador, pudiese ser despedazada y devorada por ese añorado Herodes en un banquete expiatorio en el que tampoco perdonase a sus anunciadoras mamás.

En fin, antes de que acabe por dominarme la locura que las anteriores líneas insinúan, yo propondría a los muchos que sienten como yo una rebelión general. No nos ofrezcamos como corderitos a los ávidos tenderos que ya están afilando sus cuchillos. No gastemos ni chapa. Ayuno, retiro y soledad. Esta sería un arma eficaz. Pero, ¡maldita sea!, de sobra sé que seré el primero en quebrantar esta receta saludable.

LOS LIRIOS

Éranse una vez unos lirios del campo, humildes y esplendorosos en su hermosura, que atrajeron la atención de un vagabundo pelirrojo que, con sus útiles de pintar a cuestras, marchaba de un lado para otro bajo la mirada entre curiosa y despreciativa de los campesinos provenzales. Pues aquel pintor no era un pintor serio, como monsieur X, que había pintado aquel cuadro tan bonito que colgaba en el salón de actos del ayuntamiento, hombre solvente, propietario de una hermosa finca en la ciudad. No, aquel vagabundo era un muerto de hambre, un loco pintamonas que se había cortado una oreja en un arrebato furioso, y que en otro arrebato se levantaría la tapa de los sesos poniendo así fin a una existencia poco edificante.

Pero aquel vagabundo pelirrojo se vio sorprendido por el estallido de color de aquellos lirios del campo, y los quiso reflejar en uno de sus cuadros de pinceladas furiosas y fulgurantes. Y muchos años después de que los reflejase y de que pusiera fin a su pobre vida, cierto magnate adquiriría la pintura de aquel pobre loco por seis mil millones de pesetas para sepultarla en la oscura seguridad de una caja fuerte. Y es así como unos lirios campestres pasaron a ser, primero, la obra de un pobre pintor vagabundo; más tarde, una obra de arte y, finalmente, una inversión económica tanto o más segura y rentable que un enorme paquete de acciones de la General Motors, por poner un ejemplo conocido de solvencia y rentabilidad.

Ahora que en Madrid la gente se agolpa en interminables colas para ver los cuadros de Velázquez y que Arco abre sus puertas a financieros y ejecutivos deseosos de una rentable inversión, he querido señalar la tortuosa trayectoria de aquellos humildes lirios del campo y narrarla como un sencillo cuento sin moraleja. Y recordar de paso algunas tardes en el Museo del Prado pasadas en grata soledad, mientras contemplaba aquellos entrañables enanos retratados por un pintor de cámara que tuvo la virtud de pintar la luz y el aire.

¿Por que la gente espera horas y horas pacientemente para ver unos cuadros que, en su mayoría, permanecieron durante años y años en ese mismo museo sin que esa muchedumbre los visitase? ¿Por qué los financieros acuden en masa a Arco para invertir en unos cuadros que tan solo el tiempo calibrará en su justo valor? ¿Por qué los lirios se transforman en dinero? ¿Por qué el dinero puede transformarse en lirios?

DESPILFARRO

Hace algunas semanas me comentaba un buen amigo que la población de USA -algo menos del seis por ciento de la mundial- venía a consumir el sesenta por ciento de la energía existente. Si este nivel de consumo USA se hiciera general -añadía- nuestro planeta saltaría por los aires. Desechada pues esta generalización de consumo por catastrófica, la única que al parecer resta es la actualmente en vigor: un ochenta por ciento de la población mundial debe conformarse con algo menos del 6 por ciento de la energía existente; en otras palabras, debe reventar de hambre.

Desde la ética hedonista hoy dominante cabría disculpar la postura USA de intentar mantener la vigente ley del embudo de la distribución de la energía mundial, pues quien tiene poder para ello debe procurarse la mayor cuota de felicidad propia, caiga quien caiga. Mas lo tragicómico de la actual situación es que ni siquiera pueden acogerse a esta disculpa de la felicidad de sus ciudadanos pues, desde mi particular punto de vista, es precisamente esta felicidad individual la que en ese modelo de vida al que todo el mundo aspira actualmente, brilla por su ausencia. Y es que dejando aparte a esa su población marginada que viene a ser una quinta parte de la total, -esa masa presente en todas sus grandes ciudades que duerme en las calles y husmea en los cubos de la basura-, el ciudadano medio americano, ese ciudadano instalado en la cultura del consumo y la abundancia, no es desde mi particular óptica el prototipo del hombre feliz.

Pues resulta que este hombre es un hombre que come muy mal-hamburguesas, pizzas de plástico y demás comida basura-; que tiene escasos días días de ocio- quince de vacaciones anuales- y pasa la mayor parte de las horas de su vida amarrado al banco de un trabajo alienante y entontecedor; que en su inmensa mayoría vive de espaldas a los goces culturales; que desconoce esa felicidad de pasarse las horas mirando a las batuecas, patentada entre otras por las viejas y sabias culturas mediterráneas; que, dada la agresividad de su medio, vive en un estado de angustia y desequilibrio que le obliga a desgastar masivamente los sofás de los psicoanalistas y que, finalmente y para completar el cuadro, disfruta del récord mundial de inseguridad ciudadana. Todo ello dibuja un panorama que propicia y casi justifica un masivo uso de drogas, buscando en los paraísos artificiales lo que ciertamente no les ofrece su propio paraíso.

Esta es pues la tragicómica situación. Ese esfuerzo de la mayor potencia de la tierra de mantener su nivel de consumo, nivel que condena al hambre y la miseria a la gran mayoría de los hombres y que amenaza a la propia existencia del planeta, no tiene en el fondo otra utilidad que la del más gratuito despilfarro.

LOS CUARENTA PRINCIPALES

Si uno hojea las revistas y periódicos, escucha distraídamente la radio mientras atasca paciente el freno cuando se dirige al trabajo, se detiene ante el escaparate de una librería o se asoma al ventanal televisivo para contemplar qué pasa en el mundo, llegará forzosamente a la conclusión de que éste país no está habitado por cuarenta millones de personas como, millón más o menos, aseguran las estadísticas, sino tan solo por cuarenta: los cuarenta principales.

Más que humanos, divinos, gozan del don de la omnipresencia y la ubicuidad. Pueden sorprenderte mientras los escuchas perorar por la radio con una perorata similar a la de otro par de tertulias organizadas a la misma hora por dos cadenas de televisión. Lo único que impide que caigas en trance ante tal milagro es su reiteración: tal prodigioso desdoblamiento ya lo pudiste observar ayer y anteayer y volverás a observarlo mañana y pasado mañana. Es esta reiteración de lo prodigioso lo que acaba haciéndolo vulgar.

Pero ellos no se enteran y persisten implacables. Dotados como están de atributos divinos, es natural que se sientan superiores y felices y que, por tanto, chorreen autosuficiencia y optimismo. Y es así como, aparte de agobiarnos con la autocomplaciente exaltación de sus pasmosos méritos, nos levantan el ánimo presentándonos el rosado panorama de un mundo sin angustias, conflictos ni miserias; de un idílico edén dispuesto como telón de fondo de sus egregias figuras; de un simple pretexto a la profundidad de su pensamiento o a la agudeza de su ingenio.

Tu propia experiencia te dice que el mundo es otra cosa pero, si bien lo consideras, tu propia experiencia no puede contar. Porque tanto tú como esos otros cuarenta millones de ciudadanos que jamás aparecen en los periódicos o revistas, que jamás hablan por la radio, que aunque tengan a veces la malaventura de escribir un libro, éste nunca se asomará a los escaparates de las librerías y que, por supuesto, nunca tendrán el privilegio de disertar en las tertulias de Hermida o en esas otras tertulias sin Hermida pero milagrosamente similares, simplemente no existís, sois mera apariencia, sombras vanas; y que por tanto ese mundo que vuestra experiencia os presenta es también una ilusión, una sombra.

Hace muchos siglos una secta herética, la de los monótonos, mantuvo que este mundo es tan solo una repetición eterna de una invariable y única realidad. Cuando contemplo la omnipresente imagen de nuestros cuarenta principales, llego a la conclusión de que se ha realizado la atroz pesadilla de aquellos locos cíclicos. ¡Qué Dios tenga misericordia de nosotros....!

DE MOROS Y DE ÁRABES

Unos nos llegan en sus aviones o en sus yates. Reservan una planta de los más caros hoteles, o habitan en fabulosas villas de la Costa del Sol. En principescas residencias dan costosísimas fiestas a las que acude babeando el pleno de los habituales de las revistas del corazón, y, si les apetece, se acuestan con las más despampanantes *hetairas* de ese pleno. Por supuesto me estoy refiriendo a los árabes.

Los otros nos llegan hacinados en las cubiertas de los barcos o, muy frecuentemente, en lanchones que cruzan el estrecho transportándolos como mercancía prohibida. Viven en pensiones infectas, en pisos que se caen de viejo arracimados seis o siete en diez metros cuadrados, o en barracones y chabolas levantados en las afueras de la ciudad. Si el cuerpo les pide fiesta y entran en un tabernucho, corren el albur de que el tabernero les eche con cajas destempladas. Y si el cuerpo les pide no ya fiesta, sino satisfacer algo que la propia naturaleza impone, lejos de sus mujeres tendrán que pagar, si es que accede a ello, a la buscona más tirada y enferma de la localidad. Por supuesto me estoy refiriendo a los moros, los morancos.

Unos hacen Opas, levantan rascacielos, compran bancos, especulan con las grandes inmobiliarias, intervienen en el negocio de las armas y, acaso también en el blanqueo del dinero negro. Negocios todos ellos donde se barajan decenas de miles de millones. Los otros trabajan en la construcción, en las alcantarillas, en los oficios que nadie quiere. Trabajan con salarios inferiores a los establecidos legalmente, sin seguros sociales, sin paro, sin nada. Cuando no tienen trabajo, pasan a la economía sumergida. Venden pacotilla en las calles, los ojos siempre alerta para esquivar a la autoridad; a veces también droga, porque de algo hay que vivir. Sus ganancias apenas les da para comer y sobre ellos pende la espada de la cárcel o la expulsión. Son los moros, los morancos.

Pero hay algo que une a estos moros y árabes. Todos los días se postran mirando a la Meca. Ricos y pobres, explotadores y explotados, aún mantienen una fe, un ideal. Algo que hace mucho perdió occidente.

De Casablanca a Teherán, de Tomboctú a Samarcanda, se configura el Frente Islámico mientras Europa egoísta y confiada, se ofrece al oro de los árabes y explota y desprecia el sudor de los moros, los morancos.

NIÑOS

Vuelta al colegio... Los grandes almacenes dedican toda una planta al equipamiento del pequeño colegial. También en estos mismos almacenes existe otra planta dedicada a juguetes, y otra a la electrónica e informática, y otra a libros y discos en la que el niño es el objetivo principal de la venta. Sí, el niño es una pieza clave en nuestra sociedad de consumo.

Cuando los educadores, los psicólogos, los autores y teóricos de literatura infantil y juvenil hablan del niño, es precisamente de este niño, el potencial cliente de los grandes almacenes, del que hablan y en el que piensan. Pero no es este el único niño que existe.

Le sucedió a un amigo mío. Estaba en la capital de una República Centroamericana (toda una democracia bendecida por los garantes de la democracia; no, no era Managua sino Guatemala o San Salvador). Caminaba por la plaza, con su bonita catedral barroca, cuando un niño de unos once o doce años pasa junto a él a todo correr y, de un brusco tirón, le arrebató el maletín. El niño se pierde en una calle adyacente. Mi amigo denuncia el caso al policía, que en mitad de la plaza, se encarga de ordenar el tráfico. “Sabemos quién es -le responde el policía- sabemos quién es. No se preocupe, que pronto caerá.” Una hora más tarde cuando mi amigo vuelve a cruzar la plaza hay un gran corro de gente a la puerta de la catedral. Mi amigo se acerca curioso a ver que ha sucedido. En medio del corro, en un charco de sangre, yace el niño que una hora antes le robó el maletín. Junto al cadáver se encuentra el policía a quien denunció el robo. El policía reconoce a mi amigo, y le dice sonriente, mientras señala el cuerpo acribillado a balazos: “¿No ve lo que le dije, mi amigo?. Éste no vuelve ya a robarle el maletín”.

Si a usted le atracan a punta de navaja en Río de Janeiro -y tiene todas las probabilidades de que esto le ocurra- esté seguro de que el atracador no habrá cumplido los catorce años. En Brasil siete millones de niños viven en las calles en completo desamparo, sin otra salida que la delincuencia para poder subsistir. Muchos de ellos tendrán el mismo fin que el niño de la capital centroamericana. Caerán bajo las balas de la policía, bien de servicio, bien en ese otro servicio extraoficial de “los escuadrones de la muerte”, celosos guardianes del orden democrático.

¿Y los niños africanos, con el vientre hinchado por la hambruna? ¿Y los niños, y niñas del sudeste asiático y Filipinas, carne para la lujuria occidental? ¿Y los de nuestros propios suburbios, cada vez más cercanos al destino de los de Centroamérica y Brasil?

¿Quién piensa en ellos? Entremos en los grandes almacenes, pues es el momento de preparar la “vuelta al colegio”. Apresurémonos a comprar.

LOS BÁRBAROS

Su superior tecnología y su mayor agresividad, permitieron al Imperio sojuzgar a los restantes países de la Tierra. Una vez colonizados, los territorios de los bárbaros se vieron sometidos a una sistemática y planificada depredación a favor de los intereses imperiales. Con el tiempo el sistema colonial llegó a su fin, pero el Imperio dejaba tras de él un desierto de tierra quemada. Una amplia y bien fortificada línea defensiva trazaba nítidamente la frontera de los dos mundos.

En el Imperio la vida había alcanzado un envidiable nivel de prosperidad. Las antiguas clases oprimidas, que tantas sangrientas revueltas y guerras civiles habían originado en pasados tiempos con sus reivindicaciones sociales, habían visto mejorar sensiblemente su economía y ahora, sumidos en un consumismo conformista, olvidados sus antiguos ímpetus revolucionarios, parecían definitivamente integrados en el sistema. Ciertamente que existían bolsas marginales, pero apartadas en los suburbios eran fácilmente controladas. Rendido el último enemigo exterior -aquel otro imperio contrapuesto que durante algunos años se había presentado como la alternativa del sistema- el Imperio podía cantar las excelencias de su modo de vida y autoproclamarse como la única civilización digna de existencia.

Al otro lado de la frontera, en la tierra quemada, la vida se había tornado insostenible. Millones de seres morían de hambre o vivían en condiciones infrahumanas. La guerra y la violencia, consecuencia en buena parte de la antigua administración colonial, reinaban por doquier. Fue entonces cuando algunos de aquellos bárbaros pensaron que su única salvación estaba en la emigración a las metrópolis imperiales. Y así comenzaron pacíficamente a cruzar la frontera.

Al principio fueron bien recibidos. El proletariado del imperio, mal acostumbrado, se negaba a trabajar en las condiciones de antaño y los empresarios abrieron los brazos a esta nueva mano de obra que les permitía volver al sistema de semiesclavitud. Pero como el éxodo continuaba, la situación comenzó a ser preocupante. Entonces empezaron las medidas restrictivas de las autoridades mientras la población imperial, alarmada y molesta, desarrollaba un racismo cada vez más acusado. Pero todo resultaba inútil. Una vez comenzada la invasión, ésta resultaba imparable.

Ya en las grandes ciudades se veían casi tantos rostros de color como blancos; ya los ciudadanos bienpensantes se sentían inquietos y temerosos ante aquellos bárbaros que pululaban por doquier, amenazando su seguridad y la de sus hijos, ensuciando sus ciudades, durmiendo al pie

de sus monumentos y en los bancos de sus plazas públicas; ya todo el mundo decía, o al menos pensaba, que habría que hacer algo para poner fin a esta situación.

Pero era demasiado tarde. La semilla que el Imperio había sembrado, comenzaba a dar fruto. Era sólo el principio de su fin.

CENTENARIO

Después del burro muerto, la cebada al rabo... El mundo en general y Austria en particular han iniciado el pasado 5 de Diciembre una celebración que durará todo un año. Se conmemora que el 5 de Diciembre de 1991 se cumplirán dos siglos de la muerte de un hombre cuyos restos serían conducidos al día siguiente, en una tarde lluviosa, por un escasísimo cortejo de deudos y amigos a una fosa común.

Ciertamente estos fastos habrían alegrado a aquel niño amante de los fastos a quien la marquesa de Pompadour apartó de forma desabrida cuando pretendía besarla, ya que un niño, aun cuando sea genial, no puede besar a la coima de un rey sin romper el sacrosanto protocolo; habrían regocijado a aquel adolescente zumbón que dirigía a su primita cartas repletas de frases escatológicas e ingeniosos juegos de palabras; y habrían sin duda entristecido a aquel hombre un tanto melancólico y desengañado que intuía que con su última e inacabada obra estaba cantando su propia muerte.

Un padre beato, absorbente y autoritario le dio, entre otros, el nombre de Amadeus, el amado de Dios. Dios le amó sin duda, ya que le otorgó el don de la genialidad en el más alto grado que jamás le ha otorgado a un hombre. En contraposición también dejó que le agobiaran calamidades, humillaciones y penurias que fueron ensombreciendo aquella luminosa alegría infantil que, a pesar de todo, nunca habría de abandonarle. Luz y sombra, alegría y melancólico dolor que se equilibran en su obra en un conjunto tan maravillosamente armónico que hace pensar que es el propio creador del dolor y la alegría quien, anulando los opuestos en su equilibrio intemporal se expresa a través de él.

Salzburgo, su villa natal, y más concretamente su príncipe arzobispo Colloredo le trató literalmente a patadas. Hoy si recordamos a Colloredo salvándole del olvido común a los restantes príncipes arzobispos, es porque tuvo el triste privilegio de vejarle. La burguesía salzburguesa, a quien tanto desprecia un gran escritor de nuestros días que hubo de sufrirla durante su infancia y juventud, cifra en este paisanaje su máximo orgullo y en buena parte vive de él, ya que tiene en su culto una de las mayores fuentes de sus ingresos. Viena, que tanto le escatimó el aplauso, ha convertido su celebre Teatro de la Opera en un Templo a su permanente memoria, y durante este año de celebración podrán contarse por miles de millones de pesetas el gasto y los beneficios que motivarán la obra de un hombre que siempre vivió agobiado por las deudas y murió pobre.

El 5 de diciembre de 1990 se ha inaugurado solemnemente el año del bicentenario de la muerte de Mozart. Es lástima que él no pueda ya ni verlo, ni aprovecharse, ni gozarlo...

CARNAVALES

“Venía don Carnal en carro muypreciado, / cubierto de pellejos e de cuero cerrado; / el buen emperador estaba arremangado / en sayas, faldas en cinta, en sobra bien armado.”

Así nos pinta a don Carnal el jocundo Arcipreste de Hita en su *Libro de Buen Amor*. Y esta pintura nos conduce a otra: aquélla de Pieter Bruegel que nos presenta a ese mismo y obeso don Carnal, jinete sobre un tonel y armado con agudo asador donde se encuentra espetado un lechoncillo, atacando a una seca y amojamada doña Cuaresma que malamente se defiende con una pala de madera en la que yacen dos pececillos tan ruines como ella. Un cuadro donde el pintor flamenco ha sabido expresar toda la esencia del carnaval. Porque este don Carnal de Bruegel y del Arcipreste, este carnívoro tragón que llena toda la Edad Media y que más tarde reencarnará en esos otros tragones maravillosos que son Pantagruel, Sancho Panza y el alegre caballero sir John Falstaff es nada más y nada menos que el núcleo mismo del carnaval. El existía mucho antes que su enemiga la cuaresma -un invento de la iglesia medieval al que debe su actual nombre-; él ya existía antes del propio cristianismo, y de las saturnales y lupercales romanas y de las fiestas del Dionisio griego. El es el rey burlesco, el rey que se corona para ser destronado tras su efímero reino; el rey grotesco del mundo al revés, el rey que personifica el viejo ritual de muerte-resurrección, de la perpetua transformación de todo lo existente, del tiempo que todo lo aniquila y todo lo renueva.

Esto es el carnaval. Un ritual que hunde sus raíces en los viejos cultos agrarios y que nos habla de la alegre relatividad de lo existente. De ahí su carácter subversivo. Lo que hoy está arriba, nos dice el rey burlesco, mañana estará abajo; lo que hoy es verdad mañana será mentira y lo que hoy es mentira mañana será verdad. Todo cambia: los estados, los valores, los dogmas, las jerarquías, así que, durante unos días, hagamos befa de ello y vivamos la excéntrica y burlesca fiesta del mundo al revés.

Hoy, en esta sociedad del triunfo de la carne, el viejo don Carnal ha muerto. Lo que era antes fiesta viva, se ha transformado en espectáculo, la plaza pública en teatro, la excentricidad burlesca en suntuario consumo, la subversión en propaganda del poder. Como tantas y tantas otras cosas, el carnaval ha sido reducido, domesticado. Por eso, cuando veo estos desfiles de carrozas repletas de reinas de la belleza organizados por nuestros ediles, yo tan sólo siento ese poso de melancolía que siempre me produce la muerte de los antiguos dioses.

FIESTA BRAVA

Puntuales como las golondrinas, los timbales anuncian con la llegada de la primavera el comienzo de nuestra fiesta bárbara. Algo más tarde, -por Mayo, era por Mayo- cuando lucen los habanos gubernamentales en las barreras y burladeros de Las Ventas , también nos llegarán las diatribas antitaurinas, capitaneadas por la pluma fulgurante y escatológica de Manuel Vicent. La historia se repite y nada hay nuevo bajo el sol.

Nada hay nuevo bajo el sol. Pero Eugenio Noel, el más conspicuo de los antitaurinos y antiinflamencos nadaba contra corriente y tenía que desafiar bastonazos y bofetadas. Hoy, cuando la televisión pone más énfasis en el patito embetunado del Golfo Pérsico que en el niño carbonizado del refugio de Bagdad, cuando la madamita parisina ama tanto a su *dóberman* como odia al senegalés que va recogiendo los excrementos que su *dóberman* deja, ser antitaurino resulta mucho más cómodo que lo era en los tiempos de Eugenio Noel.

Los toros nos separan de Europa y del progreso. Yo, la verdad, no idolatro ni al uno ni a la otra. Europa es Mozart y Shakespeare y Descartes; pero también es -y en mucha mayor medida- el lector del *Daily Mail* y demás prensa basura; y es y ha sido la mayor depredadora de la historia humana. En cuanto al progreso, ¿pero es que progresamos? Al final resulta que acabamos resolviendo nuestros problemas como hace diez mil años: matándonos unos a otros, pero con medios mucho más eficaces y cobardes.

La fiesta es cruel y puede hablarse de ella, tal como lo hace Vicent, como de un festival de moscas y sangre. Es una verdad, pero una verdad parcial, la verdad del desolladero. Baftin habla de ella como de una de las pocas manifestaciones carnavalescas que aún permanecen en nuestra cultura, y esto también es otra verdad.

Yo prefiero la de un mozo renco, deforme, lamentable, que ante la fiera se transforma en un héroe apolineo; que incapaz de esquivarla, la somete fijándole el camino con un mágico juego de cintura y muñeca; que cuando un genial escritor le dice: “para ser inmortal sólo te falta morir en el ruedo”, responde escuetamente: “Se hará lo que se pueda, don Ramón”; y que cuando ya anciano (a pesar de sus múltiples cornadas -pero más da el hambre- no murió en el ruedo), una joven beldad le niega su amor, se levanta la tapa de los sesos. Esto también es la fiesta: la casta. Algo que desgraciadamente falta hoy, tanto en los toros como en los toreiros. Acaso por eso, yo he dejado de ir a las plazas; pero me siento incapaz de condenar la Fiesta mientras devoro las chuletitas de un tierno recental.

SEMANA SANTA

Hubo un tiempo en el que el ocio de la Semana Santa se ordenaba por decreto. Cerrados los cines y teatros salvo los que representaban o proyectaban obras hagiográficas o de la pasión, tan solo le quedaban al personal los bares -el alcohol es lo único que nunca se prohíbe en este país- y la asistencia a los actos propios de estas fechas, especialmente las procesiones y los monumentos. Y si prefería quedarse en casa para escuchar la radio -la televisión era algo que aún estaba por venir- también esto lo tenía regulado: Quien todo lo regulaba había ordenado que en aquellos días tan solo se transmitiesen ceremonias religiosas y música clásica, aunque ésta no fuese necesariamente religiosa.

Lo que es la vida... Para mi hermano y para mí, aquel decreto era una bendición. Viviendo en un pueblo donde jamás se dio un concierto, sin discos ni tocadiscos, sin otra cosa que una mala radio, aquellos días de semana santa lo eran de fiesta mayor. Podíamos pasarnos doce horas seguidas escuchando música, saltando de Bach a Beethoven o Bartock, de Klemperer a Furtwängler o Bruno Walter, de una Pasión a una Misa o un Réquiem, sin otra cosa que interrumpiese nuestro gozo que los malditos ruidos de las interferencias. Era un verdadero maratón, un esfuerzo casi desesperado por consumir en seis días la música que nos estaba vedada todo el año; porque una vez pasada aquella semana, el pueblo recobraba sus derechos y la radio volvía a sus concursos, sus radionovelas y sus discos dedicados.

¡Qué tiempos aquellos! Ahora nadie nos decreta y somos libres para disponer a nuestro gusto de estos días de ocio. ¿Libres? Cuando veo las masas ciudadanas dirigirse a las playas del levante y sur, haga el tiempo que haga, en interminables caravanas con un saldo obligado de víctimas, una vez más pongo en cuarentena ese sacrosanto concepto: la libertad. Y pienso si no seguiremos siendo tan dirigidos como lo éramos entonces; si, de acuerdo con lo que apunta Riesman en su obra “Las muchedumbres solitarias”, tan sólo hayamos hecho que cambiar a quien dicta las órdenes: antes, el líder carismático; ahora, el grupo de pares.

Yo, acaso en homenaje a aquellos días de mi ya tan lejana juventud, tengo la costumbre de escuchar todos los años por estas fechas “La Pasión según San Mateo”. Es mi única aproximación al espíritu religioso de las celebraciones de estos días, ahora que estoy ya tan lejos de toda religiosidad. Y, aunque parezca increíble, hasta siento una sombra de nostalgia de aquellas semanas santas de aquellos tiempos de mi juventud. Cuando pienso en ello me pongo a temblar ¿Qué ocurre para que uno pueda

sentir una sombra de nostalgia de algo que ocurriera en aquellos tiempos ominosos? Será acaso que, por rechazo de estos que ahora corren y paradójicamente para estar de acuerdo con los aires hoy dominantes, a la vejez me esté volviendo reaccionario.

NEOANALFABETISMO

Me cuentan -y la anécdota es perfectamente creíble- que el Vicepresidente de los Estados Unidos, dirigiéndose a unos representantes de países sudamericanos se excusó por no poder hablarles en su idioma, ya que no sabía latín. Un amigo mío, tras una breve estancia en el Imperio, refiere los apuros que puede originar en un comercio una avería en las máquinas calculadoras ya que ni vendedores ni clientes son capaces de realizar la más simple suma. En pleno fervor patriótico durante la guerra del Golfo, una encuesta dio a conocer que la mayoría de los americanos creían que Irak estaba en África, y uno de sus representantes diplomáticos con destino en nuestro país no estaba muy seguro de la lengua que por aquí utilizamos.

Casi todos los americanos han cursado estudios medios y una buena parte de ellos han pasado por la universidad. Viendo sus frutos, uno no puede dejar de recordar lo que el viejo Tonybee decía del impacto de la democracia sobre la educación. El lado bueno de este impacto, afirmaba, es la generalización de la enseñanza, antes patrimonio de una clase superior. Su malo, la baja calidad de la misma, producto de la masificación; el espíritu utilitario que, unido a la división del trabajo, lleva a desarrollar determinadas cualidades o habilidades prácticas con desprecio del desarrollo total y armónico de la personalidad humana, y, finalmente y consecuencia de lo anterior, la indefensión del individuo ante los manejos de los grupos que dominan los medios de comunicación, y ante el propio Estado.

Pues bien, mucho me temo que es precisamente este modelo educativo USA el espejuelo de los administradores de nuestra educación. Los síntomas son evidentes: Una mayor duración de la enseñanza obligatoria que lleva a una masificación y pérdida de calidad; el olvido de las asignaturas humanísticas (no sólo el de las lenguas clásicas, prácticamente suprimidas, sino el de la literatura y la historia) y el pragmatismo de corto alcance. Con el pretexto de formar hombres para la empresa se olvida totalmente la formación del hombre. Los frutos de esta educación están a la vista, pero hay quien parece empeñado en no quererlos ver.

Los Estados Unidos son como esas familias riquísimas y poderosas, pero presas de un proceso degenerativo. Corroídas por los vicios de sus miembros, marchando en un lento e inexorable proceso hacia la bancarrota, aún salvan la cara con los restos de su inmensa riqueza y poder. Pero si un pobre las toma por modelo, les seguirá por el camino de la degeneración sin que por ello consiga las ventajas derivadas de su riqueza.

Esto es algo sobre lo que debería meditar-se seriamente. Pero me temo que aquellos a quienes corresponde hacerlo, pondrán en ello menos énfasis que en el uso o desuso de la ñ en los ordenadores destinados a nuestro mercado.

MEDIO AMBIENTE

Cuando para satisfacer la inacabable demanda de su industria textil Inglaterra decidió e impuso que la India fuese un inmenso campo de yute y Egipto, a su vez, otro de algodón, se entraba en el principio del fin. Unos dos siglos después de aquel principio, por decimonovena vez, en este mes de Junio de 1991 las Naciones Unidas lanzan en el Día Mundial del Medio Ambiente su anual grito de alarma. Se trata, por supuesto, de un grito tan justificado como inútil.

Creo que no debemos de insistir en la justificación pues los problemas de todos conocidos -y que en esta fecha conmemorativa los medios de comunicación resaltaron profusamente- son tan obvios que no merece la pena detenerse en ellos. Voy por eso a demorarme más en la inutilidad de la llamada.

Dije que la decisión inglesa suponía el principio del fin, porque ella establecía algo más que un programa económico. Establecía una ideología, un sistema. Por primera vez se orientaba la producción de todo un país no a satisfacer las necesidades primarias del mismo, sino las apetencias lucrativas de un pequeño grupo de privilegiados. Y con ello entrábamos en una nueva ética, la ética del sistema que desde entonces iba a ser el dominante. Y esta ética suponía la entronización del lucro incesante como el valor supremo de la conducta humana. Quedan lejos los tiempos en que la Iglesia condenaba a esa usura que tan poéticamente estigmatizó Pound en sus *Cantos Pisanos*. Los nuevos habían impuesto al dinero como único Dios y a él se sacrificaba todo. Ya no se producía para satisfacer las necesidades, sino la ambición. Y ésta, a diferencia de aquellas, no tiene límite ni fin. De ahí que se impusiese el principio del progreso incesante; de ahí que se ordenase la producción no en razón de su utilidad, sino de su rentabilidad; de ahí que se crease un consumo artificial sin otra finalidad que mantener la máquina en perpetuo movimiento.

El capitalismo se tornaba en un Moloch insaciable que todo lo devora. Y cuando devoró las dos terceras partes del mundo -lo que el mismo denomina sin demasiado sentido “tercero”- comenzó a devorarse a sí mismo. Fue entonces cuando algunos, percibiendo el peligro de la autoinmolación, lanzaron la voz de alarma. Había que salvar la tierra, no porque la tierra les importase, sino porque eran ellos mismos. Pero para salvar la tierra, había que detener la máquina devoradora y esto es lo que resultaba imposible, porque su detención era también su muerte.

Por eso el grito de alarma de este año, como el de los diecinueve años anteriores, caerá en el vacío. Sólo podrá salvarse el medio ambiente -o lo que es lo mismo, la tierra y el hombre- cuando caiga el sistema cuya lógica interna lleva a su inexorable destrucción.

¿PARA QUÉ...?

No sé si la muestra será muy significativa, pero me temo que sí. El caso es que en una reciente encuesta de la que han dado noticias los periódicos, el compositor preferido de los españoles, por encima de Mozart a quien ni siquiera le salva su bicentenario, es José Luis Perales. Por eso del patriotismo estos mismos españoles colocan a Luis Cobos por encima de Beethoven y Bach. ¡Que Dios nuestro Señor les conserve el oído!

Si alguien me sale con la disculpa de que la música es nuestra oveja negra, yo le invito a conectar la televisión durante la sobremesa. Allí se encontrará de lleno en el reino de Carlos Mata y demás héroes del culebrón. Ahora que presumíamos tanto de nuestra europeidad y capitalidad de la cultura, resulta que nos vienen a colonizar culturalmente los venezolanos. No somos nadie.

Si nos fiamos de las estadísticas, un gran número de quienes pastan en los prados culturales a que acabo de referirme deben tener concluidos sus estudios de bachiller. Si uno examina los contenidos y textos de tales estudios no podrá por menos de admirarse de que tan hermosos árboles produzcan tan misérrimos frutos. Nuestros tiernos escolares deberían anteponer al Perales y al Cobos no ya solo a Bach y Beethoven, sino figuras tan poco conocidas como el príncipe Gesualdo o Guillermo de Machaut, cuya vida y milagros se vieron obligados a embotellarse para aprobar primero de BUP. Y por supuesto, aquellos que a sus catorce añitos tuvieron la necesidad de analizar sin perdonar una sola de las figuras estilísticas aquello de “Era del año la estación florida/ en que el mentido robador de Europa/ media luna las armas de su frente/ y el sol todos los rayos de su pelo/ luciente honor del cielo/ en campo de zafiros pace estrellas”, u otra cualquier estrofa de *Las Soledades*, no deberían refocilarse con las desventuras de Cristal o Rubí. Evidentemente algo falla.

Acaso la respuesta la tenga el vetusto refranero. “Quien mucho abarca, poco aprieta.” Demasiado ambicioso el pretender que alguien a los catorce años entienda forzosamente a Góngora o *La Misa de Nôtre Dame*. Empeñados en convertir a toda la población española en críticos literarios o musicales o, incluso, en catedráticos de las respectivas materias, nuestras instituciones educativas se quedan simplemente en fábricas de analfabetos.

¿Para qué sirve la enseñanza? ¿Acaso para hacer hombres cultos, para ser crisol de ejemplares ciudadanos, para formar profesionales eficiente?; ¿o servirá más bien para ejercer malthusianismo social y recluir una población potencialmente conflictiva? Pero esto, como diría Kipling, ya es otra historia.

RASCAD A UN RUSO

Rascad a un ruso y encontraréis a un tártaro, dice el refrán. Algunos rusos no han querido aceptar este trasfondo asiático. Destaca entre ellos Pedro el Grande, que fundó Petrogrado -San Petersburgo- puesta la cabeza en París. Su palacio era una réplica de Versalles y su aristocracia hablaba francés, pero a lo largo y ancho del gran imperio la servidumbre persistía, y en las postrimerías del zarismo un monje alucinado hechizaba a la zarina y era dueño y señor de la Santa Rusia. Bajo el ruso europeizado, seguía latiendo el tártaro.

Acaso para acabar con él definitivamente otros rusos disconformes de su condición asiática tomaron el Palacio de Invierno. Lo hacían a impulsos de un pensamiento europeo, una doctrina creada por un economista alemán de origen judío en la biblioteca del Museo Británico. Mas, paradójicamente, quienes tomaron el Palacio de Invierno no permanecieron en San Petersburgo-Leningrado, sino que trasladaron su corte a Moscú, la vieja capital de corazón asiático. Y bajo la filosofía europea, el tártaro surgió otra vez.

Dos rasgos eminentemente asiáticos -el despotismo y la mística- cambiaron aquella doctrina europea. Un georgiano -Stalin- aplicó los métodos de Aurnasipal. Con ellos consolidó un gran imperio y contribuyó a salvar a Europa, pero liquidó la Internacional, transformó el marxismo en una religión de la que él era dios supremo, e instituyó una nueva casta de burócratas anquilosados similar a la de las viejas satrapías. Asia continuaba allí.

Ahora aquella revolución de Octubre que triunfó en la europea Leningrado se ha enterrado definitivamente en la asiática Moscú. Su enterrador es un héroe prefabricado, uno de esos rusos que intentan rechazar al tártaro poniendo sus ojos en Europa. Son dos ideas europeas hoy dominantes -la democracia formal y el libre mercado- las que le orientan en su proceso. No le mueve ninguna utopía redentora e igualitaria, sino el pragmatismo de la hamburguesa, la coca-cola, el *prêt à porter* y el utilitario. Occidente al verle, sonríe feliz y no sólo porque es el enterrador del imperio del mal, sino porque le reconoce como uno de los nuestros.

¿Uno de los nuestros? Yo pienso que hay indicios -véase su tendencia a gobernar por ucases, su apetencia a la caza de brujas- de que bajo ese traje de grandes almacenes, se oculta el blusón del tártaro. Yo sospecho que la tiranía teocrática sigue latente, que todo puede reducirse a sustituir el KGB por la Ocrana, el comisario por el pope, algo que bajo su aparien-

cia de lo opuesto, en el fondo sigue siendo igual. Algo que nos remite a esa Asia inmemorial e inmodificable.

Gente de occidente, no os frotéis felices y satisfechos prematuramente las manos. Puede que el tártaro continúe allí. Un tártaro, -no conviene olvidado- que dispone de un armamento con el que puede destruir varias veces al mundo.

EL LARGO VIAJE

Abandonada la casa del bosque, se encaminaba a su aldea. Atrás quedaban los duros ritos iniciáticos y ahora, ya muerto el antiguo niño y propiciado el Señor de los Animales, podía entregarse a fecundar a las doncellas y al noble arte de la caza. Fue entonces cuando una turba de guerreros al mando de un extraño hombre de piel pálida puso fin a sus sueños.

En la sentina del barco había un hedor mefítico. Cuando encadenados en hilera salía a cubierta para desentumecer, veía a los tiburones siguiendo la estela en espera de su cadáver. Pero no murió, y en la tierra extranjera trabajando de sol a sol bajo el látigo del capataz, pudo comprender al fin que el niño muerto en la casa de los misterios tan solo lo hizo para renacer como bestia de carga.

Volvió a la patria cuando todo había cambiado allí. No llevaban cadenas, pero seguían de sol a sol talando árboles y sacando mineral que embarcaban para los países del hombre blanco. En vez de aldea, había una gran ciudad, copia de aquellas ciudades de los blancos, rodeada de infestas chabolas donde habitaban quienes eran como él. Tampoco había caza, ni bosque. Escaseaba el mijo y la gente moría de hambre. Pero allí, en los suburbios, durante los atardeceres africanos bajo los amplios árboles de los que colgaban los frutos peludos de los grandes murciélagos, se hablaba y hablaba de los juegos y juguetes de los blancos y de aquellas tierras donde manaba leche y miel.

Y fue así como de nuevo se encontró en la sentina; pero ahora sin cadenas, por su propia voluntad. Ya no navegaba hacia la esclavitud sino hacia la tierra de promisión.

La ciudad era bella y rebosaba de objetos maravillosos, pero aquellos objetos no eran para él. Sin trabajo ni casa, dormía al aire libre y reventaba de hambre. Fue entonces cuando alguien le ofreció vender aquellos papelines de polvo blanco para poder comer. Así comenzó a traficar y de vez en vez, a inyectarse en busca del olvido.

Cierta noche en que la ciudad era un ascua de luz y los altavoces cantaban paz a los hombres de buena voluntad, envuelto en periódicos para no helarse, se tendió al pie de un árbol para dormir. Soñó con los antiguos árboles y la casa del bosque y el niño que fue. Ya de mañana, un guardia le sacó de su sueño para cachearle.

Estaba con los brazos en alto sufriendo el cacheo, cuando cruzó el hombre. Cargado de paquetes envueltos en brillante papel con cintas de

colores, llevaba a una niña de la mano. Era una hermosa niñita, que se le quedó mirando entre sorprendida y asustada. Iniciaba una sonrisa para tranquilizarla, cuando escuchó al hombre exclamar: “Camello, negro de mierda, ¿por qué no te quedas en la selva en lugar de venir aquí a fastidiarnos?”

JURASICOMANÍA

Que debería llamarse mejor cretaceomanía, ya que de los alrededor de seis animalitos que salen en la película, unos cuatro pertenecen a este periodo. Pero no vamos a ponernos pejugueras por unos millones de años más o menos, ya que los bichos a lo que realmente pertenecen es a esta década del final del milenio. Y ello con independencia de que aún estemos muy lejos de ese milagro genético de dar vida a especies desaparecidas hace muchos miles de años. De lo que sí somos capaces es de realizar ese otro milagro consistente en crear mitos o fetiches que alcancen una aceptación casi universal.

Y por el momento el último fetiche es el de los lagartos terribles o no tan terribles que durante varios millones de años fueron dueños y señores de este planeta. Dueños y señores con los que, según parece, un día terminó un meteorito que posibilitó así el advenimiento del no se sabe si bien o mal llamado *homo sapiens*.

Y ahora, al final del segundo milenio de la era cristiana, este *homo sapiens* ha resucitado a los lagartos. Los ha resucitado imprimiéndolos en sus camisetas, multiplicándolos en libros, en fascículos, en vídeos, en muñecos, en maquetas, en Dios sabe cuántas cosas más. Y todos los niños del mundo juegan con los nuevos fetiches y aprenden sus nombres y sueñan con ellos, gracias a la siembra en publicidad que con la ocasión del lanzamiento de una muy mala película han hecho unos avispados hombres de negocios que cosecharán el ciento por uno de lo sembrado, no sólo gracias al taquillaje de la película, sino sobre todo a los ingresos obtenidos mediante la parafernalia que la acompaña, parafernalia ocasionada por la fiebre lagarteril que la tal película y, sobre todo, la publicidad de su lanzamiento está ocasionando en todo el mundo.

¡Oh aldea global! ¡Oh bravo mundo nuevo que tales cosas y casos produces! Hemos llegado ya a los umbrales del año dos mil y el hombre se ha desprendido de sus antiguos lastres. Este hombre de finales del segundo milenio ha enterrado a los dioses y a las religiones; ha hecho tabla rasa de las ideologías y de las utopías; pasa de la cultura, de la política, de cualquier clase o tipo de compromiso; este hombre tan sólo aspira a las cosas concretas, a las que brindan una satisfacción material e inmediata. Sí, este hombre ha soltado los antiguos lastres y ahora ya libre e independiente, está a punto de iniciar el camino de la mutación que le transformará en un ser superior: el hombre nuevo.

Y es este hombre nuevo sin creencias, sin utopías e ideologías, sin ídolos ni dioses, el que responde unánimemente a la campaña de los

lagartos, el que se deja ganar por la jurasicomanía, como se dejará también ganar mañana por cualquier otro de los fetiches que lancen a través de los “mass-media” esos publicitarios avispados cosechadores del ciento por uno. Viendo esto pienso que la mutación más que al superhombre, nos está llevando a los antiguos y ya clásicos corderos de Panurgo.

EL ESPEJO

Cuando las funestas televisiones privadas y sus émulas, las estatales y autonómicas, nos agobian con culebrones venezolanos, películas cutres, concursos para descerebrados y vergonzante erotismo de pacotilla, uno, si es consciente, no debe indignarse, sino entristecerse. Entristecerse, sí, porque como el espejo stendahliano, las televisiones tan solo reflejan el camino por donde se mueven. Sujetas a la férula del índice de audiencia que les impone el medio que las sostiene, la publicidad, las televisiones tan solo dan lo que les piden, constituyéndose en la más certera radiografía del entresijo nacional. Son funestas porque funesto es el país. Por eso, repito, la lógica reacción ante ella debe ser la depresión y la tristeza.

Pero tampoco debemos entregarnos al masoquismo nacional. Esta situación no es tan solo de aquí y ahora, sino que podemos encontrar su equivalente tanto en el tiempo como en el espacio.

En cuanto al tiempo, puede servirnos de consuelo la amarga queja de Terencio. Por boca de uno de sus personajes se dirige a su público mas o menos en estos términos: “Señoras y señores, la obra que van a ver se llama *La suegra*. Es una repetición, ya que es una obra con mal fario y esta noche tiene su oportunidad para vencerlo captando su benevolencia. Cuando la estrené resulta que un boxeador y un funámbulo actuaban cerca de aquí, y era tal el guirigay de sus admiradores y los gritos de entusiasmo de las mujeres, que me obligaron a interrumpir la función. Tras ello decidí resucitar una vieja costumbre y probar por segunda vez: La monte de nuevo, pero corrió la noticia de que al lado se montaba un combate de gladiadores y la gente salió de estampida. Aquello fue la locura. La gente se mataba por conseguir un asiento y yo me vi obligado a suspender por segunda vez. Hoy parece que no hay alboroto y todo se presenta apacible y tranquilo. Es pues mi oportunidad y la vuestra, de rendir al teatro el respeto que se merece.”

Bastante actual, ¿no?. Por supuesto que en la Inglaterra isabelina el teatro de Shakespeare tenía su público, aunque muchísimo más menguado que las peleas de perros. Y entre nosotros, Lope ya sabía aquello de hablar en necio al vulgo para darle gusto.

Y si la consideración nos lleva al espacio, no creo que nuestra situación sea muy distinta a la del resto de las que forman la Europa occidental. En cuanto la oriental... El comunismo pretendió crear un hombre nuevo aunque fuese a costa de palos, intento ya anticipado por el Fóma Fomich de *La alquería de Stepanchikovo* cuando se empeñó en que sus

siervos aprendiesen francés. Hace unos años llegaron a la Asociación Colegial de Escritores unos colegas soviéticos, partidarios furibundos de la perestroika. Nos hablaban entusiasmados de la nueva cultura que había traído la recién estrenada libertad, de aquellas calles moscovitas en las que florecían en cada esquina jóvenes rockeros con la canción en los labios y la guitarra en banderola. “ Bueno -me dije- estos han descubierto la movida. ¡Malo...! “ Y ya lo ven: el diluvio...

Para mí el gran fracaso del llamado socialismo real es que tras llevar más de setenta años intentando crear un hombre nuevo sin pararse en barras, todo lo que ha conseguido es un mal remedo del viejo hombre occidental.

En fin, que no somos los únicos y que siempre ha sido así, aunque esto es un triste consuelo. Los cristianos verán en él una consecuencia del pecado original, y seguramente tienen razón.

Lo malo para mí, es que, compartiendo lo del pecado, tengo ya más dudas sobre si se podrá redimir.

ATAVISMOS

En la película de Stanley Kubrick *2001, una odisea del espacio*, encontramos la elipsis más atrevida y célebre de la historia del cine. El primitivo homínido ha descubierto que un hueso puede ser un arma mortal. Feliz con ese descubrimiento que le va a asegurar su supervivencia, el homínido mata. Mata a otros animales, a otros homínidos semejantes a él; mata frenético en una orgía de sangre. De pronto el hueso rebota y, desprendido de sus manos, se eleva por los aires. Y en una elipsis de centenares de miles de años, el hueso asesino se transforma en una nave espacial fusiforme que, solemne, navega por el espacio en busca de otros mundos.

La secuencia podría considerarse como una metáfora visual abierta a varias interpretaciones. Una de ellas sería la de que el hombre de los viajes espaciales aún sigue unido a su lejano ancestro, aún no ha sabido desprenderse de aquella ferocidad atávica que permitió al hombre primitivo sobrevivir y progresar. La nave espacial es en las manos del hombre, como el hueso en las de su antepasado, un arma homicida.

A menos de diez años de ese *2001* de Kubrick, el hombre está más lejos de conquistar otros astros que de volver a los horrores de las cavernas. La historia reciente está llena de comportamientos atávicos, de comportamientos que creíamos ya olvidados. Y no hay que volver para ello la vista al tercer mundo, a ese mundo que los occidentales, en su necio orgullo, consideran primitivo y salvaje. Es en Europa, en la racional Europa, en la civilizada Europa donde de nuevo esos comportamientos surgen.

Pues el tribalismo, el racismo, la intolerancia religiosa y étnica que caracteriza la actual situación de Yugoslavia, ¿no son acaso conductas que creíamos definitivamente superadas y olvidadas, conductas que pensábamos arrumbadas ya en el museo de los horrores de la historia? Y, sin embargo, han surgido de nuevo, con toda su irracional crueldad, con toda su secuencia de inimaginables horrores.

Bajo la civilizada apariencia del hombre tecnocrático, de nuevo, en esta última década del siglo XX aparece el homínido primitivo empuñando su hueso homicida; de nuevo bajo las luces de la ciudad emergen las tinieblas de la tribu; de nuevo la ira irracional se levanta asesinando a la razón.

Y no podemos conformarnos pensando que lo que está ocurriendo en Yugoslavia, es un hecho aislado, algo que no afecta al resto de nuestro

civilizado mundo. Porque la intolerancia y la violencia racista que otra vez se extiende por toda la civilizada Europa, es tan solo un síntoma de que estamos ya inoculados por el mal, de que lo que creíamos definitivamente muerto resurge de nuevo con toda su brutal fuerza; de que la bestia atávica que creíamos muerta continúa latente en todos nosotros.

CIUDAD Y CAMPO

Cuando yo era niño el campo comenzaba a los pies de la ciudad. Era aquélla una época en que los pies servían para andar, en lugar de como ahora para pisar el embrague y el acelerador. Andando andando, cualquiera que fuese la dirección que tomáramos, no pasaría un cuarto de hora cuando el empedrado de las retorcidas callejas de la pequeña ciudad en que por entonces vivía dejaba lugar a la muelle hierba del campo. Era un cambio profundo, que se producía a la par sin la menor brusquedad. Surgían los verdes sembrados de trigo y cebada, los sotos umbríos, los arroyuelos cantarines y límpidos, el río cuyo cauce serpenteaba en la profundidad de la hoz. Buscábamos nidos, cazábamos grillos, pescábamos con un sedal atado a un palo gobios y bermejuelas en el río. Rompía el profundo silencio el cristalino son de las esquilas de un rebaño, el canto de una codorniz en un trigal, el zumbido de un bando de perdices que se levantaba de pronto a nuestros pies. Y cuando, cansados, nos tumbábamos en la hierba, nuestra mirada, pasando de los esbeltos chopos a la torre de la catedral, nos informaba que al pie del campo comenzaba la ciudad.

La tarde que nos apetecía caminar algo más nos llevaba a los pueblos. El pueblo era algo distinto y a la vez intermedio entre el campo y la ciudad. Tenía un olor propio e inconfundible, el olor de pueblo; y también los chicos de pueblo se distinguían por un sello propio, una apariencia que les separaba claramente de nosotros, los chicos de ciudad. Pero unos y otros nos encontrábamos, aunque fuese a pedradas, en aquella tierra de todos que era el campo.

No hace mucho volví a la ciudad de mi niñez. Hablé en un colegio levantado sobre lo que en mi niñez era el camino que tomábamos cuando nos dirigíamos al río. Recuerdo que allí había unas espesas zarzas donde siempre se ocultaba algún conejo, y una de mis diversiones era ver como una setter de media sangre que tenía mi padre se abría un túnel entre la espesura del zarzón para acabar sacándolo. Ya no había arroyos, ni campos de trigo y centeno. El río en que pescábamos corría casi seco acarreando un agua pútrida por los desechos industriales. Los pueblos eran barriadas residenciales. Nadie escucharía ya el canto de la codorniz, ni el zumbido que hace un bando de perdices al levantarse a nuestros pies, ni el cristalino son de las esquilas de los carneros. El campo ya no comienza al pie de la ciudad.

Ahora, cuando la masa ciudadana vuelve de las obligadas vacaciones, pienso en aquellos días en que casi nadie se desplazaba para veranear.

Entonces aquello no era posible ni necesario. No era posible, ya que apenas había medios de locomoción; ni necesario porque al pie de la ciudad estaba ese campo que la sociedad de mercado ha hecho desaparecer. Como a los pueblos, como a las pequeñas ciudades; como a todo aquello que configuraba un modo de vivir acaso mas pobre y humilde, pero sin duda mucho más natural y humano.

EQUIVOCACIONES

Al parecer se equivocaron. Tenía el mismo nombre, pero no era la persona en quien ellos pensaban. Y ésta fue su primera equivocación. La segunda -aunque acaso ellos piensen que ésta ya no les incumbe- radicó en que ni siquiera esa persona cuyo delito era tener el mismo nombre de aquella en la que ellos pensaban, fue quien abrió el paquete. Fueron dos funcionarias, dos compañeras del destinatario por error, quienes -es un libro, comentaron- deshicieron el envoltorio. Y el envoltorio les explotó en sus manos. Pero, eso sí, los remitentes confesaron que se trataba de una equivocación. Una trágica equivocación.

Por supuesto no es la primera ni será la última. Su historia está llena de estos trágicos errores. Errores que terminan enviando a personas en las que ellos no pensaban a la UVI o al cementerio. Hombres, mujeres, también niños. Es igual. Nadie está a salvo de una equivocación, de una de sus equivocaciones.

Todos cometemos errores -dirán-; todos nos equivocamos. Equivocarse es de humanos. Bien. Lo acepto. Y no voy a insistir en que hay equivocaciones y equivocaciones. Tampoco en la pregunta, que muchos se harían, de si ellos son humanos. Claro que lo son. Y por eso, por ser humanos, se equivocan.

Sí, ellos se equivocan y así lo reconocen a veces. Pero ¿lo reconocen de verdad? ¿Se han parado alguna vez a considerar que pueden no ya equivocarse sino, lo que es más grave y trágica fuente de estas otras equivocaciones que a veces reconocen, que pueden estar equivocados?

Sólo cuando se obra pensando que se está en posesión de la verdad, de la Verdad absoluta, con mayúsculas, se puede actuar con ese desprecio hacia la vida humana con que actúan ellos. Y cuando uno se cree en posesión de la Verdad Absoluta, ya no se considera humano, sino que se ve a sí mismo como un superhombre o un semidiós dispensador de la vida y de la muerte.

Pero los semidioses no se equivocan -el error es cosa de hombres, no de dioses- y ellos admiten que pueden equivocarse. Y si admiten que pueden equivocarse en cosas simples -la identidad de una persona, la ruta de un autobús, la hora en que va a estallar un artefacto-, ¿por qué no van a poder errar en otras más complejas? ¿Por qué no pensar que su Verdad puede ser un error? ¿Por qué no pensar que ellos no representan el sentir y los deseos de todo un pueblo; que ese pueblo no está ocupado por una potencia extranjera; que ese pueblo no está en guerra y que ellos

no son el ejército de liberación...? ¿Por qué no pensar que todo esto, que es su Verdad, puede ser falso? Y, sobre todo, por qué no admitir que nadie está facultado para disponer de la vida del prójimo, para disponer quién puede y debe vivir y quién morir.

Solamente si algún día ellos admitiesen estas equivocaciones tendría ese pueblo, a quién dicen representar, la verdadera paz. Y cualquier funcionaria podría abrir alegremente un paquete con la confianza de que se trata de un libro y no de una bomba que, por equivocación, va a explotar entre sus manos.

ESOS RUBIOS ANCIANOS

Si algunos de mis lectores han pasado este verano por determinados lugares de la costa levantina o malagueña, habrán observado un fenómeno singular. La mayoría de los habitantes de esos pueblos -esas personas que, entre curiosos y molestos observan a los advenedizos estivales-, son unos ancianos de saludable aspecto: altos, rubios y de ojos claros como el cielo o el mar. Sí, ciertamente la mayoría de los habitantes de esos lugares no parecen latinos. Y no lo parecen porque no lo son. Los moradores de esos lugares que observan entre divertidos y molestos a la legión de madrileños en vacaciones son escandinavos.

Resulta que algunos de los pueblos de nuestras costas están casi totalmente habitados por jubilados nórdicos. Uno desea sobre todo aquello de lo que carece. Y esto suecos, estos daneses o noruegos. han deseado durante toda su vida el sol luminoso de nuestra tierra, tan raro en su país natal. Por eso, tras años de soñar con él, ahora se vienen aquí para endulzar la última etapa de su existencia con este sol de sueño.

Cuando contemplo a estos jubilados felices, no puedo dejar de pensar en nuestros propios jubilados. Estamos ya cansados de que nos digan que España es un país próspero; que la economía española es la más prometedora de Europa; que éste es el país donde en menos tiempo puede ganarse más dinero. Puede que todas estas cosas sean verdad. Pero cualquiera que observe a esos rubios ancianos, a esos jubilados que se han venido a vivir a nuestras costas y los compare con los nuestros, deducirá que esas verdades no significan nada.

Y es que hay baremos más fiables que las magnitudes macroeconómicas para medir el bienestar de un pueblo. Porque si nos fijamos sólo en las magnitudes macroeconómicas, resulta que los japoneses viven mejor que los daneses, lo que no deja de dar mucha risa. No; no son éstos, sino otros indicadores los fiables para medir el bienestar. Y a la hora de diagnosticar la salud de una sociedad, yo pondría especial atención en cómo trata esta sociedad a sus niños y a sus ancianos.

Hace poco el profesor Delval sostenía en un brillante artículo que la escuela en España tiene como primordial misión ahorrar al niño. Dura horma, con sobrecargados y absurdos programas de estudio, con larguísima jornadas, con alto fracaso escolar... Pero resulta que en esos países nórdicos la escuela es mucho más lúdica y risueña, con programas más ligeros, sin apenas fracaso escolar; con mayor atención al desarrollo físico y personal de los niños y adolescentes. No sólo los ancianos; también esos

niños son más felices que los nuestros. Lo que no impide que la mayoría hable un segundo idioma, adquieran una notable educación cívica y, ya adultos, sean, al menos, profesionales tan competentes como los de por aquí.

¿Qué es lo que falla? Acaso nada. Acaso tengamos que hacer dura y triste la infancia de nuestros hijos, porque nuestra sociedad es aún una sociedad que exige hombres duros y agresivos, y ancianos tristes y resignados.

Así que sigamos consolándonos con nuestras estadísticas, mientras los jubilados del norte endulzan su vejez con nuestro sol.

CHINA

Allá, cuando algunos de quienes ahora nos dirigen vivían en París las emociones de un Mayo glorioso, China -conforme al título de un filme de Bellocchio- era vecina. Nunca en la historia, occidente se había acercado tanto al celeste imperio. Jóvenes barbudos y jovencitas desgredadas veían en Mao al único profeta y recitaban con devoción su *Libro Rojo* (hasta hubo un *Libro Rojo del Cole*). La revolución cultural señalaba la única vía salvadora, tras la traición de los revisionistas soviéticos. Sí, para los jóvenes rebeldes de occidente, China era vecina.

Ciertamente había notas que desentonaban para un oído un poco atento, en aquella marcha hagiográfica. Hablando de música, parecía estúpido el que se persiguiese a Mozart y a Beethoven; y hablando de persecuciones, aquellas salidas a la pública vergüenza luciendo el cartelito de “soy un pequeño burgués contrarrevolucionario”, recordaba demasiado al capirote inquisitorial. Pero los jóvenes barbudos argumentaban no sin razón, que lo importante era que ya en China la gente no moría de hambre por millares, que las niñas recién nacidas no eran asesinadas por sus padres y que el país había dejado de ser un juguete al servicio de los intereses del mundo occidental. El gigante había despertado de su sueño de opio, y ahora imponía admiración y respeto.

Veintiún años después de que los estudiantes occidentales tomaran las calles de París, las calles y plazas de Pekín han sido tomadas por los estudiantes chinos. Ambos -occidentales y orientales- gritaron y gritan pidiendo libertad. La diferencia está en que mientras que los del 68 veían en China su faro salvador, los del 89 dirigen su mirada al democrático occidente. Y -se me olvidaba- también hay otra diferencia. Cuando el poder reaccionó como reacciona siempre, sacando los tanques, los chinos intentaron resistir. Los héroes maoístas no. Ante la amenaza del ejército, se retiraron prudentemente, ahorrando así a su gobierno la vergüenza que los chinos no han podido evitar: mancharse las manos de sangre.

No sé si alguno de aquellos jóvenes del Mayo francés, hoy florecientes políticos y ejecutivos, habrán recordado estos días ante los acontecimientos de Pekín, aquellos otros días y aquella revolución que tanto amaron. De lo que sí estoy seguro, es de que no habrán sentido nostalgia, a no ser la de la juventud perdida. Pero, desde luego, no habrán derramado ni una lágrima por la revolución. Todo lo contrario. Instalados en el paraíso conformista, desde su trono en lo alto de la pirámide, comentarán satisfechos el hundimiento del sistema socialista; se afirmarán en su convencimiento de estar en la posesión de la verdad absoluta y de vivir en el

mejor de los mundos; se indignarán ante la brutalidad de la represión en Pekín, y sonreirán al recordar a aquellos tontos jovenzuelos que una vez pensaron que “China era vecina”.

ALGO SE MUEVE

Algo se mueve tan aceleradamente que no percibimos el movimiento, y si lo percibimos no tenemos una idea clara de dónde nos puede llevar.

La vida sigue. Nos preocupamos por los problemas de cada día, sin darnos cuenta que el mundo está cambiando de tal manera que acaso en un mañana no demasiado lejano, todo esto que ahora nos preocupa, todo lo que constituye nuestro mundo actual no tendrá ya el menor sentido.

Hasta ahora nos movíamos en un mundo mejor o peor, pero al menos con la aparente solidez que dan más de cuarenta años de existencia. Era un mundo dividido en dos, con sus buenos y con sus malos. Un mundo en tensión, en permanente enfrentamiento pero que encontraba en esta tensión, en este enfrentamiento, su equilibrio. Sí, tal era el mundo que se había diseñado tras aquel monstruoso cataclismo que fue la segunda guerra mundial.

Y de pronto, ante nuestras propias narices, sin que apenas nos demos cuenta de ello, este mundo cuyo equilibrio nacía de su permanente enfrentamiento, salta por los aires. Aparentemente en ese pulso de más de cuarenta años, uno de los contendientes ha cedido. Y todos los que están en el bando del vencedor sonríen satisfechos, con esa satisfacción que produce cualquier victoria en una sociedad cuya primera ley es la competencia.

Y sin embargo, ¿no será esta una victoria pírrica? ¿Qué va a ocurrir después? Yo no lo sé, pero cabe hacerse algunas preguntas sobre ello.

Antes el mundo tenía dos dueños. Si uno de estos dueños cae, ya queda solo uno. Y cabe preguntarse: ¿qué es mejor, estar sometido a un mandato, por compartido, limitado; o estarlo a un mandato sin limitar?

Antes había un enemigo que justificaba una economía de guerra. Si este enemigo se rinde, desaparece, ya no tiene sentido mantener este tipo de economía. Y cabe preguntarse: ¿Existe un orden económico de repuesto?

Antes había un muro que separaba las dos Alemanias. Ahora, hundido ese muro, ya no tiene sentido la separación. Y cabe preguntarse: ¿Qué pensarán aquellas naciones que hace cincuenta años sufrieron el peso de una Alemania potente y unida? ¿Volverán los antiguos temores? ¿Resucitarán los muertos fantasmas?

Antes los marginados en el reino de la fortuna, tenían una utopía a la que dirigir no sólo la mirada, sino su posible acción; y, por temor a

esa acción orientada a la utopía, los poderosos cedían en algunos de sus privilegios. Y cabe preguntarse: ¿Muerta la utopía, habrá algo que pueda evitar una mayor y más amplia marginación de los marginados?

Pero estas son preguntas hechas desde una de las partes de este mundo, precisamente de la que menos se mueve. ¿Qué ocurre en realidad en la otra? ¿Dónde conduce este movimiento?

NOBLE ESTADO

“Oh, sólo de hombres digno y noble estado.” Así concluye el gran Aldana su espléndido soneto XXX en el que, con amarga ironía, nos habla de la guerra. También habla de ella una película recientemente repuesta por TVE: Un joven inglés marcha voluntario a la guerra del 14, por el rey y por la patria y porque así prueba a su familia que no tiene miedo, que es todo un hombre. Han transcurrido tres años, y es el único superviviente de toda su primitiva compañía en aquel infierno de fango muerte y ratas. Un día comienza a caminar sin saber a dónde. Sólo quiere alejarse por un tiempo de allí. Su paseo durará sólo una jornada. Lo suficiente para que, con el fin de mantener la moral de la tropa, el mando le haga fusilar.

Hace aproximadamente 2.750 años un poeta jónico cantó la cólera de Aquiles y de otros héroes bélicos en perfectos y sonoros hexámetros. Quienes amamos la literatura no podemos dejar de reconocer con cierta pena que, desde aquella lejana fecha, los poetas han sido bastante persistentes en su empeño de glorificación de ese noble estado de la caza del hombre por el hombre. Parte de esa pasamanería bélica, parte de esas vistosas plumas con que se adorna el oxidado morrión; parte de esa pintura con la que se maquilla el putrefacto y repugnante cadáver, es obra de la poesía, incluso de la más excelsa. Ellos, los poetas de todas las épocas, han contribuido a crear y difundir el código de esa clase dominante, la militar, que denomina gloria, honor, valor y patriotismo lo que tan sólo es la manifestación de todo lo que el hombre tiene de más bajo y bestial.

Parece ser, de acuerdo con las noticias del periódico, que los dos grandes están dispuestos a terminar su guerra fría. Uno, en estos tiempos tan pragmáticos y, por ende, tan ramplones y tan inmovilistas, tiene derecho a soñar y desear que esto sea tan solo un primer paso. Que al fin la humanidad, esa humanidad capaz de volar hasta la luna, sea también de algo en teoría mucho más fácil: Acabar de una vez con la guerra. Liquidar para siempre las armas, abolir ese noble estado de la milicia con su cortejo de sonoras palabras, máscaras de horribles hechos, y que el dinero destinado a la destrucción se destine a combatir el hambre; que la disciplina sea sustituida por la razón; que ningún joven pueda ser obligado a pasar una parte de su vida entrenándose para matar; que se entierren de una vez para siempre los cañones y los clarines; que se acallen también para siempre las marchas y las voces marciales.

Ya sé que unas simples conversaciones de desarme no dan para tanto. Ya sé que, desgraciadamente, todo continuará igual. Pero al menos creo que tenemos derecho a pedir y esperar que alguna vez llegue un día en el que ningún adolescente deba morir por el rey y por la patria.

HACE YA CINCUENTA AÑOS

Hace ya cincuenta años y yo era muy niño. Recién terminada una guerra, otra más lejana acababa de estallar. Curiosamente, si en aquella pequeña ciudad de provincias apartada del frente tan solo había recibido algunas imágenes dispersas de nuestra guerra (algún desfile de tropas, con el reclamo para la fantasía infantil que ponían los pintorescos y temibles moros; algunos toques de sirena que nos llevaban al refugio donde, entre amedrentados y juguetones, escuchábamos el tronar de las baterías antiaéreas y rara vez el estallido de las bombas), de aquella otra guerra que nos resultaba ajena, si teníamos una información más cabal. En el cine de los jueves, antes de la película del oeste o de risa, veíamos los tanques, los cañones, los soldados, los combates aéreos en los noticiarios de la UFA o de la FOX. Nuestra imaginación se inflamaba con aquellas luchas y a veces, en los recreos colegiales, nosotros, recién salidos de una guerra, jugábamos a participar en esa otra guerra en el papel de alemanes o aliados.

Ahora, cincuenta años después, sé que no participamos realmente porque Dios no quiso ya que, gracias a Él, no llegaron a un acuerdo las opuestas ambiciones de dos hombres. Aunque, después de todo, si bien no lo sabíamos, nosotros sufríamos en una pequeña parte las consecuencias de aquella guerra. Pero yo no podía saber que aquel intragable pan de huevo, que aquel maldito puré de San Antonio, que aquel absurdo capote que mi madre me había hecho con una manta para matar malamente el frío, que aquella hambre y aquella penuria eran, en parte, consecuencia de esa guerra de la que nos llegaban algunas imágenes en aquellos noticiarios que antecedian a la película de risa o del oeste de nuestra primera sesión.

En mi colegio se estudiaba como segundo idioma el alemán -la lengua del futuro- y casi todos nosotros, en nuestros juegos, queríamos ser alemanes. Tan solo unos pocos niños, niños cuyos padres no se sabía bien donde se hallaban, niños tristes a los que los frailes miraban con cierta prevención, preferían a los aliados, aunque apenas se atrevían a decirlo...

Cuando llegué al curso del segundo idioma, la guerra ya había terminado y, aunque yo tuve aún que estudiar alemán, contra todas las previsiones los alemanes la habían perdido. Un año después, en mi colegio se cambió el alemán por el inglés...

Más tarde empezamos a conocer cosas que no nos habían dado los noticiarios UFA ni el NODO que, al poco, le sustituyó. Supimos de los

cientos de millones de muertos, de las ciudades arrasadas, de los campos de exterminio, del horror sin nombre...

De esto hace ahora cincuenta años. Por entonces, los niños jugábamos en los recreos a que éramos soldados enfrentados en aquella guerra. Quiera Dios que estos juegos jamás se vuelvan a repetir.

ÁRBOLES DEL SUR...

“Árboles del Sur producen extraños frutos...”, cantaba -o, mejor, lloraba- la gran Billie Holliday en un blue inolvidable. Seguramente tuvo ocasión de contemplar alguno de esos frutos en la gira que, con una orquesta blanca, hizo al profundo Sur: Un negro cuelga de un árbol rodeado de un grupo de hombres, mujeres y niños, que miran regocijados el linchamiento. Son labriegos, granjeros casi tan pobres como su víctima, pero que gozan respecto a ella de un impagable privilegio: el color de su piel.

Billie era buena para cantar, pero no para tomar el ascensor de su hotel, reservado para los blancos. Tampoco, a pesar de su maravillosa voz, para hacer en el cine otro papel que el de una gorda, bondadosa y risible criada negra. El protagonista de la primera película sonora era un cantor de jazz, pero eligieron para actor a un mediocre cantor blanco que debió tiznarse la cara de negro, ya que un negro no podía ser estrella de cine. Tampoco podía ser campeón de boxeo, y uno que tuvo la osadía de serlo hubo de emigrar a Europa y al final, tras múltiples vicisitudes, dejarse tumbar en un ring de La Habana por un blanco al que podría haber noqueado en un asalto, pues consideró que era preferible perder el fajín de campeón que perder la vida. Pasarían años hasta que los americanos aceptasen a un campeón negro, y ello porque pensaron que, después de todo, más valía un compatriota, aunque fuese negro, como campeón de los grandes pesos, que un alemán. Además, los negros daban espectáculo. Así que al fin se llenaron de negros las canchas de baloncesto y los estadios; y de esa manera el himno norteamericano sonó frecuentemente en todas las olimpiadas.

Sí, los negros eran buenos para el deporte; y para cantar y bailar, y tocar el saxo y la trompeta. Pero también se empeñaron en demostrar que servían para ser médicos, y abogados, y escritores. Y llegaron a serlo. Aunque, como decía uno de ellos, cualquier camarero blanco, no importa el estado o la posición social que el negro hubiera alcanzado, se dirigiría a él llamándole “muchacho”. Y en el profundo Sur sus hijos seguían sin poder ir a las escuelas de los blancos, ni ellos sentarse en los tranvías y autobuses junto a un blanco. Cierta reverendo quiso que eso cambiase, pero le mataron a tiros, y en los árboles del Sur continuaron colgando los sangrientos frutos.

Hoy, bastantes años después de la muerte de aquel reverendo, otro reverendo quiere demostrar que un negro también sirve para presidente de los Estados Unidos. Y, lo que es mejor, son muchos hombres, negros y blancos, los que están con él.

Yo sé que es un sueño pensar que el reverendo Jesse Jackson llegue a la Casa Blanca. Pero en estos días en que el fascista Le Pen consigue, en la antigua patria de la libertad y la igualdad, miles de votos nacidos del odio racista, me agrada pensar, aunque sólo sea un sueño, en un Presidente surgido de alguno de aquellos extraños frutos que daban los árboles del Sur.

LOS HIJOS DE LA FURIA

Me decía mí hijo cuando estudiaba COU que “algunos de mis compañeros oyen a veces música clásica o leen, pero no se atreven a confesarlo porque está mal visto por el grupo”. Posiblemente ese grupo acepte mejor la frase que pude escuchar casualmente a un joven de mi barrio que, litrona en mano, departía amigablemente con sus colegas: “Yo, es que había fusilado al primero que se puso a pensar”.

En la Sociedad de Consumo la norma ética, según nos dice Riesman, la ejerce el grupo de pares. Una norma inflexible, más rígida y difícilmente violable que aquella ley interiorizada que conformaba el superego freudiano en la sociedad de nuestros padres. Y este grupo que fija el mundo de valores de los adolescentes rechaza con su burla y vacío la cultura humanística. Pero, ¿por qué vamos a extrañarnos ni escandalizarnos por ello? ¿Es que no fuimos nosotros, sus padres quienes primero la rechazamos aun ensalzándola de labios para fuera?

Sí, esa cultura humanística, esos valores que nuestros hijos rechazan, fuimos nosotros los primeros en rechazarlos al apartarlos de nuestras vidas. Los rechazamos, aún sin decirlo, cuando los pospusimos a esos nuevos valores del consumo, el dinero y el poder; cuando nuestras relaciones cotidianas se basaron en la agresividad, en el todos contra todos, en la ley de la selva, en el darwinismo social. La rechazamos cuando, consecuencia de lo anterior, exaltamos las cualidades viriles del valor, la fortaleza, la inflexibilidad, y despreciamos por femeninas y anticuadas la sensibilidad, la ternura, la compasión, la solidaridad con quien es más débil y necesitado. Rechazamos esa herencia humanista y ahora, hipócritamente, nos escandalizamos porque nuestros jóvenes también la rechazan y la desprecian.

Toda nuestra relación con los jóvenes está basada en el fingimiento y la mentira. Mentimos cuando alardeamos de darles una educación generalizada, cuando lo único que hacemos es retenerlos aparcados en esas cárceles que son los centros de educación obligatoria, centros masificados, donde se les imparten enseñanzas de cosas que ellos de sobra saben -no son tontos- carecen de valor social en una sociedad que solo valora el dinero. Los tenemos allí, con una enseñanza degradada, porque no sabemos dónde tenerlos; porque la otra alternativa es la calle, y esta alternativa resulta más peligrosa para nosotros que la escuela. Mentimos cuando les ofrecemos una contracultura juvenil, a ellos que nunca tuvieron acceso a la verdadera cultura, privilegio desde siempre de unas capas selectas. Mentimos cuando les presentamos un mundo ideal, un mundo

lleno de objetos maravillosos que les inducimos a consumir, negándoles al tiempo los medios para conseguirlos. Mentimos cuando les inculcamos nuestro propio vacío y pesimismo, nuestro fracaso y falta de ilusión, y luego les reprochamos su pasotismo y su vaciedad. Mentimos cuando nos negamos a reconocer que ellos son nuestra obra.

Nuestra obra, la obra de una sociedad vacía, de una sociedad a la que su loco egoísmo ha conducido a una crisis de la que no se vislumbra la salida, una crisis que ellos son los primeros en pagar. Una sociedad agresiva y violenta; una sociedad sin ideas ni ideales; una sociedad sin amor o por decir mejor, sin otro amor que el de nuestro egoísta y animal placer.

Ellos son nuestra obra. Nuestros hijos. Los hijos de la furia. Los que, más sinceros que nosotros, no dudan en pregonar su desprecio a todo lo que el hombre, a lo largo de su historia, realizó para superar su bestialidad original. Despreciando la belleza -es la época de la exaltación artística de la fealdad-, la ciencia, el pensamiento. Sin otra perspectiva que la moto, la litrona o la droga. Exhibiendo su violencia en los campos de fútbol, con la aprobación y ayuda de los muy respetables directivos de los clubs. Matándose en los estúpidos accidentes de los fines de semana. Agrupándose en tribus que imitan en su vestimenta y comportamiento a sus falsos y efímeros ídolos musicales, esos que ganan cientos y miles de millones aprovechándose de su estupidez. Luciendo sus cadenas, sus trajes de cuero, sus botas claveteadas, sus motos potentes y atronadoras, sus banderas y símbolos nazis; gritando su irracionalidad violenta.

Pero a veces los hijos de la furia no se limitan a gritar sino que pasan a la acción. Entonces matan a alguien porque es negro, o pobre, o extranjero, o no viste como él. Y nosotros, púdicamente, nos escandalizamos de ese hecho y los condenamos, sin reconocer, hipócritas, que también somos los asesinos.

¿HAY ALGUIEN AHÍ FUERA?

Coincidiendo con el 500 aniversario del descubrimiento de América, el 12 de octubre de 1992 los Estados Unidos de América han iniciado un proyecto a través de la NASA, con un presupuesto de 10.000 millones de pesetas durante los próximos diez años, para rastrear sí, aparte de la nuestra, existe vida inteligente en la galaxia.

Se trata de un rastreo. Lanzar e intentar captar señales a través del enorme espacio interestelar, ver si alguno de esos cincuenta planetas que según Carl Sagan, de acuerdo con la ecuación Drake, pueden poseer una civilización tecnológica avanzada, entran en contacto con nosotros.

Hasta aquí, todo está bien. Ciertamente diez mil millones de pesetas son bastantes millones y podían dedicarse a necesidades más perentorias -por ejemplo, el hambre de Somalia- que la de darse el gusto de saber si hay alguien ahí fuera; pero dado a lo que normalmente se dedica el dinero, tampoco es para quejarse y podemos considerarlo bien empleado. Lo malo sería si la cosa fuese más allá del lejanísimo contacto; si la investigación que ahora se inicia pudiera terminar en un descubrimiento.

Porque precisamente la efeméride que se recuerda en el inicio del proyecto es como para echarse a temblar. Y esto porque dado el nivel de nuestra tecnología, si alguien entra en contacto con otro alguien lejano, tendrían que ser necesariamente ellos con nosotros. Es decir, que en este caso los terrícolas haríamos el papel de amerindios y no seríamos nosotros los descubridores, sino los descubiertos.

Y la Historia de la Humanidad nos brinda numerosos ejemplos -no sólo el de América- de lo que le espera a alguien que es descubierto por otro más avanzado que él. El descubridor llega con su cultura superior, con su único Dios verdadero, con sus enfermedades, con sus encomiendas, con su sed de metales preciosos y no preciosos y con sus armas de fuego. Y el descubierto se encuentra con enfermedades que no tenía, con la conversión a cristazo limpio, con la esclavitud, con el trabajo forzado en las minas, y con el arcabuzazo definitivo. Consecuencia: que la inmensa mayoría de los descubiertos pasan a mejor vida, salvo unos pocos aún más desdichados que continúan viviendo desviviendo.

Podría objetarse que en este nuevo descubrimiento no ocurriría así, ya que la altísima civilización que permitiría una navegación interestelar presupone que sus miembros serán seres mucho más perfectos. Pero si partimos de que las leyes ético-psicológicas son tan uniformes como las

físicas, de sobra sabemos que, desgraciadamente, el desarrollo tecnológico no se acompaña de un desarrollo moral.

Así que esperemos que nadie esté capacitado para descubrirnos, y que esa bonita historia de los OVNIS siga siendo tan solo un alimento de la fantasía de los lectores de “Más Allá”.

“POBRES NO”

Allá por los años de la dictadura, cuando uno hacía su entrada en cualquier pueblo, incluido el mío, se topaba con un rótulo donde aparecía el nombre de la localidad y, debajo de éste, la frase “prohibida la mendicidad y la blasfemia”. A mí, la verdad, siempre me pareció curiosa la unión copulativa de estos dos conceptos; pero, pensándolo mejor, acabé por descubrir su coherencia: dada la peculiaridad de su situación, sin duda son los pobres quienes más blasfeman.

Ahora uno puede entrar en un pueblo sin toparse con el cartelito de marras. No sé si por que ya no están prohibidos, los mendigos son mucho más visibles que antes, pero tienen respecto a los pasados tiempos la compensación de poder ejercer libremente su profesión y, también libremente, blasfemar.

Sin embargo, me temo que, a pesar de su proliferación, los pobres siguen estando prohibidos. Europa, la Europa de los ricos de la que con proclamado orgullo somos parte, está levantando en todas sus puertas un gigantesco cartel donde con grandes letras aparece escrito: “Pobres no”. Cartel que me recuerda ese otro que hay en determinados establecimientos proclamando “Perros no”. Y si el europeo, que ama mucho más al perro que al hombre (en París puede verse cómo los mendigos han sustituido a los tradicionales cachorros humanos por cachorros de perro, ya que incitan más a la compasión del posible donante); si, como repito, el europeo, que ama mucho más al perro que al pobre, prohíbe en determinados lugares la entrada de aquellos, no debe de extrañarnos que prohíba la entrada de éstos en todo el territorio de su nación.

Y como al pobre nacional no se le puede prohibir la entrada, pues está ya dentro, todos los esfuerzos se dirigen al pobre foráneo. Blanco o negro, del este o del sur, este pobre que intenta saciar su hambre trabajando en la Europa de los ricos no es bien acogido por ésta. Primero le cierran las puertas con leyes draconianas; si, jugándose la vida y pagando un alto portazgo a los tiburones consigue entrar, organiza partidas de caza con el fin de devolverlo a su lugar de origen; y si a pesar de todo logra al fin instalarse en el paraíso, permite que las bandas fascistoides quemen sus barracas y los apaleen hasta la muerte.

Hace poco, en Alemania se organizaron grandes manifestaciones contra el nazismo y la xenofobia que crece alarmanamente en aquel país. Cuando las autoridades se sumaron a ellas, se vieron desagradablemente sorprendidas al verse repelidas con una lluvia de huevos y toma-

tes. Las autoridades clamaron contra estos extremismos provocadores que reventaban así el noble acto. No se les ocurrió pensar que, más que provocación, lo que había era un rechazo a la hipocresía: la hipocresía de protestar contra una situación que con su “Pobres no”, ellos mismos habían creado.

LA FRÁGIL MEMORIA

Cuando ahondo en lo más profundo de mi memoria en busca de su primera imagen -esa imagen que iba a perseguirme omnipresente a lo largo de casi cincuenta años de mi vida- encuentro en el rincón más lejano una escena precursora.

Una cocina campesina. Sentado junto al amplio hogar donde borbollonea un puchero, mi padre y otras personas de rostros difuminados por el olvido. Mi padre dice: “Han matado a Calvo Sotelo. Se va a armar.” Y tras sus palabras un silencio espeso, ominoso. Después, bajo el sol radiante de Castilla, ya las mieses en sazón, un zumbido lejano rompe la calma del mediodía. Cruza el profundo azul un ave plateada. Es mi primera visión de un aeroplano. Pero cuando una llamada perentoria y angustiosa de mi madre me arrastra al refugio de la casa, compruebo la certeza de las palabras amenazadoras de mi padre.

Más tarde, cambiado ya el pueblo por la ciudad -atrás otras escenas: un coche repleto de hombres armados vestidos con camisa azul que preguntan airada y autoritariamente por el carnicero; camiones cargados de militares que cruzan interminablemente por la carretera-, viviendo con mis padres y mi hermana en una habitación de realquilados, mi memoria persiste inútilmente en busca de esa su primera imagen. Debía estar ahí, en la escuela donde aprendí a leer, en la pared, al lado del crucifijo franqueado por su retrato y el del fundador. Debía estar ahí, pero no aparece en mi memoria. Sí aparecen -ya borrados también sus rostros- unos chicos de la escuela hijos de un barrendero que me llevaban a hacer pedreas con los del Jardín Botánico, y la piedra que alcanza la frente de mi amigo, y cómo le cura su madre lavándole con vinagre y mi asombro al ver cómo toda la familia va comiendo por turno con la misma cuchara que introducen ceremoniosamente en el puchero. Esto es lo que alcanza el rastrear de mi memoria en mi primera escuela: pero lo que busco, ésa mi primera imagen de él, a pesar de que sin duda estaba presidiendo en la pared, no consigo atraparla.

Y luego, unos meses más tarde, cambiada la escuela pública por el colegio de religiosos, el fraile que entra jubilosamente gritando: “¡Hemos tomado Bilbao; vacaciones!”; y nuestros gritos de júbilo ante el inesperado asueto, y nuestro cruzar alocado de aquella carretera por la que nunca cruzaban coches. Pero entre aquellas imágenes la suya no está.

Desisto. De entre todas esas miles de imágenes que llenan casi cincuenta años de mi vida; imágenes en monedas y billetes, en fotografías,

en periódicos, en el cine, en la televisión, imágenes que van del joven generalísimo al anciano dictador balbuciente y tembloroso, no puedo rescatar la primera que tuve de él. Y es ahora, al comprobar mis vanos esfuerzos por recobrarla y escuchar lo que saben de él los jóvenes actuales, cuando compruebo que la memoria de un hombre es tan frágil como la memoria de un pueblo.

VACAS

De acuerdo con un ucase de la C.E., España deberá sacrificar medio millón de vacas, lo que equivale a una cuarta parte de nuestra cabaña, por exceder en millón y medio de toneladas la cuota lechera que esos mismos omnipotentes señores fijan. Hasta ahora, este país toricida había respetado a las mansas, dulces y apacibles vacas lecheras. Esto se acabó. Debemos proceder a una inmensa hecatombe de acuerdo con el dictado de esos europeos que se estremecen de horror por la sangre derramada en nuestros ruedos.

Un notable novelista del pasado siglo hoy casi totalmente olvidado y devaluado, Armando Palacio Valdés, describe en *La aldea perdida*, la tragedia de un idílico valle donde pastaban las vacas, que perdió su verdura porque las aguas comenzaron a bajar negras por el polvo del carbón. Aquel valle dejó de ser idílico y bello por un imperativo económico. Hoy otro imperativo económico exige el cierre de esas minas de carbón. Pero, ¿quién podrá devolver ya al valle su idílica hermosura perdida? ¿Y que será de la idílica hermosura de esos valles de nuestra España húmeda si en ellos las vacas dejan de pastar?

Cuando leo este tipo de disposiciones de la C.E. y veo en la televisión a esos niños africanos con sus piernecitas de alambre, sus vientres como bombos y sus ojos negros dilatados por la agonía, no puedo menos de pensar lo que muchos piensan aunque nadie se atreve a escribir, pero que, sin embargo, voy a escribir ahora: me cisco -con perdón- en la C.E; me cisco en esta Europa de los ricos que guarda en su interior bolsas cada vez más numerosas de pobreza y que limita la producción de alimentos en un mundo en el que el setenta por ciento de su población se muere de hambre ; me cisco en esos tiburones de las finanzas, en esos monopolios multinacionales, en esos tecnócratas que atentan al sentido común en nombre de la más imbécil de las ciencias. Yo no domino la ciencia económica, a Dios gracias, ya que ello me permite conservar el sentido común. Y ese sentido común me dice que no hay ciencia que pueda justificar la limitación de alimentos en un mundo hambriento, ni la destrucción del medio ambiente, y la desertización del planeta en miras a intereses egoístas. Y ese mismo sentido común me dice que si esa imbécil ciencia ha descubierto que éste es el único medio para que el sistema funcione, lo mejor es acabar con el sistema ya que un sistema tal no merece subsistir.

De ahí mi indignación al leer que los tiburones financieros y los burócratas de la C.E. han decidido exterminar a las vacas. Muy otro sería mi estado de ánimo si las vacas tuvieran el poder de eliminar a esos mismos burócratas y tiburones.

DESECHABLES

Barranquilla... Oí mencionar por primera vez a Barranquilla en una canción que estaba de moda en los años de mi niñez. “Se va el caimán, se va para Barranquilla”, decía. Era una canción alegre para unos tiempos tristes; incluso para muchos era una canción optimista, en clave, porque el caimán era la personificación del ser que más odiaban, la representación del terror. Yo no tenía aquella clave y no veía nada terrorífico en la canción; nada que pudiera asociarla con el miedo que me producían las películas de Bela Lugosi. Y sin embargo ahora, tantos años después, son a esas películas de Bela Lugosi a lo que debo unir la palabra Barranquilla.

Pero el horror de Barranquilla supera con creces al de las películas de mi niñez. Aquel ladrón de cadáveres era un monstruo aislado, un franco tirador. En Barranquilla es toda una organización en la que aparecen implicadas las fuerzas más vivas de la sociedad: los políticos, los catedráticos de Universidad, los honorables caballeros que asisten los domingos a la misa mayor. Y asisten a ella sin ningún remordimiento, ya que el asesinato de mendigos tiene unas miras más altas que el de proporcionar cuerpos a las salas de disección de la Facultad de Medicina. Forma parte de una operación de terapia social, de política de altos vuelos destinada a mantener el necesario equilibrio para la buena marcha de la ciudad y la nación. No se trata de asesinar, sino de eliminar a los desechables.

Los traperos, los mendigos, los niños que duermen y viven en la calle, los habitantes de las villas miserias de nuestra América Latina que se reproducen como las ratas entre las que habitan y cuyos alimentos comparten, son desechables. Simple basura sobrante que es necesario eliminar, pues de otra forma lo llenan todo. Y nadie puede tener remordimientos de conciencia por destruir la basura.

También desechables, basura, son esos niños a los que ETA destroza a bombazos. Simples hijos de policías, hijos de *txakurra* -perros-, que así es como los superhombres del coche bomba los denominan, y cuya vida vale cien veces menos que la de uno solo de sus valientes luchadores, capaces de la heroicidad de colocar explosivos con nocturnidad y alevosía. Que no vayan a conmoverse tan heroicos luchadores al ver los despojos de un niño esparcidos en la calle. Nadie debe alterarse por la muerte de un cachorro de perro. Como los mendigos de Colombia, éstos también son desechables.

Como también lo era el niño de seis meses que una pareja de Vigo enterró aún vivo porque, según el macho, no era de su, paternidad. Y

todo lo que no es de la paternidad del macho, es desechable. Son noticias de los periódicos de estos últimos días, Cuando uno las lee y recuerda que, según la Biblia, el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios, se ve tentado a esperar, con vista a una posible vida futura, que a Dios le haya salido mal la copia de su propia imagen.

LA MUERTE DE UNA ILUSIÓN

Cuando se habla del *Estado de Bienestar* siempre se exagera algo. El bienestar nunca fue para todos, pero al menos, se tenía la ilusión de que lo fuese. Hoy, certificada ya la defunción de ese Estado, no existe ya ninguna ilusión que mantener. La ilusión del bienestar generalizado ha muerto. Recemos un responso por ella.

Muerto el bienestar que nunca existió, el malestar se extiende como una mancha de aceite que amenaza cubrir todo el globo terráqueo. En aquellos lugares en que siempre tuvo su asiento, y que constituyen más del ochenta por ciento de la población humana, el malestar alcanza límites que le hacen ya incompatible con la mera subsistencia. En esos otros en que reinaba el bienestar, o, al menos, ese ideal de bienestar que pretendía el *Estado Benefactor*, las manchas del malestar son cada vez más amplias. Y para que les resulte más gravosas, los teóricos y los políticos les dicen a los que se encuentran instalados en el malestar y a aquellos que muy pronto estarán en él: “No os hagáis ilusiones; los que habéis traspasado esta puerta dejad toda esperanza.”

Aquello de “la tierra será un paraíso” era tan solo un iluso sueño. Hoy, con un espíritu mucho más realista, se dice que la tierra será un paraíso para los menos y un infierno para los más. Y el Estado, desechada ya la ilusión de convertirse en paraíso, tan solo se constituye en guardián de quienes, instalados en el cielo, puedan ver sus bienes amenazados por las masas incontables de los condenados de esta tierra.

La historia es circular, decía Vico. Y en este caminar en círculo, periclitado el *Estado de Bienestar*, hemos llegado a una situación. muy anterior: la del *Estado Gendarme*. Proclamado el dogma de la libre competencia, ése que condena a los más a la indigencia, la misión del Estado ya no es otra que la del monopolio de la fuerza para mantener el orden establecido.

Orden que se mantiene no sólo a nivel local, en algunos casos con loable celo, tal como ocurre en Brasil donde fuerzas del orden se dedican a asesinar a esos niños, hijos del malestar, que resultan tan molestos para los instalados en el paraíso; sino que, en estos tiempos de “la aldea global” el orden tiene que ser un orden planetario. De aquí el papel de gendarme de ese nuevo orden que se ha autoasignado el Estado más poderoso de la tierra. Episodios como la guerra del Golfo, el bloqueo de Cuba, la pacificación de Somalia, sin olvidar la operación policial en Panamá, son claras muestras de la eficacia con que el gran gendarme desempeña su misión.

Ésta es la situación presente, Antes los pobres sufrían su pobreza, pero podían soñar al menos que algún día saldrían de ella. Hoy ya saben que no, que no es posible la ilusión; que en esta tierra no pueden tener otro paraíso que el que les proporciona el sueño de la droga.

LINARES

“Linares ya no es Linares / que es un segundo Madrid / ¿quién ha visto, entre olivares / cruzar el ferrocarril?”, decía la copla, una copla muy acorde con el espíritu de este pueblo donde nací, que siempre presumió de ciudad, que siempre presumió de ser más ciudad que la capital de la provincia, la capital del Santo Reino. Y presumía porque por ella pasaba el ferrocarril, que eran sus minas y su fundición minera; porque no tenía que vivir exclusivamente del olivar al que está condenado Andalucía; porque sus hijos no estaban atados a la peonada del hambre del latifundio, ya que tenían las minas donde uno puede conseguir un salario más alto a cambio de dejarse en ellas los pulmones hechos piedra. Sí, Linares no era sólo un pueblo agrícola, era un pueblo minero y los mineros siempre han sido presumidos.

Hubo un tiempo en que las minas eran rentables, la guerra había elevado el precio del plomo y en la fundición de Linares se fabricaban balas para que los hombres se matasen en la guerra. Mi abuelo materno trabajaba en aquella fundición, y aprendió francés porque entonces franceses eran los dueños de las minas. Después las minas dejaron de ser rentables y los franceses se fueron. Ya no era tiempo de vacas gordas y las minas de mi pueblo pasaron a ser españolas. Poco a poco fueron decayendo, y el pueblo empezó a sentir con tristeza que estaba siendo ampliamente superado por la capital de su provincia.

Pero de pronto el ferrocarril, ese ferrocarril que, en realidad, siempre cruzó a siete kilómetros, volvió a pasar por Linares. Un alcalde latifundista que llevaba al Caudillo a cazar a sus fincas de Sierra Morena para hacer política al estilo de “La Escopeta Nacional”, consiguió, que en Linares se instalara una fábrica de coches todo terreno. El principal cliente sería el propio Estado con lo que la demanda estaba asegurada. El pueblo se industrializó y volvió a gastar y a presumir.

A nadie preocupaba la decadencia de las minas a las que acabaron bajando únicamente los pakistaníes. Los linarenses trabajaban en Santana. Nacieron otras industrias en la región al socaire de la del automóvil. El pueblo parecía salir del estancamiento al que le había llevado la decadencia de las minas.

Éstas acabaron cerrándose definitivamente. Yo recuerdo una pequeña manifestación de los últimos linarenses que vivían de ellas, los trabajadores de la fundición de “La Cruz”. El pueblo no se preocupó demasiado. Al pueblo le preocupaban otras cosas. Santana, ahora de los japoneses,

iba a menos. El Estado no mantenía ya una demanda política, y aquellos “chinos” que gobernaban la empresa les resultaban tan tiránicos como poco claros a la hora de cumplir sus compromisos.

Ahora los “chinos” pretenden dar el cerrojazo definitivo. Ya no son unos pocos, como cuando el cierre de las minas, sino toda una ciudad quien se ha lanzado a la calle intentando salvar a su pueblo.

Desgraciadamente, entre los olivares sigue sin cruzar el ferrocarril.

PALABRAS

LOS HECHOS Y LAS PALABRAS

Mediaba Noviembre de 1841 cuando Francisco Renato de Chateaubriand -nacido en noble cuna por la gracia de Dios-, redactó la Introducción con que finalizaba unas Memorias llamadas, de acuerdo con su deseo de publicarlas tras su muerte, *Memorias de Ultratumba*. En ellas el escritor aristócrata narra “el curso entero de su vida”. Dada su eminencia, tal curso permite que desfilen ante el lector los hechos y personajes más relevantes del largo periodo comprendido entre la caída del antiguo régimen y la revolución que pondrá fin al reinado de Luis Felipe de Orleans.

Mas a pesar de su relevancia no serán esos hechos y personajes sino el deslumbrante estilo, la mágica prosa con que son narrados, lo que harán estas Memorias perdurables. Polvo tan solo ya Marat y Robespierre, Fouché y Tayllerand, Luis XVIII y Luis Felipe de Orleans; polvo tan solo ya todo aquello que el escritor ama u odia, alaba o vitupera; tan solo ya un puñado de polvo en el islote del Gran Bé, frente al amplio mar, tal como deseó, Francisco Renato de Chateaubriand -nacido en noble cuna por la gracia de Dios- todavía hoy, siglo y medio después de su muerte, esa prosa precisa y musical, fulgurante al par que melancólica, continúa gloriosamente viva hechizando al lector y salvando las Memorias del olvido.

Nada nos importan sus ideas, ciertamente superadas (¿quién, salvo algún necio incurable, se declara hoy legitimista?; ¿quién puede hoy creer que un sistema que privilegia a una clase sin otros méritos que el de su apellido, sea el reflejo del orden divino universal?); nada puede importarnos incluso que, a causa de esas ideas, el buen vizconde altere o manipule determinados acontecimientos. *Si non vero, e ben trovato*. Es esto, la belleza en el decir, lo único que cuenta, lo único que al final permanece y perdura.

Al menos, para nosotros. Pero debemos preguntarnos: ¿también era así para sus contemporáneos? ¿También era así para aquellos de nuestros compatriotas que vieron frustrados sus sueños de libertad, sus ansias de una vida mejor, de una patria más digna, por la intervención de aquellos Cien mil Hijos de San Luis, intervención propiciada por el escritor y de la que se muestra tan orgulloso en sus magistrales memorias? ¿Solo contaba la belleza de su estilo, la galanura de su prosa, su genio literario para aquellos españoles que sufrieron por su culpa el destierro, la prisión o la muerte? ¿No sería al contrario? ¿No sería que para ellos lo importante, lo realmente importante era lo que el Vizconde pensaba y opinaba y los hechos consecuencia de aquellas ideas y aquellas opiniones; y lo otro, la elegancia de su prosa, la galanura de su estilo, su genio literario, tan solo música celestial?

Puede que, como hoy tantos y tantos dogmatizan y postulan, una obra literaria sea solo un estilo: pero un autor es ante todo un hombre. Y como tal hombre que convive e interactúa con los otros hombres sus opiniones, sus pensamientos, sus ideas, creencias y actos tienen una repercusión social. Y en cuanto estas ideas y opiniones siempre encuentran reflejo en su obra -aunque sea un reflejo pasivo o por omisión- es obvio que, al menos sus contemporáneos, le juzguen sopesando las mismas.

Juicio más obligado cuando, como en el caso de nuestro vizconde, el literato se dobla en político. ¿Cómo pueden invocarse los aciertos de una de sus actividades para paliar los errores de la otra? La única relación que cabe exigir, es la de la coherencia. Coherencia que, al menos se daba en Chateaubriand -tal su obra, tal su vida- pero que falta en aquellos que utilizan aparentemente sus ficciones para fustigar la injusticia y luego ponen su persona al servicio de los banqueros.

Pero aun cuando el escritor no actúe directamente en la vida pública, su obra siempre tendrá, como antes señalé, una repercusión en ella. Y esta repercusión, que será tanto mayor cuanto lo sea su prestigio, siempre harán de él un hombre público. Y como tal su obra -y empleo conscientemente la palabra, aún a sabiendas de su actual descrédito-, será una obra comprometida.

Por mucho que los críticos a la violeta se lleven las manos a la cabeza, esto es así. Para el contemporáneo, no existe la obra pura. No hay coartada formalista que libre a una obra actual de ser juzgada también en función de su ideología. No hay patente de corso fundamentada en la pretendida perfección literaria, -y más cuando esa patente la otorga un crítico coetáneo casi siempre errado como machaconamente nos demuestra la historia-. No hay prosa por magistral que sea que sirva para justificar, desde el prisma de quienes lo sufrieron, la ignominia de los Cien mil Hijos de San Luis.

Tengamos pues en cuenta sus ideas para juzgar al escritor vivo. Tras su muerte, si es un genio, siempre habrá una posteridad que, ya olvidadas aquellas, le ceñirá la inmortal corona.

MUSICALIA

A mitad de los años cincuenta yo trabajaba en una fábrica de vidrio situada, en Gerresheim, localidad donde Oscar, el del tambor, encontró cierto dedo cortado. La fábrica era más bien siniestra y quienes estaban en ella, con independencia de algunos despistados estudiantes españoles que caímos por allí buscando sabe Dios qué, no podían considerarse como la flor y nata de la intelectualidad germana. De ahí mi asombro cuando un día escuché como mi compañero de cadena amenizaba su monótona labor de empaquetar botellas, silbando nada menos que el “Porgi amor” de Las bodas de Fígaro.

Düsseldorf, como muchas otras ciudades alemanas, tiene un Teatro de Opera con su propia compañía donde la gente acude como se acude al cine y más o menos, por el mismo precio. En cualquier representación, hallándome ubicado en las localidades altas, una bella vecinita con vaqueros me alargaba amablemente sus prismáticos para que distinguiera mejor a los intérpretes mientras ella seguía la partitura. Podía tratarse de una estudiante de música, pero también de una alumna de bachillerato, de una secretaria o, incluso, de la dependienta de unos grandes almacenes. Todo es posible en un país donde un obrero silba un aria de Mozart.

En Alemania la música clásica, a nivel de popularidad masiva, va unida al nombre de Karajan. En España su lugar lo ocupa ese pintoresco personaje que anunciaba en televisión cierto aceite de automóvil. ¿Qué nos ocurre? ¿Es que aquí nacemos con el oído atrofiado, o que nadie se ha preocupado de educárnoslo?

Ciertamente no va a ser el señor Luis Cobos quien nos lo eduque, pero me temo que tampoco la Administración está por la tarea. En la enseñanza del BUP hay una asignatura relacionada con la música. Por supuesto, - y parto de lo que estudiaban mis propios hijos - tal enseñanza es absolutamente libresca y consiste en embotellarse una Historia de la Música. Es así como unos muchachos que, en el noventa y pico por ciento de los casos, no han visto en su casa un solo disco de música clásica, tienen que aprenderse como mejor puedan un tema que trata de “la influencia de los polifonistas flamencos en los polifonistas italianos”. Naturalmente el profesor o profesora de turno se quejará tras los exámenes con sus colegas de las otras asignaturas del “bajísimo nivel”. A mi, la verdad, me gustaría conocer “el nivel” del profesorado español si les preguntaran a todos -salvo a los de música- quién era, por ejemplo, Orlando de Lasso. Pero no importa. Ellos continuarán con sus jeremiadas del bajo

nivel confundiendo la velocidad con el tocino o en otras palabras, procurando, en lugar de que los chavales se interesen y amen las respectivas disciplinas, hacer de todos ellos profesores de esas mismas disciplinas en un esfuerzo ciertamente meritorio de perpetuarse como casta.

Consecuencia de todo esto es que nuestros muchachos se aprenderán mejor o peor una serie de nombres y conceptos más o menos claros y coherentes que, una vez vomitados en el examen, olvidarán en su totalidad. En contraposición, la indiferencia que sentían antes de sus estudios por la música clásica, se habrá transformado en profundo odio. Misión cumplida.

Pese a todo siempre hay chicos que por ambiente familiar o condiciones innatas aman la música, y la aman hasta el grado de querer practicarla. No es que deseen ser músicos profesionales, sino tan solo poder tocar el piano, el violín o la flauta. Como único camino para ello deberán matricularse en el Conservatorio, someterse a exámenes rigurosos pensados en principio para aspirantes a músicos profesionales, apilarse en aulas sobresaturadas y, en resumen, salvar una serie de obstáculos que transforman en tortura lo que en principio iba a tener un carácter eminentemente lúdico.

¿Y qué decir de quienes -¡oh milagro!- desean seguir la profesión de músico? Pues que mezclados con los meros aficionados, recibirán una educación tan masificada como insuficiente para , al final de su carrera, ante una casi total falta de oferta de trabajo, lucir sus habilidades interpretando a Schubert o Vivaldi en los pasillos del metro.

Tal es el panorama. Añadamos que en tres o cuatro ciudades hay temporada de ópera a la que acuden esos principales que no se pierden ningún acto social, así como conciertos con abonados que asisten a los mismos un par de veces por temporada; que las distintas cadenas de televisión, escudándose en el dato cierto de la baja audiencia, ignoran la música clásica o la relegan a horarios imposibles; y que si existe un fenómeno como el de Radio 2 con su buen número de oyentes es porque, como decía el Guerra, a pesar de todo siempre “hay gente *pa to*”.

Así pues paciencia, y dejemos que el señor del anuncio del lubricante continúe desempeñando entre nosotros el papel que en otros lugares más felices desempeña Von Karajan.

UN NOVELISTA DE SEGUNDA

Cuando se estrenó la película *Greystoke*, en varias críticas se hacía referencia al autor de la novela original como un novelista de segunda categoría.

En efecto, Burroughs es un novelista de segunda categoría, ya que por supuesto su nombre no figura en ninguna Historia de la Literatura, ni tan siquiera en el *Bompiani*. Y aquí somos muy aficionados a este tipo de catalogaciones. Díganse lo si no a esos inefables varones que realizaron los planes de estudio de Lengua y Literatura que padece nuestra sufrida juventud, y a los profesores de Literatura que celosamente aplican estos inefables planes. Ellos solo tratan autores de primera y aun de primerísima. De ahí que un chaval de quince años deba leer algo tan adecuado a su edad y formación como *El libro del buen amor*, y después hacer el consabido comentario de texto de acuerdo al conocido catecismo de estructura externa, estructura interna y demás paridas más o menos estructurales. El resultado es bien conocido. El joven que pasa por esa prueba ya no volverá a leer ni un solo autor de primera, de segunda, ni de tercera. Por no leer, no leerá ni el periódico. Aunque posiblemente ese era el fruto que perseguían nuestras autoridades pedagógicas cuando confeccionaron el plan.

Pero dejemos a un lado estas digresiones educativas y ciñámonos a ese novelista de segunda que es Burroughs. En *Algo sobre mí mismo* escribe Rudyard Kipling. “Y, si podéis, soportar serenamente a los imitadores. Mis *Libros de las Tierras Vírgenes* engendraron tal cantidad que podrían formarse con ellos verdaderos parques zoológicos. Pero el genio de los genios fue uno que escribió una serie titulada *Tarzán de los Monos*. Lo leí, mas lamento no haberlo visto en película donde brama con el mayor éxito. Adaptó al jazz el tema de los *Libros de las Tierras Vírgenes* y supongo que se divirtió de veras”.

Por supuesto Kipling era un novelista de primera, de ahí el tono despectivo con que habla de este autor de segunda. Pero en este tono puede adivinarse también un poquito de envidia. Y es que Kipling seguramente intuía que Tarzán iba a eclipsar a Mowgli. Y eso iba a ocurrir porque como agudamente señaló- aunque seguramente en ello no había alabanza, sino menosprecio- Burroughs adaptó el tema al jazz; es decir, supo incorporar al mito del buen salvaje los sueños del siglo XX.

Nadie puede negar a este novelista de segunda dos importantes cualidades de todo buen novelista: imaginación y oficio. La imaginación se

hace palpable no solo en la serie de Tarzán, sino en las hoy olvidadas series que transcurren en Marte, Venus y el centro de la tierra. En cuanto al oficio es indudable el dominio de la técnica de la novela de aventuras en sus más variadas circunstancias. Así *Tarzán de los monos* comienza como una novela de amotinados, continúa con el tema de Robinsón y termina como una típica novela africana. Indudablemente Burroughs, que jamás pisó África, había realizado largos y fructíferos viajes por los países aún más exóticos y lejanos de los libros de viajes y aventuras.

Esta es la gran ventaja de Tarzán. Su selva no es una selva sacada de la realidad, sino de la ficción. El África de Tarzán es el África que, nunca existió. Por eso es magnífica. Y lo mismo ocurre con sus fieras. Sus soberbios leones no deben nada a ese triste rey de la selva -un chulo gandul- que nos muestran los documentales, sino al feroz animal que nos describe Gerard, gran cazador y por tanto mayúsculo embustero. ¿Y qué decir de sus grandes simios? La Chita cinematográfica es un insulto para estos maravillosos animales que son algo más que el eslabón perdido. Y también los simios de *Greystoke* quedan muy lejos del original, ya que este film, tras su aparente fidelidad a la novela original, es un intento de desmitificarla y su Tarzán resulta más próximo que a nuestro héroe al patético niño de Aveyron que Truffaut nos mostró desde la óptica racionalista de Jean Itard.

No. Tarzán no es un salvaje balbuciente ni un ser desgarrado entre civilización y barbarie. Tarzán es un lord inglés y un rey de la selva. Ambas cosas se complementan. Es más, si Tarzán no hubiera pertenecido a tan superior estirpe, no habría llegado a ser Tarzán. Como en los héroes griegos, su grandeza está en su linaje.

Ya en *Narrativa infantil y cambio social* señalé lo que el libro de Burroughs tiene de elitista, racista e imperialista; en otras palabras, lo que tiene de reaccionario. Pero precisamente este reaccionarismo es lo que posibilita su mitificación. Los héroes progresistas raramente se convierten en mitos. La aceptación masiva que hace posible la mitificación presupone una comunidad de valores entre este héroe y la masa. Y ese hombre medio que identificó a Tarzán con sus más profundos sueños tiene unos valores claramente reaccionarios. Tarzán nace en el momento en que la sociedad urbana comienza a sentirse ahogada por la estrechez de su propia vida cotidiana. En el siglo XVIII, el siglo en que se inicia la literatura de viajes y aventuras, estos viajes y aventuras formaban parte de la realidad. El siglo XX ve en estas aventuras un escape onírico a su prosaica cotidianidad. De ahí que un libro cuya base no es la realidad,

sino la imitación de la ficción sea el más propicio para llegar a convertirse en un mito.

Tarzán fue inmediatamente aceptado por las artes más representativas de la masa media, el cine y el cómic. Curiosamente mientras el cómic insistía en los aspectos más imaginativos de la novela de Burroughs, el cine rebajaba el mito al nivel del hombre medio-americano. La serie de mayor éxito, la de Weismuller, degradó a Tarzán a la condición de americano medio en vacaciones, con su segunda residencia donde practica el *bricolage* que le proporciona el indispensable confort, su piscina, su perro- Chita-, su mujercita ama de su casa y dominante y su quijotismo de vía estrecha. Una perfecta identificación que aseguraba la mitificación del héroe por ese camino tan yanqui de rebajar su estatura, porque en América “hasta los millonarios y los presidentes, después de todo, son como nosotros”.

Pero el escapismo que ofrece Burroughs era mucho más noble. Su vuelta a la Naturaleza era la vuelta a una Naturaleza virgen y soberbia, a una Naturaleza aún no domesticada ni degradada. En la selva lord Greystoke, que no era un memo balbuciente sino un educado caballero inglés, seguía comiendo gusanos y carne cruda de las piezas que mataba con sus propias manos. El sueño, en este novelista de segunda, aún tenía, dentro de su aceptación de la ética burguesa, unos visos de dignidad.

Yo, la verdad, en mi niñez comulgué con ese sueño. Con ése y con los de otros novelistas tan de segunda como Burroughs. Gracias a sus lecturas pasé a leer a los de primera cuando tuve la edad adecuada y, en buena parte, estos novelistas de segunda me ayudaron a escribir.

Al parecer un conjunto de sabios están preparando una nueva reforma del currículum de nuestros estudiantes. A los científicos de la literatura yo les brindaría la experiencia de este modesto escritor con los novelistas de segunda. No creo que me hagan mucho caso. Seguramente ellos persiguen otros objetivos que los de aficionar a los jóvenes a leer y escribir. Aunque si el estudio de la literatura no sirve para eso, señores sabios y profesores ¿para qué sirve?

YA NADIE CANTA A CUBA

A principios de los años sesenta había una tertulia en el café Pelayo a la que concurría la flor y nata de lo que por entonces se denominaba “literatura social”. Años mas tarde se motejó como “literatura de la berza”. Aunque los venecianos y benetianos de hogaño puedan sonreír, la tal berza gozaba de un gran prestigio y un poeta como López Pacheco vería musicados sus versos por todo un Luigi Nono. Pues bien, cierto día alguien, ya no recuerdo quién, solicitó de los contertulios que hicieran una poesía en loor de la Cuba castrista; el encargo ya había llegado a la escuela de Barcelona y la intención era formar una antología donde los poetas españoles expresaran su apoyo al régimen de Fidel.

Aquel apoyo tenía su motivación. Un presidente norteamericano que pasaría a la Historia como espejo de demócratas y cuyo asesinato ocasionó toneladas de prosa hagiográfica; un presidente que, amén de su posible implicación en la muerte de un mito del cine, inició la guerra del Vietnam y puso al mundo al borde de la destrucción atómica, tuvo la brillante idea de invadir la isla caribeña propiciando un desembarco en una bahía que, por caprichos del azar, llevaba el apropiado nombre de “Bahía de los cochinos”. Era una respuesta a esta invasión y el consiguiente homenaje a los entonces héroes de Sierra Maestra, lo que motivaba y justificaba la Antología.

El libro se publicó -tampoco recuerdo por quién y dónde- con el título de “España canta a Cuba”. Por supuesto la España oficial estaba muy lejos de cantarla, pero sí había una parte de España -aquella precisamente que el régimen tildaba de Anti-España- que más allá de la gastada retórica de “la madre patria”, alzaba su voz de simpatía y admiración a la isla y sus gobernantes. Y era así como la condena de la España Política tenía su contrapeso en el loor de la España Poética.

Casi treinta años después, los políticos siguen condenando a Cuba con el mismo vigor y rigor que la condenaban entonces. La diferencia está en que ahora también la condenan los poetas. Ya nadie canta a Cuba. Basta un vistazo a los periódicos para convencerse de la unánime ansiedad con que todos esperan la caída del último hombre abominable de la tierra.

Ya nadie canta a Cuba... ¿Qué se hizo de los cantores de antaño? Unos no pueden ya cantar a Cuba ni a nadie, por la sencilla razón de que están muertos. Otros no lo están, pero para el caso como si lo estuvieran: vegetan en la inopia y el olvido, a veces mal paliado por la limosna de una ayudita oficial. Otros -cuánto sorprenderían sus nombres- abjura-

ron de los juveniles errores, y ahora atacan lo que antes cantaron con la virulencia del converso. Otros, arrastrados por el remolino de los últimos acontecimientos históricos, se hundieron en el subsuelo avergonzados de su propia vergüenza. Finalmente puede que aún queden algunos contumaces dispuestos a cantar, pero ¿dónde? Venga, véngales usted a los pijo-lindos que hoy mangonean nuestro mundo editorial con tales cánticos, y verá dónde le mandan...

Hubo un tiempo en qu la izquierda, a cambio de la persecución y la cárcel, gozaba de la estimación y el orgullo. Hoy goza de libertad, pero ha perdido su orgullo y por no tener, no tiene ya ni nombre. Porque ¿qué nombre se dará a lo que antes llamábamos izquierda, cuando ahora se llama izquierda lo que tal se llama? Así que, por llamarla algo, la llamaremos nadie.

Pues a nadie ha sido reducida. Puede que todo empezara con el estallido de aquel sonoro cuesco que fue el mayo francés. De allí salieron cacareando aquellos pollitos de la derecha que fueron los nuevos filósofos, acallando con su algarabía toda oposición y adueñándose del gallinero. A éstos siguieron legión. La izquierda, acoquinada, les cedió el terreno y ahora campean como dueños del cotarro. Y en los ratos que no ladran a la luna, se ejercitan en lancear al morito muerto.

Afortunadamente pronto callarán, por lo menos en cuanto a Cuba se refiere. Porque cuando caiga el abominable, la isla dejará de ser noticia. Dejará de ser noticia en cuanto vuelva a ser lo de antes: un casino y un burdel, y se reintegre a su natural entorno, el de sus vecinos Haití y Centroamérica, del que nunca debió salir.

Porque allí nunca pasa nada. Asesinan a doscientos campesinos y, en lugar de esas primeras páginas que dedican todos los periódicos a media docena de refugiados en una embajada, aparecen tres líneas perdidas en una página central. Matan a unos cuantos jesuitas, a unos cuantos curas obreros y, aunque sean españoles, la prensa pasa sobre ello de puntillas, porque, ¿cómo va a tener eso el mismo preferente tratamiento que se da a los groseros insultos proferidos contra nuestro ministro del exterior? Sí, cuando Castro caiga, y parece estar al caer, Cuba volverá a lo de antes y nadie la vituperará pues ya no merecerá la pena el vituperio. Habrá vuelto a ser, como sus vecinos, un pueblo sin historia. Y ya se sabe, un pueblo sin historia es un pueblo feliz.

GUILLERMO

La campiña es verde y ondulada, dividida por los setos en pequeños rectángulos. Un soto nos indica la presencia del riachuelo y, allá lejos, una mancha de un verde más oscuro la de un pequeño bosque. Era allí donde él iba con su perro en busca de ese conejo que nunca cazaba. Su casa puede que sea esta casita con jardín y cobertizo, y su padre ese señor que está leyendo el periódico. Me gustaría preguntar a ese chico que ahora cruza junto a mí montado en su bicicleta si éste es el pueblo de Guillermo Brown. Seguro que me diría que sí, pues no hay en Inglaterra un solo pueblo donde no viva un Guillermo Brown. Pero también seguro que ese Guillermo no es el que yo busco.

Cierta vez convirtió, en honor de una joven americana entristecida por abandonar Inglaterra sin conocer la patria del bardo, su pueblo en Stratford, su río en el Avon, su vieja enemiga, la gruñona señora, que les arrojaba del jardín, en la no menos gruñona Anna Hathaway, y a él mismo en Guillermo Shakespeare, -aunque claro, solo un descendiente suyo, como aclaró de mala gana ante el gesto de asombro de la dama-. También yo hubiera querido que ese chico de la bicicleta hubiera transformado su pueblo en el pueblo de Guillermo, y me hubiera presentado a los proscritos, convertido él mismo, en burla de las leyes del tiempo, en Guillermo Brown. Pero el chico continúa pedaleando sin apiadarse de mi angustia y me deja allí solo. Solo con el pesar de no saber si cualquiera de esos pueblos -que muy bien pudieran serlo- es el pueblo de Guillermo; con el pesar de abandonar Inglaterra sin ver el auténtico pueblo de Guillermo; con el pesar de no haber encontrado a aquel niño que alegró la triste infancia de los niños de mi generación y al que ahora le han levantado una estatua.

ORFEO

Mientras, a lo largo de nuestra piel de toro, actores y celebrantes de la movida de este tórrido verano se retuercen y agitan a golpes de decibelio como anguilas sobre una placa al rojo, yo evoco la movida de un tiempo que se fue.

Dorados palcos del teatro rococó, blancas pelucas y casacas de seda, damas cubiertas de polvos de arroz sin ropa interior bajo el miriñaque que dificulte las proezas de un contorsionista Casanova. Ya acabó la obra y en el escenario, ante un telón con pintados mirtos y cipreses el coro entona el tético y solemne “Ah, se entorno a quest’urna funesta”. “¡Euridice, Euridice!”, clama el capón de voz angélica, una voz que inútilmente nuestras mejores mezzos y contraltos intentarán emular. Se han apagado los susurros placenteros, los arrullos de las lánguidas y lúbricas palomas ocultas en el recoleto nido de los palcos. El olor del aceite que se quema en las lámparas, acentúa la impresión funeraria del llanto coral.”¡Amici, quel lamento / aggrava il mio dolore!”. La queja del divino castrado ha llegado como un estilete de belleza hasta el corazón de la damita, arrancándole una indiscreta lágrima que abre un leve surco en la empolvada mejilla. Cortésmente le alarga un pañuelo de encaje su galán, mientras piensa que es hermosa, pero demasiado triste, esta melodía que ha compuesto el caballero Gluck. Poco después, tras amansar con su voz inigualable a las furias, Orfeo -el castrato Gaetano Guadagni- traspasará las puertas infernales para encontrarse con su dulce amada.

En este tórrido verano, mientras los celebrantes y actores de la movida se agitan al son de las guitarras eléctricas bajo la luz sicodélica de los focos, yo evoco las fiestas pasadas y me pregunto si algún Orfeo podrá devolvernos a los muertos dioses.

PIEDRA MUERTA

Como un gigantesco cetáceo varado hace mucho tiempo en una playa olvidada, sobre el verde jugoso de la campiña, al fondo el verde sombrío del bosque, Fountains Abbey levanta su enorme esqueleto de piedra. La iglesia, el claustro el refectorio, la cocina y las celdas nos muestran el esplendor de su desnudez.

La estructura ósea propia del gótico, ese arte de nervaduras y arbotantes, aparece aquí en todo su vigor. El tiempo y la guerra borrarón lo efímero y ahora solo queda lo esencial. Y ésta desnuda esencia es lo que nos arrastra hacia aquel pensamiento que sustentaba el credo que erigió la abadía, el credo de aquellos hombres que a lo largo de generaciones moraron en ella: el pensamiento de la suprema verdad de la Muerte.

Este pensamiento surge cada vez que nos tropezamos con esas ruinas fantasmales que pueblan la dulce campiña inglesa. De todas ellas, la más melancólica es la de Whitby. Desde la altura en que se alza se divisan las abigarradas casitas del puerto, los pesqueros anclados en el estuario y la playa que se abre a un mar del Norte que, en esta tarde despejada, luce un azul mediterráneo. Las ruinas de la abadía se elevan sobre una hierba rala, de un verde desvaído. A sus pies hay un cementerio romántico. Uno pasea entre aquellas viejas tumbas del pasado siglo, leyendo distraídamente algunas inscripciones y dejando perderse la mirada en la mar inmensa. Después, vuelve los ojos a la abadía. La piedra, de una apariencia porosa, evoca a un hueso descalcificado. Y la impresión de muerte se acentúa. No solo muere el hombre, el edificio; también muere la piedra.

Piedra muerta. Entremos en la catedral. Puede ser York, o Ripon, o Durham. Allá, en la penumbra de la capilla, las estatuas yacentes del caballero normando y su fiel esposa. Conocemos los símbolos: el león del honor y el perro de la fidelidad. Conocemos los símbolos, mas las figuras del león y el perro han sido identificadas por el tiempo.

En la cripta, bajo la planta de la catedral gótica, están los restos de la catedral normanda y bajo ésta los del templo romano. Piedra sobre piedra. También en el sarcófago, bajo las estatuas yacentes, hay otros restos. Un puñado de polvo es todo lo que queda del noble caballero, que acaso batalló en Tierra Santa o en la Guerra de los Cien años, y de su fiel esposa. Sobre sus restos se esculpieron aquellas figuras de piedra, triunfantes de la muerte. Contemplo la cara del caballero y de la dama. El tiempo ha roído sus rasgos y ahora son los rostros de dos cadáveres los que podemos contemplar. Ocho o nueve siglos después de que muriesen la dama

y el caballero, también han muerto las imágenes que representaban su sueño de triunfar sobre la muerte.

Piedra muerta. En el British Museum la piedra muerta tiene su supremo santuario. Uno puede perdonar que el tiempo haya limado las estelas en las que Asumnarsipal y Senaquerib pretendieron perpetuar sus sangrientas hazañas, pero ¿cómo consolarse de sus estragos en aquellas dos de las maravillas de nuestros sueños infantiles, el Sepulcro de Mausolo y el templo de Artemisa en Éfeso?

La sala del Partenón es la apoteosis de la Belleza en ruinas, la concreción de un sueño inasequible. En el friso, centauros y lapitas se hallan ahora hermanados en una idéntica derrota, y el glorioso tímpano es ya solo una sombra de lo que fue, un triste muestrario de despojos. Tras salir conmovidos de la Sala, nos detenemos en otra, extasiados, ante una cerámica roja. En el fondo de la vitrina luce el ánfora en todo su esplendor, tal como el día en que se terminó de construir. Es el triunfo de la arcilla sobre la piedra, la afirmación paradójica de que tan solo lo efímero resulta perdurable.

¿Qué paradoja nos propone el Buda de Gandhara? Él también, como la frágil ánfora, parece haber triunfado de la muerte. El tiempo tan solo consiguió corroer ligeramente sus labios, haciendo su sonrisa aún más dulce, más serena. La perfección del arte griego se hace evidente en esta estatua, pero hay en ella algo más, algo que no tuvo el arte griego, algo que trasciende la perfección formal, que trasciende incluso el humanismo helenista; algo que nos resulta inasequible e inquietante. ¿Que tiene la sonrisa de este Buda que aleja nuestra mente de ese constante pensamiento de muerte al que nos llevaron las ruinosas abadías, meros esqueletos de piedra, las estatuas yacentes carcomidas de las catedrales normandas, la belleza en esquirlas de los relieves de los frisos y las estatuas de los tímpanos? Dentro de unos siglos también al Buda de Gandhara, como a la dama de la catedral de Durham, se le habrá borrado la sonrisa; también su rostro será ya solo el rostro de un cadáver y esa piedra será solo piedra muerta. No importa. Con su serena sonrisa, Buda parece conocerlo y superarlo. Parece repetirnos aquellos enigmáticos versos en los que una vez el Iluminado encerró el secreto de la muerte y de la vida: “Anteriormente existió, después no existió/ no existió anteriormente, después existió/ ni existió, ni existirá, ni existe ahora.”

ANIVERSARIO

Si su vida hubiera durado tanto como dura su obra, en este mes de mayo habría cumplido los ciento cincuenta años. Mucho ha cambiado este Madrid que él tanto amó y al que llegó cuando ya había dejado atrás la adolescencia, pero aún se encuentran unos cuantos rincones que guardan alguna huella de la ciudad que él conoció, rincones a los que se califica con un derivado de su apellido. Alrededores de la Plaza Mayor -Pontejos, Postas, Mercado de San Martín, donde vagan las sombras de Jacinta y Fortunata-; Plaza de Oriente y Palacio Real, en cuyas azoteas y guardillas malviven su ajada dignidad, su quiero y no puedo de mísera clase media, las de Bringas; Atocha, con su iglesia de San Sebastián donde ejerce diariamente la mendicidad Benigna en alas de una heroica caridad que sólo le acarreará ingratitud. Trozos de un Madrid pardo, humilde y provinciano, hoy ahogado por esta ciudad que quiere tontamente imitar a Nueva York.

Le conocí algo tarde, porque en mi juventud también comulgaba con ese prejuicio que motiva su prosa, esa prosa tan parda y humilde como la vida que describe. Pero bastó la lectura de sus *Episodios* para convencerme de que me hallaba ante el mejor novelista español. En su segunda serie el personaje central, Salvador Monsalud, cumple a la perfección el requisito que Lukács fija como definitorio de la obra maestra: la creación de un tipo humano que a la par sea el espejo donde se refleja toda una época. No existe otro carácter tan definitivo en toda la narrativa española contemporánea.

Sus novelas de la segunda época, que para mí resultaban tan históricas como sus *Episodios Nacionales*, me dieron a conocer los entresijos de esa triste clase media que siempre ha servido, contra sus propios intereses, los intereses de la más negra reacción. Esa clase media de tenderos, pequeños funcionarios y empleados que constituyen “el macizo” de la raza de que hablaba Ridruejo. Fueron esas novelas de su segunda época las que mejor me hicieron comprender las claves de nuestro desarrollo histórico.

Este mes de mayo, Galdós, si hubiera vivido tanto como su obra, habría cumplido los ciento cincuenta años. ¿Cómo vería el escritor la España de hoy? Seguramente con el mismo pesimismo y el mismo desánimo con que vio la suya. Y aún más, desde el punto de vista personal acaso peor, ya que en su época triunfó y en ésta de hoy es posible que hubiera fracasado, pues los pijolindos que manejan el mundo editorial acaso le rechazasen por considerar, como consideran sus novelistas prefe-

ridos -esos pájaros de prosa florida en torno de la nada-, que su lenguaje es chato, pobre, prosaico y garbancero.

“¿Don Benito el garbancero? Jamás lo leí...” A estas alturas, aún resulta posible escuchar frases como ésta. Son las cosas de España...

Pero, como decía Cernuda en un bello poema pleno de amor y admiración a él dedicado: “Bien está que fuera tu tierra”.

ESE PÁJARO MELANCÓLICO Y SARCÁSTICO

Hoy no voy a hablar de muertes colectivas, sino de una muerte individual. La muerte de un extraño pájaro melancólico y sarcástico.

Su figura alta y desgarbada siempre me evocó la de un ave zancuda aunque su rostro era un rostro de rapaz, iluminado por unos ojos donde cualquiera que no estuviera ciego descubría la llama del genio. Y, en efecto, se trataba de un genio. Uno de los indiscutibles genios que ha dado la literatura de este siglo.

Por ser realmente un genio, nunca ejerció de tal. Era enemigo de las entrevistas, de las tertulias literarias, de cualquier manifestación de escaparate cultural. Se dice que siempre, cuando se le sorprendía con un periódico, estaba leyendo la información deportiva. Jugaba al billar como un maestro y con los amigos prefería charlar de tenis antes que de literatura. Por eso los intelectuales a la violeta se sentían decepcionados con su trato. Un hombre -decían- que no está a la altura de su obra.

Pero se jugó la vida en la resistencia. Estuvo desterrado por el gobierno de Petain. Firmó todo tipo de manifiestos en favor de cualquier causa noble. Y cuando le dieron el Nobel (pues el Nobel también se da a veces a los genios), no montó con tan propicia ocasión ninguno de los acostumbrados números publicitarios. Ni siquiera el de rechazarlo solemnemente, como Sartre. Se limitó a enviar a Estocolmo a su secretario para que cobrase su importe. No hubo discursos, ni entrevistas, ni homenajes, ni honores. Sólo hizo que guardar ese dinero que, como después se supo, repartiría casi en su totalidad y con el mayor sigilo entre diversas instituciones benéficas y humanitarias.

Le descubrí a principios de los cincuenta. Uno de aquellos raros cruzados culturales que milagrosamente surgían en la España franquista, montó en un teatro de cámara una obra titulada *Esperando a Godot*. Para mí y para algunos otros aquello no fue un espectáculo más, sino uno de esos violentos fognazos que nos obligan a ver de otra manera el mundo.

Sus novelas las descubriría unos años más tarde. Un estallido de humor, hiriente como un cuchillo, que cala hasta las entrañas de la miseria y la soledad humana mediante un lenguaje descarnado; un, lenguaje que es ya la negación del lenguaje, el grado cero de la escritura.

En estas Navidades del 89, de espaldas a la vorágine consumista, en una residencia de ancianos de las afueras de París, ha muerto, solitario como uno de sus mendigos, Samuel Beckett. Un escritor genial. Un hombre voluntariamente humilde. Un extraño pájaro melancólico y sarcástico en esta loca pajarera saturada de avechuchos de gárrula voz y gayo plumaje.

GENTE DE LOS CINCUENTA

El inicio de la primavera abría la Real Academia a uno de los más grandes poetas de la postguerra, miembro de la llamada generación de los cincuenta; días después abril, el mes más cruel, se nos llevaba a quien también fue uno de sus narradores más representativos. Tras el breve esplendor de la gloria surgía de pronto la profunda oscuridad de la muerte.

Conocí a Juan García Hortelano al principio de la década de los sesenta en una tertulia literaria que tenía lugar en el hoy desaparecido café Pelayo. Dicha tertulia agrupaba no sólo a escritores de la generación del medio siglo, sino a otros como Celaya, pertenecientes a la anterior, y a quienes como yo éramos tan sólo escritores en ciernes; pero todos, con independencia de la edad y el mérito, teníamos una común seña de identidad: el antifranquismo.

Cuando le conocí, Hortelano ya era un novelista famoso tras la obtención del premio Biblioteca Breve con sus *Nuevas amistades*; pero me acogió, como acogía a todos, con entrañable cordialidad. Y ello era porque en aquel escritor y funcionario del cuerpo técnico del Ministerio de Obras Públicas, se aunaban varios rasgos que es difícil encontrar en un mismo ser humano: la inteligencia, la sencillez y la bondad.

Fue Hortelano quien llevó mi primera novela *Cinco variaciones* a Carlos Barral. Una vez publicada, yo ya podía tomar el vagón de cola de aquella generación y pasar a ser uno de los “abajo firmantes”, otro de los signos distintivos de la misma.

Cuando en la mañana desabrida de abril en que despedíamos a Juan García Hortelano miraba a muchos de los amigos de aquellas tertulias del Pelayo, aquellos “abajo firmantes”, y recordaba a otros que no estaban allí porque ya habían muerto, pensaba que no era sólo el paso del tiempo quien había dejado en ellos su triste marca, sino la vida que les tocó en suerte vivir.

Porque esa generación había conocido de niños los horrores de la guerra, el hambre de la posguerra, el oscurantismo de la dictadura clerical y su educación frustrante y represora. Siempre sometidos -“cuando seas padre, comerás huevos”, era dicho significativo de la época-, supieron sin embargo luchar por salir de aquel negro pozo; y fueron ellos y otros muchos hombres anónimos contemporáneos suyos quienes, mal que bien, transformaron este país. Aunque cuando llegaron a padres tampoco comieron huevos. Los huevos se los comerían sus hermanos pequeños, los miembros de la generación que les iba a sustituir y oscurecer.

Estaban allí, en el cementerio, despidiendo a uno de los más representativos de los suyos, Estaban allí, viejos, muchas veces olvidados, despreciados -los de la berza- incluso. Viéndoles y recordando a quienes ya no podían ver, pensaba que la vida les había robado todo. Aunque no, había algo que no les podría robar, que al fin habría de permanecer: su obra. La obra de un grupo de poetas y narradores que un día resplandecerá como una de las más importantes de nuestra historia literaria.

LA MUSA SOEZ

Antes de que su nombre me evocase la sobria arquitectura del soneto; antes, mucho antes, de que le uniese a cierta glorieta madrileña, albergue de un cierto edificio troquel de ministros que aún nos agobian, Quevedo fue uno de aquellos héroes que, como el gran Jaimito, abrían a nuestra niñez esa puerta secreta que una férrea disciplina frailuna a cal y canto nos cerraba.

¡Dulzura de las palabras prohibidas, dulzura de las palabras susurradas a espaldas de nuestros dómines, que nos iniciaban torpemente en los secretos de un sexo abolido! ¡Soeces, procaces, rijosos héroes de los chistes secretos de nuestra triste niñez! Vosotros -¡oh gran Quevedo, oh gran Jaimito!- la hicisteis un poco menos intolerable y nos salvasteis de la cretinización a que la dictadura de la sacristía nos había condenado...

Pero aquel desvergonzado personaje de mi niñez desapareció en las antologías de mi Bachillerato. La historia de la Literatura española de don Narciso Alonso Cortés, nos daba, en lugar del alegre bufón, un caballero, de la España imperial, todo dignidad y mesura. Tendría que esperar a la lectura de *El Buscón* para que aquel nombre se acercase un poco a mi héroe infantil. Sólo muy posteriormente, cuando me fueron familiares sus obras completas, comprendí que el pueblo, como casi siempre, tenía también sus buenas razones para adoptar aquel nombre y aquel hombre como uno de los protagonistas de sus cuentos cómicos y desvergonzados.

Pocas veces. en la historia de la literatura un gran poeta ha gustado tanto de lo escatológico como Quevedo. Pocas veces el magistral dominio del idioma se ha puesto con mayor entusiasmo al servicio de las intimidades del bajo vientre que en el caso de nuestro cojo genial. Pocas veces esas palabras, censuradas en los diccionarios de las sesudas Academias, se han repetido tanto y tan jubilosamente en una obra literaria que está por encima de las Academias y los diccionarios.

En buena parte, la musa de nuestro gran poeta es una musa soez. Una musa que se regocija en hacer malabarismos con las palabras prohibidas, aquellas que aluden a las partes pudendas, a los vericuetos del sexo, a los actos escatológicos. Naturalmente tampoco esto es nuevo en nuestra literatura, y ya la poesía medieval encuentra en estas materias motivos para su canto. Pero en Quevedo, el tono resulta completamente diferente.

Durante la Edad Media existe toda una corriente de exaltación de lo corporal que, como ha demostrado Mijail Bajtin en su soberbio estudio sobre Rabelais, hace de la mujer la personificación de lo bajo y material, o lo que es lo mismo, el principio de la vida dentro del ciclo muerte-

resurrección de los cultos agrarios. Herederos de una tradición pagana, el marido cornudo -objeto de múltiples burlas en esta tradición medieval- viene a ser el rey destronado, el invierno que huye ante la estación renovadora, la muerte vencida por la vida. De ahí el carácter jocoso y exultante que el sexo y la infidelidad de la mujer tiene en esta literatura carnavalesca que, ya desde la mentalidad renacentista, alcanzará en el *Gargantúa y Pantagruel* una expresión genial.

Pero no es sólo el pueblo quien ve en el cuerpo -sobre todo en el bajo cuerpo- una representación del principio vital. Existe toda una literatura culta, que por supuesto es una literatura eclesiástica, animada de ese mismo espíritu. Su principal representante es Bernardo Silvestre, quien hacia la mitad del siglo XII escribe *De universitate mundi* donde ve al hombre -microcosmos- como un reflejo del macrocosmos, y hace una exaltación del cuerpo humano y, muy especialmente, de los órganos sexuales renovadores de la Naturaleza que impiden el regreso al caos original. La obra alcanzaría una gran difusión e influyó en la poética de cierta poesía trovadoresca como la de *Alain de Lille*.

Es, sobre todo, a partir del movimiento cisterciense cuando la literatura culta comienza a separar el amor sexual del idealizado amor platónico. Y esto se debe, sobre todo, a la condenación y repulsa del cuerpo humano en general y del bajo cuerpo en particular. Es así como, poco antes de que Bernardo Silvestre publicase su obra, otro Bernardo, el cisterciense Bernardo de Morla en su *Del menosprecio del mundo*, alza su voz contra el cuerpo, la mujer y el sexo.

Desde entonces se va a establecer una dicotomía entre el amor idealizado, que informará al petrarquismo y la poesía trovadoresca, y el acto sexual, que se unirá a lo que ahora se considera indigno -lo escatológico y lo excremental- y que se traducirá en una literatura antifeminista que en nuestro país, entrado el siglo XV, alcanzará su más completa expresión en la obra del Arcipreste de Talavera.

Pues bien, es esta dicotomía la que se expresa en la obra amorosa de don Francisco de Quevedo. Si sus poemas amorosos manejan todos los tópicos de sumisión, idealización del objeto amado, falta de logro carnal y noble sufrimiento del amante que caracterizan el amor cortés, sus poemas satíricos se complacen en la denigración de lo carnal y en el moralizante antifeminismo de la poesía inspirada en el reformismo eclesiástico de la Baja Edad Media.

Cuando Quevedo nos dice que “La vida empieza en lágrimas y caca”, está recogiendo el repetido tópico de una literatura que nos recuerda que

venimos al mundo entre excrementos, y cuya más cruda expresión sea acaso esa referencia al hombre como formado de “asquerosísimo semen; concebido con desazón de la carne, nutrido con sangre menstrual, que se dice es tan detestable e inmundada, que con su contacto no germinan los frutos de la tierra y se secan los arbustos” en la que el Papa Inocencio expresa su horror y rechazo de la carne. Es natural que un hombre tridentino como nuestro poeta, se mueva dentro de esta corriente del reformismo eclesiástico medieval. De ahí que casi todos los elementos de su sátira -la belleza fingida de las mujeres, sus infidelidades y engaños, la hermosura que el tiempo transforma en fealdad, las miserias de la carne corroída por las bubas... - sean lugares comunes de una literatura que incluso hará de algunas de ellas uno de sus rituales en la danza de la muerte.

A partir del individualismo romántico tendemos a buscar en la poesía al poeta. Sería un error llevar esta interpretación a una poesía como la del barroco, donde en buena parte lo que prima es el ejercicio retórico.

Ejercicio retórico que también encontramos en la poesía medieval y permite que un Quevedo pueda moverse dentro de los esquemas de una cierta literatura eclesiástica y, al mismo tiempo, del pensamiento de la filosofía estoica; que le permite, en su célebre sátira contra las mujeres, desarrollar los tópicos de la literatura medieval antifeminista, mientras realiza la glosa de una epístola de Juvenal. Pero si esto es cierto, también lo es que, hasta cierto punto, el hombre y la época se muestran tras de la retórica; y que, con todas sus raíces medievales, la sátira de Quevedo sea una cabal expresión del desengaño de nuestra literatura barroca.

Porque el feísmo cultivado por el gran poeta, dentro de su intención moralizante y de sus rasgos retóricos, tiene, en sus deformaciones hiperbólicas, una base realista. Frente al mundo que el poeta desea está el mundo real. Y entre ambos se abre un abismo. De ahí la acritud de la sátira y la profundidad del desengaño. De ahí que, frente al sentimiento de la honra que informa todo el teatro de Calderón, Quevedo se complazca en la pintura del consentido, que, con su brutal realismo, dinamitará un valor superestructural negado por la realidad de la sociedad en que esa superestructura se sustenta:

*Dícenme, don Jerónimo, que dices
que me pones los cuernos con Ginesa;
yo digo que me pones casa y mesa,
y en la mesa capones y perdices.*

Son éstas, después de todo, las razones de una clase social que tiene poco que ver con la clase dominante que ha intentado generalizar sus propios valores como valores trascendentes. Y es también en la vieja dicotomía que opone el espíritu a la carne, la aceptación jubilosa de la exaltación del vientre y el bajo cuerpo de la fiesta carnavalesca. Y en el propio Quevedo, no obstante su moralismo y su aceptación de los valores aristocráticos, late la vieja contradicción; y una parte de él mismo, a pesar de su rechazo estoico, parece complacerse en esa fiesta del bajo vientre, del sexo como representación de lo eterno vital, del cornudo como imagen del viejo rey invierno que abre paso a la primavera y que, más allá de cualquier censura moral, despierta en nosotros el regocijo dionisiaco del triunfo de la vida.

Por eso al leer el terceto:

*¡Oh santo bodegón! ¡Oh picardía!
¡Oh tragos, oh tajadas, oh gandaya!
¡Oh barata y alegre putería!*

encontremos, más allá de cualquier rechazo intelectual, una profunda nostalgia. Nostalgia por algo muy íntimamente sentido, sacrificado en virtud de ciertos principios aceptados, pero que aún sigue latiendo en lo más profundo del poeta y del hombre. Y es precisamente esto lo que, más allá de cualquier determinación, le convertirá siglos después en héroe de esas historias en las que el pueblo buscará esa vieja ligazón que ninguna moral idealista ha conseguido jamás romper.

EL FLAMENCO HOY

Como un símbolo del arte flamenco, Alcalá de Guadaíra desparrama al pie del castillo la estética de la miseria. Casuchas, cuevas y barracas encaladas, blanquean bajo la luna en un irreal sueño cubista. El subdesarrollo, que la razón rechaza, tienta el corazón; y el viajero que cruza de largo ante la blanca y fantasmal miseria -que la ve sin vivirla- puede caer en el pecado de pensar que es triste su erradicación en aras de una vida más humana, más digna...

En una de esas cuevas o barracas duerme un hombre, un viejo gitano esquilador de ovejas. A Manolito el de María, sobrino de Joaquín el de la Paula (cuantas resonancias matriarcales en estos nombres gitanos), le sacan del lecho para que cante en la venta de Platilla. Manolito está acostumbrado a estas cosas pues muchas veces a lo largo de su vida tuvo que alegrar las noches de los señoritos para ayudarse a vivir. Y con esa paciencia, con esa humildad de los pobres y los vencidos el gitano, como tantas y tantas veces, deja su mísero lecho para cantar.

Pero estos no son los señoritos habituales. Es gente que ha venido de muy lejos con la extraña pretensión de grabar su voz. El gitano al principio se llena de extrañeza. Mira casi sin comprender ese mundo mágico de los aparatos y los técnicos de grabación. Mas poco a poco se va encontrando, se va sintiendo como en su casa entre aquella gente, en el ambiente de aquella insólita fiesta. Y canta, como en un poema recordará mas tarde uno de los presentes, Fernando Quiñones, “bien al principio y luego mundialmente bien”. Yo que no pude oírle en vivo también lo testifico, pues dispongo de aquel canto en la grabación del Archivo del Cante Flamenco que dirigió Caballero Bonald. Es la única grabación que existe de Manolito el de María, gitano, ocasional esquilador de ovejas, ocasional peón agrario, ocasional cantaor de las soleares de su tío, Joaquín el de la Paula; unos meses después de aquella gloriosa noche, al pie del castillo, en la blancura estética cubista y lorquiana de la miseria y el subdesarrollo, Manolito moría tan oscuramente como siempre vivió.

Como también moriría poco después de grabar para el Archivo su casi pariente o pariente -no sé muy bien- Juan Talega, que aún tuvo tiempo de mostrar su rostro de resquebrajado barro por Televisión Española. Televisión que igualmente recogería la asombrosa naturalidad y el inigualable patetismo de la anciana tía Anica la Piriñaca, de quien apenas existen grabaciones y que probablemente nunca más volverá a grabar. Ciertamente el Archivo del Cante Flamenco es una obra monumental, pero en este caso conviene recordar que monumento tiene también la acepción de sepulcro...

Entonces, ¿es que ha muerto el flamenco? Mientras esto escribo un joven cantaor, José Meneses, llena diariamente el Olimpia de París. Los tablaos flamencos se extienden a lo largo y a lo ancho de nuestra geografía. Hoy se multiplican los festivales seguidos por un público entusiasta. El flamenco entra en la Universidad, alcanza el favor de los intelectuales, tan enemigos de él en la llamada edad de oro, se multiplican las peñas, las agrupaciones de estudio... Incluso podrán decirme que nunca, en su breve historia, el cante ha podido contar con un cuadro de figuras tan largas y tan puras como el que existe hoy.

Y ciertamente todo esto es verdad. El flamenco, en este sentido, está hoy más vivo que nunca. Sin embargo cuando escucho las escasas grabaciones de estos cantaores semidesconocidos que ya han muerto o están a punto de morir, no puedo dejar de pensar que algo -acaso los últimos vestigios de un cierto mundo cultural, el mundo flamenco- se está muriendo con ellos.

¿Cómo solucionar esta aparente contradicción? Sólo se me ocurre una palabra: “neoclasicismo”. El flamenco hoy goza de un momento de esplendor neoclásico. Y no olvidemos que lo neoclásico es un intento generalmente vano de traspasar a un determinado ámbito cultural las formas de otro ámbito ya desaparecido.

Según afirma Caballero Bonald, durante la grabación del Archivo se pudo comprobar que apenas quedan ya cantaores en el marco geográfico que constituye la cuna del flamenco -el célebre triángulo Sevilla, Jerez, los Puertos-. Ciertamente los nuevos cantaores han salido de este ámbito local -incluso familiar, pues se puede hablar de familia de cantaores-; pero la profesionalización les ha desarraigado y ahora se mueven en un entorno cultural muy distinto del que surgieron.

El flamenco -y en ello estoy también de acuerdo con lo que Caballero Bonald desarrolla en su estudio previo del Archivo-, nace en una zona y en un ambiente socio-cultural muy determinado y limitado: el de algunas familias gitanas en la zona del triángulo al que nos hemos referido. Con los cafés cantantes se profesionaliza. Esta profesionalización lleva de una parte a un enriquecimiento y expansión de sus formas, pero también, como no podía ser menos, a una separación de sus propias raíces que acabará en la degeneración de “la ópera flamenca”. Desligado así el espectáculo flamenco de su fuente, de su propia esencia original, ésta volverá a refugiarse en el restringido ámbito del que salió, el de unas determinadas familias gitanas que guardan por tradición unas determinadas formas de expresión musical. Y así mientras en los años 40-50 se produce el triunfo

a nivel de difusión popular de artistas seudo-flamencos (incluso aquellos capaces de expresarse con arreglo a la más pura ortodoxia, tienen que traicionar ésta en beneficio de su cotización: Manolo Caracol es el más claro ejemplo), los más puros cultivadores del cante apenas trascienden al ámbito local y el conocimiento de determinados cenáculos, o son prácticamente desconocidos.

Pero son estos hombres conservadores de una tradición, conservadores de las formas clásicas, los que a favor de unas nuevas circunstancias -el *boom* discográfico y una nueva orientación en la comercialización del gusto- posibilitan este renacimiento de los 60-70 que he definido como neoclasicismo.

El primer fenómeno de todo neoclasicismo es la aparición de una autoridad indiscutible que delimita las formas clásicas, vigila que las nuevas obras se ajusten a las mismas y orienta conforme este criterio de pureza el gusto de la época. En otras palabras, el neoclasicismo presupone una Academia. Pues bien, el cante flamenco actual tiene una Academia que podemos personificar en la figura de Antonio Mairena.

Quisiera ante todo evitar que se viese en esta afirmación el menor matiz despectivo hacia Mairena. Para mí, Mairena no es solo el mejor cantaor vivo, sino el hombre que ha hecho viable que el canté actual sea lo que es. Sí hoy canta Meneses en el Olimpia, si hoy el verdadero cante comienza a desplazar en los escenarios a los subproductos aflamencados, se debe en una gran parte a la existencia del fenómeno Mairena. Sin comprender este fenómeno, no podemos comprender el flamenco de hoy.

En Mairena se da una circunstancia muy especial. Cantaor profesional, sigue sin embargo en íntima vinculación con esa minoría mantenedora de la más pura tradición flamenca. De otra parte su profesionalismo no le obliga a traicionar esta tradición, ya que la peculiaridad del espectáculo al que va ligado -el ballet de Antonio- no le impone las limitaciones corrientes a los profesionales de su época. El ambiente intelectual en que se mueve le va a servir para poder valorar el legado tradicional del que se siente depositario. Mairena de cantaor pasará a ser teórico del flamenco. Recogerá cantes perdidos, los clasificará, y ordenará en un sistema aquella tradición semiolvidada y dispersa.

Mas, no obstante, de no haberse producido el *boom* discográfico y una nueva orientación de los gustos del público, ni siquiera un cantaor de tan singulares características como se dan en Mairena habría podido llevar a cabo la revalorización del flamenco.

Fue precisamente una obra discográfica, la Antología de Hispavox, que por su pretensión culturalista iba destinada a un público muy diferente del habitual seguidor del flamenco oseudoflamenco, la que empezó a crear la base de un mercado discográfico que alcanzaría su máximo desarrollo unos años después. (Precisamente también por aquella época Mairena era la figura clave de una Antología de Columbia, de mucha mayor pureza y calidad que la de Hispavox y en la que se podía ver la ligazón de Mairena a la “familia gitana” a quien antes nos referimos- en ella figuraba cantaores semidesconocidos como Talega, La Piriñaca, Rosalla de Triana, etc; y otros de muy escasa difusión como Aurelio Sellé o Juan Torre-, y que pasó frente al éxito de la de Hispavox con más pena que gloria). El gran desarrollo del mercado discográfico y la moda del folk, sería lo que posibilitaría la actual difusión del cante y la popularidad de los jóvenes cantaores “comprometidos”.

Pero si la extensión de la industria discográfica con la consiguiente creación de un “mercado de calidad” para el flamenco permitía la difusión de las formas más puras del cante hondo, la conservación de ese legado histórico en los pequeños núcleos tradicionales es lo que ha hecho posible la existencia de un material que, de otra manera, hubiera desaparecido. En este aspecto, la misión de Mairena es doble. De una parte es el vehículo canalizador de esos estilos tradicionales hacia un mercado de “calidad”; además, en cuanto máximo exponente de la autoridad académica, sus propias grabaciones van a servir para que los nuevos cantaores se formen de acuerdo con esas exigencias de pureza y autenticidad.

En este sentido cabe distinguir al cantaor del pasado que salvo excepciones -Chacón, La Niña de los Peines, Pepe el de la Matrona-, domina pocos estilos ya que su aprendizaje se desenvuelve dentro de unos límites estrechos que tan solo le permite dominar -eso sí, en toda su pureza- los propios de esa zona, del cantaor actual que, salvo excepciones- Fernanda de Utrera que se limita a cantar espléndidamente los cantes de su ciudad natal- domina casi todos los estilos. Naturalmente, la principal causa de ello es que ha hecho en buena parte su aprendizaje a través de esa suma del cante flamenco que son los discos de Mairena.

No podemos extendernos más detallando los rasgos de este neoclasicismo. Citemos solo de pasada la llamada a la *autoritas* -cada estilo de seguriyas, de soleares, etc., se bautiza con el nombre de su antiguo e ilustre creador, aunque la fiel conservación de estas artes de transmisión oral sea siempre discutible-; los empeños arqueológicos -se desempolvaban viejas grabaciones casi inaudibles de los monstruos sagrados- Tomás

Pavón, el Tenazas, Manuel Torre, etc.-; finalmente, la actualización de su contenido. Detengámonos brevemente en este último punto.

El nuevo público al que el flamenco va destinado exige un contenido que ligue el cante con ese fenómeno de la comercialización discográfica que es la canción comprometida o de protesta. De ahí las letras renovadas, los flamencos político-sociales. Para muchos, en esto reside la renovación del flamenco. Para mí, este fenómeno es similar al de David trasladando en formas inspiradas en la Grecia clásica el contenido ideológico de la Revolución Francesa.

El hecho cierto es que estos nuevos cantaores se han desgajado del mundo en que surgió el flamenco: el mundo de las estructuras feudales y su secuela de segregación social y de miseria, el mundo de la estética miserable de las blancas casuchas y las cuevas desparramadas al pie del castillo ruinoso e imponente.

Ciertamente, ellos siguen fieles a unas viejas formas, fieles con fidelidad celosa y mimética. ¿Mas separados de las condiciones que originaron el cante, será posible su evolución?

La fidelidad a las formas clásicas puede producir algo más que un mimetismo, puede producir la trascendencia de esas formas. Entonces, en lugar de un neoclasicismo, nos encontramos con un renacimiento. Algunas de las experiencias teatrales de estos últimos tiempos -Oratorio, Quejío- podrían estar en ese camino. Creo que es demasiado pronto para aventurar predicciones.

De todas formas, el flamenco se aleja de sus fuentes. Apenas hay cantaores jóvenes, nos dicen; apenas quedan ya gitanos, herreros y chamarileros, tratantes y peones agrícolas que canten los viejos cantes por tierras de Alcalá, de Utrera, de Triana, de Jerez. Los que saben cantar, viven y cantan para los intelectuales de Madrid o de París. Es por ello por lo que cuando se muere un hombre como Manolito el de María, yo pienso que algo que originó el que acaso sea el hecho de cultura musical más importante y significativo que la España moderna ha producido, muere con él.

LEJANO DOSTOYEWSKY

Veintiocho de Enero de 1861. Muere Fiodor Mijailovich Dostoyewsky. Pudo morir mucho antes. Pudo morir una lívida mañana de diciembre de 1849, ante el pelotón de ejecución, en la plaza de Semenovski, de Petersburgo. Pero aquello fue solo una broma macabra. Fiodor viviría aún treinta y nueve años, se convertiría en Dostoyewsky, y un siglo después el mundo celebra su centenario.

Hay un rincón de mi librería dedicado a las obras completas. Toda la gran novela del pasado siglo se alinea en ese estante. A cierto personaje de Sartre le daba por leer las grandes enciclopedias siguiendo el orden alfabético, comenzando por la primera página del tomo primero y continuando hasta donde diese de sí su vida. En realidad ese personaje era el propio Sartre, según nos cuenta en *Las palabras*. A mi ahora me ha dado por leer, de principio a fin, sin saltarme ni una sola de sus páginas de papel biblia, esos tomos de obras completas que nadie lee. Un día de estos la emprenderé con Dostoyewsky. Pero entre tanto debo escribir un breve artículo sobre él con motivo de su centenario.

¿Cuanto tiempo hace que no leo al gran novelista ruso? No puedo precisarlo, pero rondarán los veinticinco años. Tampoco puedo precisar cual fue la última obra que de él leí.

Sin embargo recuerdo perfectamente cuándo y cuál fue mi primera lectura de nuestro autor. Estaba en quinto de aquel bachillerato de posguerra, el de los siete años y reválida, y había estudiado en la *Historia de la Literatura Universal* de Alonso Cortés, las glorias de Dostoyewsky. De las obras que don Narciso citaba, a mí me atraían por su título *Recuerdo de la casa de los muertos* y *Crimen y castigo*. Pero no fueron estas novelas las que me introdujeron en el mundo denso y obsesivo del escritor, sino *Niétochka Nezvanova*.

Compré la novela en un quiosco. Costaba más o menos lo que un periódico y era precisamente a un periódico a lo que aquella edición más se parecía. Pertenecía a aquella maravillosa colección de *Novelas y Cuentos*, que pretendía paliar la endémica crisis de bibliotecas públicas de nuestro país. Libros no para coleccionar, sino para leer, aún a riesgo de dejarse los ojos, pero sin tener que sufrir las censuras y destemplanzas del cancerbero de turno, pagado por el Estado para mantener a la juventud a una saludable distancia del libro. Maravilloso oasis en el desierto de los cuarenta...

Entré en *Niétochka* como en un pantano. Apenas me había dado cuenta y ya el fango me llegaba hasta la cintura, impidiéndome salir de él.

Por entonces yo alternaba las novelas de aventuras y las tragedias de Shakespeare que leía como novelas de aventuras. Pero Dostoyewsky era algo totalmente distinto, aunque igual de cautivador. Aquella novela tenía algo oleaginoso, espeso, que llegaba a marear. La exacerbada sensibilidad, los personajes atormentados, tan increíbles como reales; la presencia obsesiva de esa buhardilla donde conviven los héroes del drama, la enfermiza piedad que glorifica el folletín ... Uno se veía envuelto en esa maraña y no podía librarse de ella hasta que llegaba a la última línea, tras unas apasionantes horas de lectura febril, sin tiempo casi para respirar. Todo Dostoyewsky, todo el secreto de Dostoyewsky, estaba ya en aquella primera novela que de él leí.

Después vendrían muchas más. *El doble*, extraña e inquietante, también en *Novelas y Cuentos*. El romanticismo apasionado de *Las noches blancas*. La impresionante galería de dolores y ruindades de *Humillados y ofendidos*... Novelas, novelas... Novelas en las más variadas ediciones. (Recuerdo un *Crimen y castigo* con una portada del más conspicuo folletín, el hacha de Raskólnikov goteante de sangre de la vieja; recuerdo la media docena de tomitos de *Demonios* en la inolvidable *Colección Universal*). Novelas que devoré insaciablemente entre mis quince y veinticinco años.

Pero el tiempo corría y yo comencé a leer otras cosas no tan apasionantes, la verdad, pero que en aquel tiempo juzgaba más útiles. Economía Política, Política Económica, Política a secas... Trabé conocimiento con Marx y Engels, con Lenin, con el propio papá Stalin que por entonces aún no estaba proscrito... Y aprendí muchas cosas... Por ejemplo, que la Santa Rusia no era, ni mucho menos, lo que Dostoyewsky pretendía, que lo del alma eslava era una pamema, que los siervos besando la mano que los azotaba era tan absurdo y falso como los negros cantando espirituales a sus amitos en las películas americanas... Aprendí que sus novelas chorrreaban falso sentimentalismo pequeño burgués, que su espiritualismo era irracionalista y reaccionario, que defendía la tiranía y era un enemigo del pueblo, que la Rusia Soviética le tenía en cuarentena y que si hubiera vivido en 1970, tras pasar por un *gulag*, los imperialistas le habrían otorgado el Premio Nobel y hubiera ido del brazo con Solzhenitsyn babeando calumnias contra el Estado de los Trabajadores y añorando los pasados esplendores del siervo, el pope y el padrecito Zar.

Aprendí que su técnica era la del inmemorial folletín. Que su estilo era simple y a veces descuidado -me contaron que Cansinos decía que resultaba muy fácil traducirlo porque su prosa era sencilla, casi evan-

gética, a diferencia de Andreiev, un estilista, un maestro de la palabra; aprendí que los cultos le consideraban un novelista para porteras y otra gentecilla de lágrima fácil; que el gran Nabokov, uno de los escritores que más me impresionaron en los últimos tiempos, sentía por él casi el mismo desprecio que también sentían los enemigos de Nabokov, los burócratas del Kremlin, aunque por bien distintos motivos. Aprendí que el ídolo de mi juventud, el novelista que me obsesionó como ningún otro, era tan solo una de esas debilidades de la adolescencia de las que todos tenemos que avergonzarnos.

Sí, esto aprendí mientras me entregaba a otras obras, a otros hombres. Ni siquiera como persona podía salvarle. Su propio biógrafo y panegirista, Strajov, en una carta a Tolstoi, dice que “no puedo considerar a Dostoyewsky como un hombre bueno ni feliz (ambas cosas van realmente juntas), era maligno, envidioso y disoluto y se pasó toda la vida en estado de excitación nerviosa que movía a piedad y habría movido a risa de no ser el tan malicioso y tan ladino. Tenía propensión a las porquerías y se ufanaba con ellas. Viskatov me contaba que se ufanaba de haber fornicado en los baños con una menor que le había proporcionado su institutriz... Y note usted que con toda su bestial sensualidad, no tenía el menor gusto ni sentido de la belleza femenina, de su encanto; esto puede verse en sus novelas. Los personajes que más se le parecen a él en el carácter son los héroes de *Memorias del subsuelo*, el Svidrigailov de *Crimen y castigo* y el Stavroguin de *Demonios*...”

Epiléptico, sensual, amoral, místico, ternurista, reaccionario, folletinista, vulgar en su estilo y en su pensamiento... Sin embargo, no hace mucho, en una novela de Sciascia leí como el protagonista ponía en un brete a toda la intelectualidad del comité local del partido comunista italiano con el nombre de Foma Fomich. Pero yo, que hace más de veinticinco años que no leo a Dostoyewsky, podría haber evitado a los camaradas del partido italiano su larga investigación para saber lo que se ocultaba tras ese nombre. Pues al cabo de veinticinco años, Foma Fomich estaba tan presente en mi memoria como si acabara de leer *La alquería de Stepanchikovo*. Y esto me hace pensar que al cabo de veinticinco años (ese período de tiempo en que he olvidado tantos nombres y tantas cosas, en que he renegado de tantos profetas que alguna vez seguí, en el que he renunciado a tantas creencias que tan firmemente profesé, todas esas obras que obsesionado leí en mi juventud siguen en mí tan presentes como si acabara de leerlas. Con sus peripecias, sus personajes, sus calles y casuchas, sus desolados paisajes, sus luces y sus sombras. Y que hasta

aquella emoción que hace tanto tiempo suscitaron en mí, parece renacer a la sola evocación de sus títulos. Cada vez tengo el más firme convencimiento de que en esto, y solo en esto, reside el secreto del gran arte narrativo. Todo lo demás, tan solo son palabras...

MI JOYCE DE LOS CINCUENTA

Descubrí a Joyce cuando comenzaba la década de los cincuenta. Yo entraba en mis más bien ingratos veinte y acababa de cruzar el ecuador de Derecho en el viejo caserón de San Bernardo. En aquel tétrico edificio pocas fueron las leyes que aprendí, pero sin embargo conocí algunas de las obras fundamentales de la literatura contemporánea. Vaya lo uno por lo otro.

El primer libro de Joyce que cayó en mis manos fue *Gente de Dublín*. En la facultad repartían gratis una revista, *La Hora*, manejada como todo por el SEU, que reflejaba las inquietudes culturales de la élite universitaria, y en la que amigablemente cabalgaban juntos centauros tan distintos como Alfonso Sastre, Quijote del teatro social, y Marcelo Arroita-Jaúregui, en cruzada solitaria contra el omnipresente cine americano. Aquella revista nos hacía soñar con maravillosos y vedados países de los que tan solo nos avanzaban los nombres, en espera de un posterior y a veces frustrante conocimiento: Rosellini, De Sica, Bresson, Anouilh, Ionesco. También publicaban cuentos de autores entonces poco conocidos o desconocidos del todo, y esos cuentos ejercían en la gente de mi grupo un efecto detonante que provocaban nuestras primeras incursiones creativas. Quien más quien menos tenía un relato de cinco a diez folios con el que podía castigar a sus amigos en espera de una letra impresa que casi nunca llegaba. De ahí que el préstamo de un libro de relatos, debido a la pluma de un genio esotérico, autor de una mítica obra cabalística -*Ulises*- cuyo nombre tan solo era conocido por un mínimo círculo de iniciados, constituyese una de las más importantes efemérides de aquellos años de mi vida.

La lectura del libro no defraudó la expectación con que lo recibí. Salvo *Días de hiedra en el comité*, que me resultó incomprensible y aburrido, el resto de los relatos me entusiasmó, y *Los muertos* me pareció uno de los cuentos más geniales que había leído nunca. Hoy, con muchos más años y lecturas, sigo opinando lo mismo.

Lo que más me entusiasmaba de aquellos relatos era esa impresión de instantánea fotográfica que, sin embargo, desvelaba algo que iba mucho más lejos de la simple cotidianidad que aparentemente reflejaban. Es como si en los cuentos de Joyce se ocultara siempre en un segundo plano esa otra imagen inquietante que encuentra en su vulgar encuadre el Roberto Michel de *Las barbas del diablo*.

Por supuesto que esto es solo el desarrollo de una técnica ya anunciada por el *Stephan héroe* y que, como tantas cosas en Joyce, tiene un ori-

gen medieval de inspiración tomista. Esta técnica que informa todos los relatos de *Dublineses* es la epifanía. Cada cuento está constituido por una serie de hechos y diálogos vulgares e intrascendentes, pero que no obstante adquieren un significado especial que configura el relato como revelación que nos descubre todo el secreto de una existencia. Son momentos vulgares, pero significativos y reveladores que elevan esos hechos y personajes corrientes a la categoría del símbolo.

¿Pero qué significaban para mí aquellos seres de una Irlanda tan alejada en el espacio y en el tiempo? Significaban el reencuentro con mi más, íntima realidad. En aquellos dispersos fragmentos de vida, en aquellos breves relatos cuyo tiempo literario casi nunca sobrepasaba el de unas pocas horas, yo, alumno de una Universidad española de los años triunfales, encontraba algo que me era mucho más próximo que todo lo que me ofrecían mis contemporáneos españoles. En aquellas instantáneas de una objetividad impersonal se producía la aparición, la presentación de un mundo sórdido, opresivo, vulgar e inmensamente solitario. Un mudo que era el mismo en el que yo penaba...

A Stephan Dedalus le conocí a su regreso de París. Estaba en una torre junto al mar. *Introito ad altare Dei*. Gordo y solemne, el burlón Mulligan, iniciaba su blasfema parodia litúrgica. Al fin el libro mítico, el *Ulises*, estaba entre mis manos.

En aquel tiempo tener el *Ulises* era como tener un Rembrandt. El afortunado poseedor del tesoro se hacía lenguas de la rareza del mismo, de lo incomprensible de su texto, de los secretos goces que el asomarse al laberinto deparaba. Estaba además su matiz erótico, casi pornográfico. Jamás se habían escrito cosas como aquellas. Y el feliz poseedor nos alargaba los dientes hablándonos de su oculto tesoro mientras nos negaba el disfrute de tal maravilla. Sólo excepcionalmente algún ser magnánimo y benéfico era capaz de efectuar el soñado préstamo. Afortunadamente uno de esos seres era amigo mío.

En las puertas de las iglesias los jóvenes se agrupaban para ver el color de las películas. Las negras eran gravemente peligrosas, las granas para mayores con reparo. Los confesores no tenían muy claro si ese reparo era el del pecado mortal. Los bibliotecarios ejercían la censura por su cuenta y riesgo. No se prestaban novelas en la Biblioteca Nacional. Los jóvenes se recogían en casa de nueve a diez. Una muchacha decente no daba el brazo a su novio hasta que ya estaban próximas las amonestaciones. En muchas playas aún era obligatorio el albornoz.

¿Y el *Ulises*? La mayoría de los libreros desconocían ese nombre. Tan solo un par de avispados tenían la versión sudamericana que yo leí; pero si no eras conocido, negaban esa posesión e, incluso, el conocimiento de la existencia de tal obra. Únicamente cuando confiaban en el cliente y tenían la certeza de que no había moros en la costa se atrevían a sacar el grueso volumen de debajo del mostrador y pedir por él un precio que quedaba fuera del alcance de cualquier presupuesto estudiantil. Hacía ya más de treinta años que se había publicado; tras una azarosa vida se había convertido en un clásico universal, pero en España, *Ulises* seguía siendo un desconocido y un proscrito.

Pero yo, al fin, tenía el *Ulises*. Lógicamente debería haber leído antes el *Retrato de un artista adolescente*, lo que me hubiera ayudado a comprenderlo algo mejor, pero no fue así. Y me lancé a él como me lanzaba al río en los años en que estaba aprendiendo a nadar. Acaso sea éste el mejor método.

¿Cómo orientarse en este mar de símbolos? ¿Cuántas páginas se han escrito para aclarar su lectura? ¿Quién puede seguir el galopar de una mente humana? ¿Quién adentrarse por Dublín sin conocerlo y comprender las mil y una referencias a la política y actualidad irlandesa de principios de siglo, cuando apenas se sabe quien es Parnell? Pero después de todo, ¿qué importaba comprender o no comprender?

Lo que importaba es que recorrer aquellos caminos constituía una aventura fascinante. Por primera vez veía el pensar del hombre erigido en protagonista de una novela. Y de este pensamiento libre, sin frenos, de este pensamiento tumultuoso, iba surgiendo un mundo de una fuerza y una vivacidad única.

Ulises es un libro paradójico. Esto resulta coherente si pensamos que una buena parte de la estética de Joyce se basa en la concepción teológico-filosófica de la coincidencia de los opuestos. De ahí que un mundo caótico construido sobre el fluir de un pensamiento incontrolado y condicionado en buena parte por la ley de la libre asociación de ideas, se estructure rígidamente de acuerdo con una arquitectura jerarquizada no lejana de la que ordena *La Divina Comedia*; de ahí que una obra que ha servido de fuente a todos los experimentos más o menos afortunados de la novela moderna, haya buscado parte de su inspiración en los ejercicios de la retórica clásica que informan una larga tradición literaria desde los greco-latinos a nuestros conceptistas, pasando por Rabelais y el mismo Isidoro de Sevilla; de ahí, finalmente, que una obra que responde a una concepción simbolista y alegórica, sea al mismo tiempo una de las más grandes novelas de costumbres que se han escrito...

A mí me hechizaba ante todo la música total de la obra. Pero más allá de su simbolismo y su virtuosismo retórico no del todo comprendido yo encontraba, como ya había encontrado en *Dublineses*, una identificación realmente sorprendente entre mi mundo y el de aquel libro difícil y hermético.

Yo encontraba que aquella obsesión sexual que nos esclavizaba en su represión -aquella obsesión que nos empujaba a los metros y a los tranvías abarrotados sin otro objeto que el de rozar furtivamente a una mujer- aparecía por primera vez en aquel libro singular sin disimulos ni tapujos. Yo encontraba que aquella angustia de Stephan, fruto de su formación bajo la amenaza del pecado, aquellas dudas sobre la fe de su niñez, eran mis propias dudas y mi propia angustia. Yo encontraba finalmente en aquel libro el mismo agobiante peso clerical, el mismo ambiente sórdido, la misma patria hostil y estéril, los mismos vagos sueños de belleza y el mismo deseo de huida que eran comunes a todos nosotros.

Hace cien años que nació James Joyce. Fue un genio hosco y solitario. Vivió oscuramente, dando clases de idioma inglés a estudiantes extranjeros, alejado voluntariamente de su fe, su patria y su familia. Amó y aborreció a la ciudad que le vio nacer, y a la que inmortalizó con un monumento imperecedero. Compartió su vida con una mujer humilde, de agudo erotismo y escasa formación cultural. En él convivían Ulises y Telémaco, Stephan Dedalus y Leopoldo Bloom.

A los cien años de su nacimiento puede al fin encontrarse su obra en los quioscos españoles en edición popular. Dudo que por ello sea más conocido que lo era en los años en que yo le descubrí,

Hubiera sido absurdo por mi parte intentar en este artículo de homenaje, un mínimo análisis de una obra inmensa sobre la que existe una bibliografía también inmensa.

He preferido evocar brevemente nuestro primer encuentro, con la punzante nostalgia con que se rememora un primer amor.

CARTA DE UN LETRADO CARCAMAL A UN SU AHIJADO QUE LE INTERESABAN NUEVAS SOBRE EL ESTADO DE LA CRÍTICA EN ESTA VILLA Y CORTE

Mi muy querido ahijado. Costumbre es de gente moza recabar consejo del anciano para luego hacer de él oído sordos y, sin otras riendas ni freno, seguir el camino que le marca su propia inclinación; de ahí que Vuestra Merced, perseverando en esta torcida costumbre, solicite ahora mi saber sobre el estado de la Crítica Libresca en esta Corte, cuando tantas y tantas veces lo ha desoído en la cuestión que más debería soliviantarle: la de su disparatada pretensión de sentar plaza de escritor en esta Babilonia, abandonando el solar de sus mayores y la provechosa ocupación a la que estos, durante generaciones, dedicaron su vida. Mas como inútil resulta machacar en hierro frío, desisto del repetido y para V.M. ya fastidioso discurso y paso a satisfacer su consulta de acuerdo con mi humilde y sincero sentir.

Presumo que el interés de V.M. por los usos de la Crítica, parte de la creencia de que el público aplauso de la misma podría favorecer la venta y difusión de su futura obra, acarreándole esa gloria y fortuna con la que tan desatinadamente sueña. De ser tal su creencia, me apresuro a desengañarla ya que no a desengañarlo.

Poca o ninguna parte tiene una favorable gacetilla en la abundosa venta de cualquier nuevo parto de las Musas. Hoy los libros se adquieren no por la bondad de su doctrina, la sagacidad de sus sentencias o las galanuras de su lenguaje, sino por la sonoridad y popular conocimiento del nombre de quien los firma. Por tanto, y de persistir V.M. en la idea de correr tras el esquivo favor de ese vulgo al que nuestro glorioso y fecundo ingenio motejaba muy verazmente de necio, le aconsejo que antes de escribir nada dedique sus afanes a lograr la resonancia y el público conocimiento de su firma.

Varios son los caminos para lograr este sonoro y general renombre, caminos que pueden ir desde causar a mano airada la muerte del propio cónyuge, a mostrar públicamente aquellas partes de nuestro cuerpo que el natural decoro obliga a mantener recatadas. Pero si desea V.M., como dicta el buen criterio y la cristiana educación que le dieron sus mayores, seguir sendas menos peregrinas y accidentadas, yo le indicaría que antes de escribir libros profesase en la orden de los gacetilleros. Y esto, porque pienso que el camino verdaderamente mollar que sería la profesión en la cofradía de los que muestran, si no todos los días al menos una vez a la semana, su gallarda figura en ese ingenio que algunos malintenciona-

dos denominan “la caja tonta” y cuya continua visión constituye hoy por hoy la principal ocupación de la buena gente, resulta harto dificultoso ya que para acceder a este paraíso terrenal, lo mismo que para el celestial, muchos son los llamados y pocos los elegidos.

Desechado pues por su angostura este sin duda el mejor de los caminos, vuelvo a insistir en que procure V.M. ingresar en la orden de los gacetilleros, y a ser posible en la *Gaceta Oficial de este País*. Si sigue este consejo puede tener V.M. la certeza de que, popularizado su nombre de esta guisa, podrá alumbrar públicamente cualquier producto de su ingenio en la confianza de que, por muy torcido que le salga y por muchas necesidades que en él vierta, será adquirido por una multitud de vecinos de esta Villa (que no lo han de leer), y puesto por sus cofrades solapistas (que tampoco lo habrán leído), sobre los mismos cuernos de la luna.

Pero dirá con razón V.M. que me aparto del tema del estado de la crítica, objeto de su consulta. En fin, atendiendo a la misma, y una vez aclarado que su clamor no otorga los frutos provechosos que V.M. piensa, le confesaré que sin embargo si tiene una pequeña parte en las venturas o desventuras que pueden acompañar la vida de cualquier obra impresa. Así que, partiendo de ello y de su interés en este apartado, paso a ocuparme de la crítica.

Divídese ésta en dos especies bien distintas, aunque no bien distantes. Una la constituye la denominada Crítica Doctoral; otra la designada como Crítica Solapera.

La primera, cultivada mayormente por los enmucetados, tiene como objeto destripar cualquier escrito y, una vez convenientemente despiezado, analizar y glosar sus diversas partes con una jerga tan culterana, enrevesada y oscura que no la desentrañará el propio padre que la engendró; como destino los tiernos escolares y los ya talludos bachilleres; y como fin, no uno, sino doble: el primero facilitar material de estudio a aquellos de entre los bachilleres que tengan la absurda pretensión de seguir el ajetreado oficio de la docencia retórica; el segundo y primordial, despertar en la totalidad de los jóvenes y mozos a quienes va destinada tal odio por las bellas letras en cualquiera de sus manifestaciones que ya no conseguirán curarse de él en todos los años de su vida.

Si la primera clase de crítica va como se ha dicho destinada a los escolares, a quienes se la impone como obligación penosísima, la comprendida en el segundo apartado tiene como destinatarios los lectores de las diversas gacetas y gacetillas que diaria, semanal o mensualmente se publican en esta Corte. Son pues sus autores gacetilleros, aunque cierta-

mente los más ruines y peor pagados de su profesión. De ellos gran parte han tenido o esperan tener tratos con las musas, por lo que entre sí practican hasta el abuso el “hoy por ti, mañana por mí”. El nombre de solapistas por el que son conocidos y que ha dado título a su especialidad, débese a la rara industria, ciertamente milagrosa, de poder escribir largo y tendido de cualquier libro sin haber leído de él otra cosa que la solapilla que acostumbra poner el editor. Éste al menos es el dicho popular, en el que no entro ni salgo. Conozco ciertamente gloriosas salvedades, tal las de un reputado crítico que se jactaba de no leer los libros pero, eso sí, realizar en ellos tres o cuatro calas, catándolos como a un melón, lo que le permitía perpetrar una glosa mucho más documentada y profunda que la del resto de sus cofrades. Poco tengo que objetar a tal procedimiento salvo que, aun cuando hartó me consta que son legión los melones que engendran libros, un cierto respeto por la letra impresa hace que algo se subleve en mí cuando veo tratar a los libros como si fueran melones.

Dícese que son los solapistas, en mucha mayor medida que los doctorales, quienes hacen y deshacen la pública fama de un autor y encaminan con sus loas o soflamas cualquier folleto a la ventura o desventura. A esto yo le diría que hay solapistas y solapistas... Ciertamente quienes se acogen a la ya citada Gaceta Oficial gozan de grande y general predicamento y su voz, como la de todos quienes escriben en tal gaceta, es escuchada como si la del propio oráculo de Delfos se tratase. En cuanto la del resto ya es otro cantar y bien puede V.M. tomar sus loores o denuestos como agua de borraja.

Aunque de otra parte no es el denuesto, sino el silencio, el triste destino que aguarda a la mayoría de los frutos de nuestros jóvenes autores, ya que los solapistas, zahoríes de cualquier noticia que provenga de las Indias o de los Reinos europeos, aunque el libro en cuestión date de los tiempos de Maricastaña, se muestran sumamente avarientos a la hora de prestar su atención a las obras de sus convecinos, por considerar sin duda que, salvo ellos y sus amigos, son todos unos alcornoques de quien no vale la pena ocuparse.

Me dirá qué puede hacerse para merecer la atención de los gaceti-lleros solapistas cuando no se es uno de ellos ni se goza de su amistad. Pregunta es esta que tiene su intrínquilis y que no creo estar en condición de responder. Me limitaré pues a trasladar lo que he escuchado en los mentideros de esta Villa.

Cuéntase en ellos que es necesario salir de la mano de unas pocas editoriales que, o bien por estar en candelero o por tener tratos y trajines

con determinadas gacetas, son las únicas que solicitan la dormida atención de los solapistas. También se afirma que la asistencia a determinados figones que estos frecuentan a altas horas de la noche, da a los autores ciertos aires de respetabilidad que los certifica como vivos, sin duda porque tales figones suelen también ser frecuentados por nuestras fuerzas vivas y nuestros respetables hombres públicos. Esto es lo que en nuestra Villa se conoce con los nombres singulares de “participar en la movida” y “estar al loro”.

Pero no basta con estar, sino que hay que hacerse valer. Para ello, debe profesarse de dicharachero, paradójico, malhablado, casquivano y frivólón; sustentar opiniones disparatadas de una forma agresiva y hacer la pascua a diestro y siniestro. En otras palabras: ser lo que se ha conocido siempre como un botarate, voz en otros tiempos despectiva pero que en estos trastocados debe tomarse como suprema loa.

De otras arterías para alcanzar el favor crítico también se habla por ahí. Aconséjase, por ejemplo, estar en situación de repartir prebendas, pertenecer a alguna de las camarillas gobernantes, detentar título de grandeza y, en general, ser, vivir y actuar como un señorito, estamento éste que a lo largo de nuestra historia es el que tuvo siempre la sartén por el mango. En cuanto a otras murmuraciones mas bien insidiosas, hago gracia de ellas a V.M. pues siempre he sido enemigo de la maledicencia.

Pero a todo esto, dirá V.M., ¿qué hay de la obra en sí? ¿Es que no cuenta para nada? ¿Es que esos críticos no profesan ninguna doctrina estética, no mantienen ningún criterio literario? Lleva V.M. razón; así que, para concluir, hablaré de lo que a nuestros críticos les agrada y de aquello que les repele.

Como agradar les agrada cierto tipo de fábulas milesias; todo lo etéreo, vano e inconsútil; lo irracional, mágico y fabuloso; lo lejano en el espacio y en el tiempo; lo culterano, enrevesado y oscuro y, en general, todo lo que tenga un cierto aire exótico de acuerdo no ya tanto con los que soplan por Lutecia sino con los que, según creyeron detectar en un viaje semanal organizado, corren por la gran metrópoli imperial, por la que sienten una predilección tan incondicionada como incondicionado es su odio a todo lo que de cerca o de lejos les recuerde el gran imperio enemigo.

Como repeler, les repele en grado sumo toda referencia al aquí y el ahora; cualquier pretensión moral o cívica; cualquier forma de expresión llana, concisa y correcta o cualquier manera de escribir con los pies en el suelo, que ellos motejan de pedestre.

V.M. comprenderá por lo anteriormente dicho que hace ya luengos años dejó de frecuentar esas gacetillas a las que me he estado refiriendo, cosa en la que coincido con la totalidad de las personas sensatas de este Reino. Como por motivos que serían muy largo detallar y aquí no hacen al caso tampoco leo las gacetillas políticas y de opinión, confesaré con rubor que en la única parte de estas publicaciones donde me demoro, es en la que hace referencia de los juegos y diversiones públicas que constituyen el solaz semanal de nuestro pueblo.

Termino ya, no sin volver a insistir, aunque me tilde de viejo predicador, en que abandone esa disparatada intención de sentar plaza de paseante en Corte y permanezca en su lugar, al calor de los suyos, cuidando su heredad, leyendo los viejos libros y, si persiste en ello, cultivando su musa moderadamente y sin más ambición que la de ser leído por aquellos sus amigos y parientes que siempre acogerán sus escritos con calor; y ello no solo por el amor que le profesan sino, como sensatos, por saber que todo libro, por malo que sea, tiene siempre algo bueno y por tanto se le debe un mínimo respeto a quien lo escribe.

Presente los míos a sus señores padres a quienes beso la mano, lo mismo que, con el amor que siempre le ha profesado, hace con V.M. éste su padrino.

EL REALISMO, FRUSTRACIÓN Y SUEÑO

Al hablar de realismo me vienen a las mientes aquellos lejanos años de mi bachiller en los que este nombre representaba un apartado de la *Historia de la Literatura Universal* que por entonces estudiábamos. Naturalmente entre los autores que el tal apartado recogía se hallaba Stendhal, cuya cita “la novela es un espejo a lo largo de un camino” ha llegado a ser toda una declaración de programa.

Pero pienso que el problema está en que en este nuestro universo mundo no existe un único, sino múltiples caminos. Y que, sin embargo, casi todos los que han sido considerados como los autores más representativos del movimiento realista han estado paseando su espejo por el mismo camino: el de la realidad burguesa a la que tanto ellos como su público pertenecían. Tuvo que llegar Zola para que, tímida y un tanto programáticamente, el espejo reflejara otra realidad: la del proletariado. Esta novedad o cambio del camino reflejado sirvió para que el viejo realismo tuviese un hijo más o menos espurio que fue denominado realismo socialista o más simplemente realismo social.

Pero las matizaciones que en este concepto general del realismo pueden introducirse no están únicamente en los personajes, o en las clases en los que se encuadran estos personajes, que el espejo refleja. Se encuentra también en el hecho de que el espejo, a parte de reflejar el camino, puede deleitarse en reproducir al caminante que lo porta. Y que hay quien considera que este sistema reproduce aún mejor la realidad que el simple reflejo o espejismo del camino.

Tal sería, por ejemplo, la opinión de un Marcel Proust. En el último tomo de su magna obra, en *El Tiempo recobrado*, cuando el autor expone su teoría de la memoria inconsciente y en relación con ella de la auténtica misión de la literatura, nos dice textualmente: “...De manera que la literatura que se contenta con “describir las cosas” y dar solamente una miserable relación de líneas y superficies, es aquella que, denominándose realista, es la más alejada de la realidad, aquella que más nos empobrece y apenas , pues corta bruscamente toda comunicación de nuestro yo presente con el pasado, cuyas cosas conservaban la esencia, y con el porvenir que ellas nos incitan a probar de nuevo. Es ella la que el arte digno de este nombre debe expresar y, si fracasa, se puede aún extraer de su impotencia una enseñanza -mientras que no se extrae ninguna de los éxitos del realismo-, en saber que esta esencia es en parte subjetiva e inmodificable.”

Como vemos Proust apuesta claramente por un espejo que refleje no las cosas que se encuentran a lo largo del camino, sino la esencia misma

del portador-autor, lo que, a su vez, ayudaría al lector a encontrar también su propia esencia. Pero en cuanto que el portador se encuentra en el camino, el espejo al reflejarlo también reflejará los accidentes de éste. Y este reflejo no dejará por ello de ser realista.

Pero tampoco aquí se agota la cuestión, pues sin abandonar el espejo y el camino, uno se encuentra que el espejo puede muy bien no ser un espejo normal, que refleja las cosas tal como aparentemente son, sino un espejo deformante que, en su deformación, puede pretender un reflejo cuya verdad esté mas allá de la mera apariencia. ¿Dejaríamos por ello de hablar de realismo, de hablar de un intento de reflejar una realidad?

Cuando yo estaba luchando con mi primera novela, en España la cosa parecía bastante clara. Predominaba el realismo en su sentido más tradicional, y más específicamente el realismo social. No sólo se pretendía que el espejo reflejase la realidad, sino que la modificase. Para algunos escritores la novela o la poesía eran una forma más de la lucha contra Franco. El hecho de que Franco muriese de viejo muchos años después, demuestra que esta forma de lucha, lo mismo que otras más idóneas, resultaron más bien estériles.

El caso es que una buena parte de esas novelas se planteaban desde el prisma de la lucha de clases de una forma un tanto simplista y maniquea, con burgueses o pequeños burgueses perversos y obreros a los que su mera pertenencia a una clase les investía de un halo seráfico. Había otros novelistas que planteaban sus obras desde unos presupuestos menos esquemáticos y más acordes con la visión del realismo tradicional, paseando su espejo por el camino de la burguesía o pequeña burguesía, e intentando reflejarlo de la manera más directa posible, aunque siempre teñido de una intención crítica. En los unos como en los otros, el reflejo de la realidad se llevaba a cabo mediante la reproducción de todo lo directamente observable, tanto del paisaje como del paisanaje del que se limitaba, por prurito de fidelidad a la realidad, a describir las acciones y los diálogos ya que, conforme a la escuela entonces dominante, los pensamientos de una persona son secreto y ni siquiera el inventor de la criatura puede tener acceso a ellos.

Pero yo personalmente, estaba un poco fuera de aquel modo o moda entonces imperante. Sin renunciar a la realidad, mi preocupación se orientaba más hacia el portador del espejo que hacia el camino por donde transitábamos. En otras palabras: mi escritura pretendía reflejar mis propias frustraciones, angustias y obsesiones a través de unos personajes que venían a ser como reflejos deformados de mi mismo. De ahí que tampoco

tuviese reparo, como tenían la mayoría de mis colegas siguiendo en buena parte la doctrina pontificada por José María Castellet en “La hora del lector”, de entrar en la conciencia de mis personajes, ya que en buena parte mis personajes y yo éramos lo mismo, y yo si puedo entrar en lo que pienso o en lo que piensa mi criatura.

A lo que no renunciaba es a que éstas se moviesen en un tiempo y lugar concreto, tiempo y lugar tomados de la realidad. Y que fuese precisamente esta realidad de un tiempo y lugar concreto la que hacía que mis personajes fuesen como eran. Y de esta manera, al describir los personajes desde dentro, al describir sus pensamientos, sus traumas, sus sueños y sus temores, estaba al mismo tiempo dando cuenta de una manera indirecta de aquella realidad, la realidad de la España franquista que los había condicionado.

No era una realidad externa la que yo y otros escritores nos forzábamos en describir, sino la realidad interna de unos personajes que, al tiempo, representaban hasta cierto punto la propia realidad interna del autor. Pero sin embargo, la realidad en la que tanto el autor como los personajes se encuentran inmersos aparece, si bien en forma oblicua, tan nítidamente como en las obras del realismo tradicional. Proust no pretende hacer una crónica de la sociedad en que vive, tal como se propone Balzac, pero la realidad de la Francia de Proust aparece retratada en *La busca del tiempo perdido* con tanta profundidad como la de la Francia de Balzac en *La comedia humana*.

La frustración y el sueño pueden ser, y muchas veces lo han sido, no sólo materia, sino motor de la literatura. El escritor es en buena parte un inadaptado, un ser que no encaja en los roles de la sociedad en que se encuentra. Existe un recíproco rechazo entre el artista y el entorno en que éste se desenvuelve. Incapaz de aceptar los valores exaltados por la sociedad en que se mueve, rechazado por ésta en cuanto que no tiene una misión específica en la producción, éste ser frustrado se revuelve contra ella. Esta revuelta puede seguir varios caminos. Uno de ellos será el de la denuncia directa, describiendo los vicios y taras de esta sociedad. Otro será el de refugiarse en sus propios sueños. La obra literaria puede ser la materialización de este soñado refugio.

La frustración general del artista creador se acentúa cuando su marco político-social es una dictadura. Porque toda dictadura tiene por objeto anular la personalidad, convirtiendo a su súbdito en elemento indiferenciado de una masa impersonal sometida ciegamente a los dictados del estado totalitario. Si la represión es el arma última de este proceso de

anulación personal, la educación dogmática y castradora es el medio más eficaz del que se sirve el estado totalitario para conseguir este hombre impersonal sometido a sus dictados.

De esta manera el escritor que crea una obra en la que pretende reflejar sus propios conflictos y traumas, creará unos personajes que, en cuanto reflejos de su propia autoinvestigación, estarán reflejando también una buena parte de esos conflictos. Y en un tiempo de frustración generalizada sus personajes, necesariamente seres frustrados, tendrán un valor también generalizador que reflejará una de las características mas definitorias de la sociedad en que se mueve; una de las características definitorias, en el caso a que nos estamos refiriendo, de la dictadura.

Y es así como mis dos primeras obras, desde unas propuestas bastante distintas de la de la mayoría de los autores de mi generación, a pesar de que para muchos eran unan obras un tanto idealistas y al margen del compromiso de la literatura de entonces, participan en mi opinión de aquel compromiso de denuncia de una situación -la dictadura franquista y sus mecanismos de dominio- en el que estaba embarcada la novela de aquellos tiempos.

Pero mi denuncia no estaba hecha desde la descripción externa de la realidad, sino desde el análisis de la interiorización de los mecanismos represivos. La interiorización en aquellos personajes frustrados llevaba necesariamente a las causas de su frustración y a los mecanismos de que se servía aquella sociedad frustrante para lograr sus objetivos. Y llevaba también a la consecuencia de aquella frustración. Al aislamiento, la soledad, la incomunicación del hombre en la sociedad en que nos ha tocado vivir.

Como única defensa estos seres frustrados tienen la de edificar, frente a este hostil mundo de su realidad exterior, el mundo interior de sus sueños. Es una solución neurótica. Pero esta solución es, en gran medida, la del intelectual en la sociedad de nuestro tiempo. Y es, sobre todo, la solución del creador artístico. Así yo, al reflejar a aquellos soñadores, me estaba reflejando a mí mismo como autor. La creación literaria en la que describía el sueño en que se refugiaban mis personajes, era a su vez el sueño donde yo buscaba mi propio refugio.

LA ESTRELLA, LA VIRGEN Y LA CESTITA EN EL RÍO

(Nacimiento e infancia del héroe)

De entre los muchos cuentos que me narraba mi madre uno de los que más me gustaba era el titula el que ella titulaba “El castillo de irás y no volverás”. En lo esencial el cuento de mi madre es el mismo que recoge Aurelio M. Espinosa con el título de “los Siete infantes”, dentro del ciclo de *La niña perseguida* y que aparece en *Las mil y una noches*, en la versión de Galland bajo el nombre de “Historia del pájaro que habla, el árbol que canta y el agua de oro”. Recogido así mismo entre nosotros por Julio Camarena con el título de “Los infantes de la estrella en la frente”, este hermoso relato se halla difundido por todo el mundo y la versión documentada más antigua que se conoce es un texto védico del siglo V de nuestra era. Corresponde al tipo 707 de la clasificación de Aarne –Thompson.

Pues bien, el cuento que me contaba mi madre comienza refiriendo como tres hermanas (modistas en su versión y otras varias españolas), se encontraban de cháchara en una ventana fantaseando que harían si se casasen con el rey. Las dos mayores prometen cosas más bien grotescas (hacerle una chaqueta del tamaño de una nuez o unos pantalones del tamaño de una avellana), pero la pequeña aseguró que si ella se casase con el rey le daría tres hijos cada uno con un lucero en la frente.

El rey que ha escuchado la conversación de las hermanas, se desposa con la más pequeña. Cuando está en la guerra su mujer cumple su promesa dándole los tres hijos que vienen al mundo con su correspondiente lucero en la frente (en algunas versiones los partos son sucesivos, pero en otras, las más genuinas, el parto es múltiple). Las hermanas, envidiosas, en otras versiones la suegra, arrebatan los recién nacidos a la madre y tras sustituirlos por cachorros de animales, los arrojan al río en una cestita de mimbre o en una urna de cristal. Son recogidos por un hortelano, jardinero o guardabosques que los cría como si fuesen sus propios hijos. El resto del relato -superación de la prueba mediante auxiliar mágico, reconocimiento y castigo de los autores de la fechoría de acuerdo con la estructura que señala Propp para el relato maravilloso- queda fuera de los límites que hemos fijado al presente trabajo.

Nos detendremos en el principio. Los tres, concretamente dos niños y una niña productos de un parto múltiple, viene al mundo portando un lucero en la frente. Un hecho extraordinario que aparece también en otros cuentos populares entre los que podemos citar, a título de ejemplo, *Estrellita* y alguna versión de *La bella durmiente del bosque*.

La señal mágica es una función, concretamente la catalogada con el número 17, de las que según Propp conforma es estructura del cuento maravilloso y sirve para facilitar otra función, la número 27 o del *reconocimiento*. La señal puede ser o algo que se entrega al héroe o más frecuentemente una marca de nacimiento impresa en su cuerpo. Como ya hemos señalado esta señal va a permitir reconocer al héroe como tal o facilitar otros sucesos en el desarrollo del relato.

Por ejemplo, en el cuento popular *Blanca flor la hija del diablo*, el héroe que tiene que elegir a ciegas una de las hijas del diablo para tomarla por esposa, reconoce a su amada y auxiliar mágico al palpar el dedo al que le falta una yema, perdida cuando dejó caer una gota de sangre durante el descuartizamiento al que la sometió para salir triunfante de la tercera de las pruebas que le había fijado el diablo. En otros cuentos el reconocimiento tiene lugar porque su cabello está cortado. Tanto en una como en otra señal puede verse una referencia al acto ritual de intercambiar la sangre o el cabello, que supone una transmigración de las almas de los contrayente del matrimonio ritual, pues tanto el cabello, recordemos el caso de Sansón, como la sangre, según nos refiere Propp en su obra *Las raíces históricas del cuento*, son uno de los asientos del alma. Pero como en el rito una de las partes representa una figura del más allá, el ritual viene a significar la admisión del iniciado en la comunidad de los muertos. De ahí la frecuencia de los pactos de sangre a lo largo de la literatura popular o culta aunque posteriormente con frecuencia el intercambio de sangre es sustituido por el hecho de beber de una misma copa. De este último ritual nos ofrece un bello ejemplo la literatura en torno a Tristán e Iseo, aunque aquí, sin que se olvide el acto ritual iniciático de ingreso en el más allá que tan maravillosamente subrayó Ricardo Wagner, la referencia histórica más próxima es la de la admisión del esposo extranjero en el clan de la esposa durante el matrimonio matilineal, tal como señala Frazer.

Pero en el cuento al que me estoy refiriendo, la peculiaridad se encuentra en que la señal de nacimiento nos viene dada desde el principio. A veces esta señal impuesta al principio, es decir, en el momento del nacimiento o en la niñez del héroe va a servir para el reconocimiento posterior de este no en un reino extranjero sino en su propio reino del que fue expulsado en su niñez, tal el caso del tobillo taladrado de Edipo. Mas no ocurre así en el cuento que nos ocupan pues la señal con que los niños nacen no va a servir para un reconocimiento posterior. Podría parecernos una señal sin función, gratuita, si no pensáramos que su función consiste precisamente en indicar el carácter excepcional de estos niños.

En el tipo del cuento que estamos examinando, la señal es un lucero en la frente. Hay otros relatos populares o míticos en que la señal es un resplandor dorado o una marca de oro impresa en alguna parte de su cuerpo. Vamos a examinar tanto una como otra de estas señales.

El oro se nos presenta en el folklore y en la mitología como símbolo del más allá. Una de las características de los dioses celestes es el fulgor, un fulgor de oro. Tanto Varuna como Zeus o Mitra se distinguen por su aspecto dorado. Y dentro de la mitología bíblica recoge Robert Graves que *Shashmal* es una sustancia divina que, de acuerdo con el primer capítulo de Ezequiel, proporciona el ígneo resplandor del trono y el semblante de Dios. La versión griega de los *Setenta* –añade Graves– traduce *Shashmal* por *electrón*, que en griego guarda estrecha relación en *Elector*, un nombre del sol y viene a significar “brillante con luz dorada” y de aquí *electrum*, una aleación de oro y plata. Pero –termina en su nota Graves–, como la asociación del rayo con el poder de Dios es antigua, Ezequiel acaso considere a este divino *Shashmal* dorado como la fuente del rayo.

Nada de extraño tiene que los reyes quisieran también revestirse este fulgor dorado, atributo de su propia divinidad. Tenemos la máscara dorada de los faraones, la máscara también de oro de Agamenón y los propios emperadores romanos se cubrían el rostro con un polvo de oro, no tanto por ostentación como por hacer resaltar la divinidad de que les revestía el imperio.

Pero el oro no es solo símbolo de la divinidad, sino indicativo el más allá, del otro mundo. De oro son las manzanas que crecen en el jardín de las Hespérides; de oro es el vellocino que van a conquistar los Argonautas y de oro es la escala que Dante ve en el cielo de Saturno y que lleva hasta la esfera celeste para conducir las almas al Paraíso

Dentro al cristalo, che 'l vocablo porta
Cerchiando il mondo del suo chiaro luce
Sotto cui giacque ogni malizia morta,
Di color d'oro in che raggio traluce
Vidio uno scaleo erecto in suso
Tanto, che nol seguiva la mia luce

Por eso aquellos que tiene un origen divino o una vinculación con el más allá lucen un color dorado o presentan oro en su cuerpo. Así es dorado el color de Hércules y toda la estirpe de Helios, dice Dieterich en *Nekya* –citada por Propp– “se reconoce fácilmente por el brillo de sus ojos que irradia del rostro como un rayo de sol”; y el mismo Pitágoras

aduce como prueba de su divinidad el que sus piernas sean de oro, según refieren sus discípulos en su deseo de divinizarlo.

Sea por su relación con el sol o porque su color recuerda al fuego que conduce a las almas al reino del más allá o la sangre -otro de los símbolos del viaje escatológico, como demuestra el hecho de la pintura roja con que se embadurna a los muertos en el neolítico- el color dorado es color que indica la vinculación con dioses astrales o con el más allá. De otra parte muerte y divinidades astrales aparecen frecuentemente relacionadas en la historia de las religiones. Así, a partir del Imperio Medio se establece una estrecha relación entre Ra, divinidad solar, y Osiris, divinidad de los muertos y el faraón se identifica tanto como hijo como con Horus, el hijo de Osiris y heredero de su reino terreno. Por eso frecuentemente en el folklore o en la literatura mítica el héroe viene al mundo enmarcado en un resplandor dorado. Pero en el cuento a que nos estamos refiriendo los niños no aparecen con esta señal, sino con un lucero en la frente.

En realidad este es un caso similar al anterior. Nos encontramos con una referencia al reino de los muertos y a las divinidades astrales. Vamos a examinarlas brevemente.

El lucero supone no un resplandor dorado sino diamantino. El cristal y por supuesto el más noble de todos ellos, el diamante, es también un símbolo del más allá. Hay allí palacios de cristal, puertas de cristales, árboles cuyo frutos son piedras preciosas. Cuando Gilgamesh en su viaje iniciático llega al mar y avista a la princesa, ésta se encuentra en un jardín cuyos árboles dan frutos de cristal purísimo de los más variados colores. Y cuando Aladino entra en la cueva donde se encuentra la lámpara maravillosa, se topa también con un jardín con árboles son también diamantes y otras piedras preciosas. Así mismo en la literatura gaélica el héroe siempre realiza el viaje al más allá en un barco de cristal -como Lanzarote, como Amadís- y también son de cristal el palacio de la Tierra Afortunada y las frutas que dan los árboles de sus maravillosos jardines.

La primera acepción que da el Diccionario de la Lengua Española de la palabra *lucero*, derivada de luz es la de “el planeta Venus al que comúnmente llaman la estrella de Venus”. Venus, la estrella más brillante del firmamento, la estrella que refulge con luz diamantina, es el lucero por antonomasia y su nombre nos evoca a Luzbel, Lucifer, el ángel caído que era el más brillante y refulgente de todos los brillantes y refulgentes espíritus que cantaban la gloria de Dios.

Aquí es preciso referirnos a lo que cuenta Robert Graves en *Los Mitos hebreos*. Según una versión rabínica que refiere el nacimiento de Caín, Eva

yació con Samael, la serpiente, quien la convenció para que ella y Adán comieran los frutos del árbol del conocimiento en lugar de los del árbol de la vida.

Samael es un derivado de Shemal, una divinidad siria que se identifica con el planeta Venus. De otra parte la serpiente tentadora se identifica con el ángel caído Helelel ben Safar (Lucifer, hijo de la Aurora), es decir, el planeta Venus lucero de la mañana. Es indudable que tanto Shemal como el derivado Shamael proceden de la diosa babilónica Ishtar procedente a su vez de la sumeria Innana. Ishtar, diosa de la guerra y el amor, de la vida y de la muerte, se identifica con Venus y toma hasta cierto punto el papel de La Gran Madre, La Diosa Blanca de la cultura matriarcal que predomina durante el neolítico por las márgenes del Mediterráneo. Su culto llega a ser el más importante en Babilonia superando incluso al de los dioses astrales y el dios local Marduk. De esta manera la caída de Lucifer vendría a encuadrarse en esa larga pugna entre deidades masculinas, señores del trueno y de la guerra, propios de una civilización patriarcal nómada y pastoril, contra la Gran Diosa señora del amor y la procreación, propia de la sociedad matriarcal y agrícola a la que la anterior viene a sustituir.

Así pues la señal del lucero hace referencia a un origen extraordinario vinculado al más allá y a Venus, la virgen astral. En el cuento popular la marca de este nacimiento maravilloso aparece grabada en la frente del recién nacido. En parte de la literatura mítica, la estrella se ha separado del recién nacido y se presenta en su medio natural, el firmamento, anunciando en su novedad el hecho de un nacimiento extraordinario. Así refiere Graves que en la literatura midrásica el nacimiento de Abraham viene anunciado por la aparición de una estrella más brillante que las restantes y que se tragaba cuatro estrellas fijas cada una de ellas en una parte del firmamento. Los astrólogos del rey interpretaron el hecho como el anuncio del nacimiento de un hombre extraordinario. El rey Nimrod, temeroso de que el niño cuyo nacimiento esa nueva estrella terminase con su reinado, ordenó siguiendo el consejo de sus astrónomos que todas las mujeres embarazadas fuesen encerradas en una torre si el recién nacido fuese varón se le diera muerte. Milagrosamente la madre de Abraham puede ocultar su embarazo y cuando se acerca el momento del parto huye al desierto dando a luz en una cueva a un niño que tiene tal resplandor en su rostro que ilumina el recinto. Posteriormente el niño es ocultado, según una versión, mientras en otras se transforma al cabo de unos pocos días en un hombre cuya sabiduría y poder sobrenatural, confunde a Nemro que asustado le deja partir para Egipto.

Se ha dicho que estos relatos están influidos por el del propio nacimiento de Jesús, pero lo cierto es que guardan estrecha referencia con otros anteriores al del nacimiento de Cristo, tal como el de Ciro el Grande por Herodoto o el Horus en el mito de Osiris. Lo cierto es que el hecho de una estrella que anuncia un nacimiento extraordinario, con los consiguientes celos del rey que procura deshacerse del recién nacido, puesta a salvo de este y su infancia oculta en un lugar recóndito o lejano y posteriormente el cumplimiento de un destino extraordinario que confirma los prodigios que anunciaba la estrella es un tema muy abundante en la mitología y el folklore universal. Pero creemos que este tema es una derivación posterior del tema original en el que la señal extraordinaria, tal como en nuestro cuento, aparece impresa en el propio héroe.

Pero pasemos a otro aspecto de nuestro relato. De acuerdo con los deseos que expresa la doncella los niños son tres: dos niños y una niña, y todos nacen con un lucero en la frente. Aprovechando que el padre se encuentra en la guerra, sus malvadas tías -o abuela en otras versiones- sustituyen a los recién nacidos por cachorros de animales, se deshacen de ellos arrojándolos al río en una cesta y comunican al padre que su mujer ha tenido un parto monstruoso, lo que originará la ira del marido que a su regreso castigará a su esposa arrojándola a un calabozo.

Estamos ante otro motivo muy frecuente en la mitología y en el folklore. Por citar un ejemplo tomemos *El caballero del Cisne*, tal como se recoge *La gran conquista de Ultramar*. El príncipe de *El Caballero del cisne* en esta versión hispánica es casi idéntico al de ese Castillo de irás que me narraba mi madre, salvo que no son tres, sino siete los hijos nacidos y que en lugar de que con un lucero en la frente nacen con un collar de oro alrededor del cuello. Por lo demás también estos niños son arrojados al río, también se comunica al padre que en lugar de siete niños han nacido siete podencos y también la madre es aprisionada como pena de su culpable parto. Culpable, sí, porque cuando se descubre la intriga de la abuela malvada que sustituye las cartas del rey-un episodio novelesco sin duda yuxtapuesto al relato mítico original- la abuela se defiende acusando de adulterio a la madre, como demuestra su parto múltiple, lo que le hace acreedora de muerte.

Es una creencia comúnmente admitida que llega hasta la Edad Media, que el parto múltiple es un parto adulterino. De ahí que todos estos episodios de abuelas que se deshacen con intrigas de los recién nacidos nos parezcan posteriores al relato original. Pensamos que en este es el propio padre quien rechaza a sus hijos como producto de adulterio. Y

ello no solo porque el parto sea múltiple- esto tan solo nnos pone sobre la posible pista- sino ante todo porque la señal sobrenatural que acompaña al recién nacido le dan a conocer que este niño no es suyo, que no puede ser el fruto de un simple mortal.

Nos dice Eliade en su *Tratado de Historia de las Religiones* que la creencia de que el nacimiento de los gemelos presupone la unión de un mortal con un dios del cielo, está muy difundida; y cita el ejemplo de los acvins indios, de los discursos, de Hércules e Ificles, de Anfión y Zetos y de Dardanos y Iason en apoyo de esta tesis.

Pero volvamos de manos de Robert Graves a la literatura rabínica. Según la *Vita Adae et Eva*, libro apócrifo de origen judío del siglo I antes de Cristo, como el rostro del niño Caín brillaba con una luz intensa, Eva supo que Adán no era su padre y en su inocencia exclamó: ¡He tenido un hijo varón con Yahvé. Mas no era Yahve sino Samael, la serpiente, el auténtico padre de Caín. Con independencia de que el relato rabínico pretenda explicar con esta paternidad la introducción del mal en la especie humana, hay dos hechos que merecen la pena destacarse. El brillo sobrenatural en el rostro de Caín y la paternidad de una serpiente.

Una vez que se ha realizado el fratricidio Dios va a señalar a Caín con una marca. Hay diversas versiones sobre la marca con que Dios señaló a Caín, pero una de ellas mantiene que esa marca es un cuerno en la frente.

¿Pero qué clase de cuerno? ¿No se tratará de un cuerno dorado? ¿Y este cuerno dorado, en lugar de ser la señal con la que Dios marca al fratricida- producto de un parto músico, es decir, de un parto adulterino según la tradición- no será más bien la señal con que este niño viene al mundo, la que indica el carácter extraordinario de su paternidad, la que hace exclamar ingenuamente a su madre que ha tenido un hijo de un dios y no de un simple mortal?

Pues si el resplandor dorado nos remite a la divinidad y el más allá, el cuerno se nos presenta como indicativo de un antecesor totémico. Esta referencia animal- no humana- concuerda perfectamente con la otra cara del mito, la del que verdadero padre no es su padre ni tampoco el Señor del Trueno y la montaña, Sino Samael, la Serpiente, el primitivo dios totémico.

Y es aquí donde entra en danza la serpiente. Tanto en su forma directa, como en su mítica transformación en dragón, la serpiente ocupa un lugar destacado en el relato popular y en la historia de las religiones.

En las cosmologías primitivas la serpiente o dragón representa con frecuencia el caos primigenio. Este caos primigenio amenaza con destruir

el orden del mundo y solo un dios que se enfrenta vencedor al monstruo podrá evitar que todo vuelva a sus confusos orígenes. Es así como surge el mito folklórico de la lucha del héroe y dragón. Aparece ya en Sumer y será desarrollado por los acadios en la lucha de Marduk y Tiamat. En Egipto cada mañana el faraón, reencarnación del dios solar, rechaza a la serpiente Apofis, el caos primordial, sin lograr nunca aniquilarlo, algo después de todo muy lógico dentro del sentido cíclico que los egipcios tienen de una creación unida inseparablemente a una destrucción en una rueda interminable, ya que el propio Atum fue en un principio la serpiente y según *El libro de los Muertos* cuando el mundo vuelva al estado caótico original Atum se convertirá de nuevo en serpiente. Entonces el eterno ciclo comenzará una vez más.

En Ugarit es Baal quien se enfrenta a la serpiente Yat, representante del caos y de la muerte. Así mismo en el ceremonial judío, según señala Eliade, se produce a la vuelta del año (Ex 34,22), la lucha entre Yahvé y el monstruo marino Rahab y la victoria del dios sobre las aguas ceremonia que renueva anualmente la creación del mundo.

Los hititas con ocasión de la celebración del año nuevo, recitaban el mito de la lucha del dios de las tormentas con el dragón. También en la India védica el dios de las tormentas Indra combate victoriosamente según Eliade con Vrita, el dragón gigante que retenía las aguas en la cavidad de las montañas. La victoria de Indra va a dar libertad a las aguas que se precipitan rugientes hasta formar el mar.

Va a ser Propp en *Las raíces históricas del cuento* quien fijará la evolución de la serpiente de acuerdo con la evolución histórica de la sociedad. Esta evolución supone de una parte la conversión de la serpiente de un ser acuático en un ser ígneo, trasladándose del agua al fuego y pasando en las mitologías de representante de las aguas primordiales, tal como vimos anteriormente, a la representación de un ser astral, como ocurre en el caso de Satán. De otra parte la evolución será de la serpiente engullidora a la serpiente raptora y fornicadora de mujeres, la serpiente como símbolo fálico. Ya hemos señalado en este segundo papel a Satán como seductor de Eva; podríamos citar dentro de la antigüedad clásica y para limitarnos a un ejemplo, al rapto de la hija de Deméter por Pitón. Pero el que la evolución no es uniforme sincrónicamente ni paralela, no lo demuestra la pervivencia de serpientes acuáticas engullidora de doncellas, como en el mito de Andrómaca y Perseo que tendrá su continuación renacentista en la Orca del *Orlando el furioso*.

De todas formas al establecer la relación de la serpiente con el fuego, no podemos dejar de señalar también su relación con ese fulgor dorado

o cobrizo al que hicimos referencia anteriormente y consiguientemente con ese mundo de los muerte que tanto el oro como el cobre representan. Pero el sacrificio por el fuego supone ante todo una purificación para alcanzar la vida eterna. Es el previo paso por la muerte para lograr la inmortalidad, tal como queda claramente especificado en dos episodios paralelos de los mitos de Isis y Deméter. El paso por el fuego es un rito purificador durante la ceremonia de la iniciación. A este respecto, bañarse en la sangre de esa serpiente ígnea que es dragón (Sigfrido) tiene el mismo significado. Y la serpiente muere (cambia de piel), para renacer de nuevo. Ella es la que engañando a Eva, comió el fruto del árbol de la vida.

Así pues, y de acuerdo de lo dicho hasta aquí, tenemos.

1) El héroe nace de una serpiente. Este nacimiento supone el engullido y posterior regurgitación del héroe por la serpiente (Mito de Jonás).

2) En la evolución del cuento maravilloso, señala Propp que este primer motivo es sustituido por el del héroe que mata a la serpiente. Una conjunción de 1 y 2, nos da el tema folklórico de que quien nace de la serpiente mata a la serpiente.

3) Derivación del 1. El héroe no nace de la serpiente sino de una Virgen poseída por la Serpiente que pasa a ser un símbolo fálico. Así, en la superstición popular, si una serpiente se acerca a una mujer ésta queda embarazada.

4) En un etapa posterior ya no es la serpiente el procreador, sino cualquier otro ser divino con apariencia animal.

5) Un dios, sea cual sea su forma, engendra de un mortal un héroe.

Y es este héroe el que en el cuento popular, que se desentiende muchas veces del proceso de su generación ocultándolo totalmente o dándonos tan solo alguna señal como la marca de nacimiento, va de acuerdo con lo señalado en la fase 2 a matar a la serpiente para mediante el matrimonio con la princesa, tomar posesión de su reino.

En los ritos de iniciación el joven es introducido en la casa del bosque que tiene la forma de una boca engullidora. El joven es engullido para salir, nacer de nuevo tras los ritos iniciáticos, convertido en adulto. Es el nacimiento tras la muerte. El rito viene a responder a la fase 1, la de la serpiente engullidora. Pero junto a esto Propp señala la existencia de *las hermanitas del bosque*, muchachas que sirven a los jóvenes iniciados y que dentro de la casa donde se efectúan los ritos pueden tener trato

sexual con los oficiantes, revestidos de pieles de animales, sin que esto les impida posteriormente contraer matrimonio con hombres normales de su tribu ni se considere que aquella aventura en la casa de los misterios implique la pérdida de su virginidad. Estamos aquí en el tercer supuesto, el de la serpiente fálica, el antepasado totémico.

La posesión totémica de la mujer podría considerarse desde un doble aspecto primero tendríamos que considerar el carácter sagrado de la mujer debido a la influencia que se le atribuye en la fecundación de la tierra. Esto lleva consigo la sacralización del acto sexual, lo que presupone la necesidad de que intervenga en el mismo un poder ultraterreno, un agente a su vez sagrado. Naturalmente el fruto de esta unión es un fruto también sacralizado que va a influir en el feliz desarrollo posterior de la reproducción y la fecundidad y va a convertirse en símbolo de un nuevo renacer tras la muerte.

En segundo lugar y como consecuencia de este carácter sacro de la mujer, surge el tabú de la virginidad, el peligro de la primera noche. De ahí que la virgen sea considerada peligrosa y que entre los pueblos primitivos se proceda a su desfloración por el chamán disfrazado de animal totémico de la doncella, en íntima relación con lo que indicamos anteriormente.

De ahí que el hecho tan frecuente en la mitología y el folclore del héroe nacido de una virgen viene a significar que ese héroe es el resultado de la unión de una doncella mortal y un ser del más allá. Las relaciones sexuales de la doncella del bosque no se consideraban relaciones humanas. Por eso cuando esa misma doncella las mantiene con un varón normal, este debe considerarla como una virgen ya que sus relaciones sexuales ni los hijos que puedan estas originar se consideran en el mismo plano que las iniciáticas. En cuanto a que el niño nazca con una señal extraordinaria, tal como sucede con el lucero en la frente en el caso de nuestro cuento, o que su nacimiento vaya acompañado de fenómenos celestes, sólo hace que reforzar el carácter de su concepción excepcional.

Pero vemos que tanto en nuestro relato como en la leyenda de “El caballero del cisne” según la narra *La gran Conquista de Ultramar*, la madre del héroe es encerrada en una prisión. El motivo de la doncella en una torre o prisión es un motivo ampliamente repetido tanto en el mito como en el relato popular. También aquí podíamos fijar una evolución histórica.

En primer lugar se nos presenta este encierro como un rito iniciático, bien en la cabaña para la iniciación femenina, bien en la cabaña de los

varones en su papel de *hermanita del bosque*. En segundo lugar aunque en este caso no supone necesariamente de un periodo histórico posterior, tendríamos este encierro como consecuencia del tabú protector de los peligros que amenazan a las personas sagradas tal como señala Frazer. En tercer lugar, y aquí sí que nos encontramos en un periodo histórico posterior, el encierro es una medida para proteger al marido una vez establecido el sistema patrilineal evitando la posible descendencia de otros hombres. Finalmente este último motivo va a tomar un carácter abstracto. Estamos ya ante el concepto de la *honra*, primordial en la literatura teatral de nuestro siglo de oro.

Ya tenemos pues algunas claves para la lectura correcta de nuestro cuento. Una doncella, antes de la unión con un hombre normal ha engendrado un hijo con un ser del más allá, o lo que es lo mismo ha tenido un héroe. Bien el padre putativo, no muy conforme con el papel de Anfitrión, bien las mujeres de su entorno se deshacen de la criatura, expulsándola del clan. Es aquí cuando nos encontramos con el tercer elemento que vamos a examinar en este relato: el de *la cestita en el río*.

Hemos visto como los niños son arrojados al río dentro de una cesta. Mas no perecen, sino que los recoge un jardinero o un leñador en otras versiones; en resumen un hombre silvestre que los cría y educa en el profundo bosque. Nos encontramos ante otro tema fundamental del relato folklórico, ampliamente repetido tanto en el relato popular como en la mitología. De una forma u otra, el héroe abandonado en las aguas y criado por un ser silvestre va a aparecer con diversas variaciones algunas ya alejadas novelescamente del esquema original, en los casos de Moisés y Sargón, en un episodio del Mahabharata y posteriormente y ya dentro de un tratamiento más literario, en el ciclo artúrico- caso de Lanzarote del Lago-, y en su derivación posterior, la novela caballeresca, con Amadís de Gaula.

Pero estamos ante dos episodios independientes, aunque frecuentemente unidos en una sola frecuencia. Estos son en orden inverso al de su unión secuencial, el del niño abandonado en el bosque y criado y educado por un ser selvático, y el del niño arrojado en una cestita al río.

El abandono del niño en el bosque es, dentro de la estructura que Propp propone para el cuento maravilloso, una *fechoría* equivalente al rapto. Pero el bosque es ante todo un lugar de iniciación, frontera y entrada en *el más allá, en el reino lejano*. El adolescente es conducido a lo profundo del bosque para someterse a los ritos de iniciación, ritos que significan la entrada en el reino de la muerte para posteriormente renacer

a una nueva vida. Este carácter del bosque como puerta del más allá va a ser recogido por la literatura. Lo encontramos en *La Metamorfosis* de Ovidio, en *La Eneida*, en “la selva oscura” en medio de la que se encuentra Dante al principio de su *Divina Comedia* y en el bosque donde buscan sus aventuras los caballeros del rey Arturo.

Pero este episodio de abandonar al niño en el bosque va acompañado frecuentemente por el hecho de que el niño abandonado es cuidado por un animal. En el cuento popular se repite el motivo del niño que es conducido al bosque para ser asesinado por un verdugo que al final se arrepiente y presenta a quien le dio la orden bien las ropas teñidas con la sangre de un animal (José) bien el corazón de un animal como sustitución engañosa de la presunta víctima. Posteriormente el niño abandonado en el bosque es cuidado directamente por un animal o por un hombre vinculado al bosque (leñador, ermitaño, montero) o por una anciana que tiene su morada en lo más profundo del bosque.

Todo este episodio hace una referencia muy directa a los ritos de iniciación y el héroe del relato es un arquetipo del héroe iniciático. En los ritos de iniciación el niño es llevado al bosque por los chamanes o parientes. El sentido de que esa conducción es que una partida hacia la muerte queda bien explícito en los llantos y duelos que hacen los afines del iniciado, similares a los de los muertos verdaderos. De otra parte en la iniciación, uno de los ritos es el del descuartizamiento simbólico del falso muerto, de ahí el motivo folklórico de presentar el corazón a los ojos del niño conducido al bosque, sustituido novelescamente por los de un animal, ya que se consideran tanto los ojos como el corazón órganos donde reside la vida. El motivo del descuartizamiento va a pasar del rito iniciático a la mitología, y así nos encontramos con el motivo del dios descuartizado que luego vuelve a nacer. Tales serán entre otros los casos de Osiris, Adonis y Zagreo. Pero estos héroes, sin perder su carácter de arquetipo iniciático se van a convertir en dioses de la vegetación y dado el ciclo vegetal de vida y muerte, en dioses de los muertos.

El tema del héroe cuidado y educado en el bosque por un ser silvestre es también un motivo iniciático. En la cabaña iniciática el niño se va a encontrar bajo el poder de hombres disfrazados de animales. A veces este disfraz es incompleto, dando motivo al mito de los centauros educadores o de los minotauros. Otras veces el animal se presenta en su integridad como educador y cuidador. Frecuentísimo en la mitología el tema del niño criado por animales que va a llegar nuestros días con relatos tan populares como *El libro de la selva* o *Tarzán de los monos*, que podrían considerarse, sobre todo el primero, como libros iniciáticos.

En muchos relatos, entre ellos el cuento que nos ocupa, el educador ya no es un animal sino un hombre relacionado con el bosque y los animales. Nos encontramos aquí con una derivación del tema original, derivación que resulta más lejana conforme se aleja de su primitivo esquema, tal en los casos en los que quien recoge al niño es un hortelano o un jardinero.

No ocurre así cuando el niño es recogido por la *anciana del bosque*, representada a veces por una bruja o una maga, tal como ocurre en los cuentos de hadas o en los relatos del circo artúrico. Aquí estamos en una trasposición de la primitiva *señora de los animales*. En el pensamiento más primitivo y dentro de las creencias totémicas, se considera la muerte como la transmisión del alma a un animal. De ahí que la *señora de los animales*, sea a su vez guardián del reino de los muertos. Posteriormente dicha *señora de los animales* sufrirá una doble transformación. De una parte se convertirá en diosa de los bosques y la caza, tal como Cibeles, Artemisa, Diana; de otra en un ser maléfico destructor como Circe, Morgana o las brujas de los cuentos populares una de las cuales, la rusa *Yaga*, aún conserva restos totémicos al habitar en una cabaña sostenida por patas de gallina.

Pero en nuestro cuento los niños llegan al bosque porque han sido arrojados en una cestita al río. Ya hemos señalado anteriormente la frecuencia con que este motivo aparece en las mitologías. Freud, partiendo del mito de Moisés interpreta al río y más en general, al elemento acuático como el líquido amniótico. El río vendría a ser en este caso el seno materno y, de acuerdo con esta teoría, Moisés sería hijo ilegítimo, de ahí su ocultación, de la hija del faraón. Desde otra perspectiva, Frazer considera que el motivo folklórico del niño arrojado río, procede de una prueba de legitimidad, una ordalía. El hijo nacido que suscita dudas sobre su legitimidad, es arrojado al agua. Si se hunde es prueba evidente de que se trata de un bastardo, si se mantiene a flote prueba con ello su legitimidad.

En el caso que nos ocupa la tesis de Frazer vendría a reforzar nuestra interpretación de que el esposo terrenal de la virgen duda de la legitimidad de los niños, tanto por tratarse de un parto múltiple, como por sus señales de nacimiento. La ordalía da un resultado positivo. Los niños son legítimos en cuanto que han sido concebidos por un ser no mortal que no empaña por ello la virginidad de la madre.

Pero aparte de esto hay una tercera serie sobre la cestita en el río que también resulta plenamente aplicable a nuestro cuento y que aunque formando por motivos narrativos una secuencia distinta y enlazada con

la que vimos anteriormente del abandono en el bosque, viene a darle la misma significación. Se trata de la interpretación ritual.

Señala Propp como el motivo de arrojar el niño al río en una cesta, odre o caja de cristal es una derivación del rito iniciático de ser engullido por la serpiente, al que ya nos referimos anteriormente. Se trata pues del engullido por el animal totémico de un héroe, destinado tras ese viaje a través del reino de los muertos, a renacer para realizar la conquista del nuevo reino. Pero el motivo primordial va a sufrir una transformación. La serpiente o pez animal totémico engullidor va a transformarse primero en piel de animal, posteriormente en una simple cesta aunque a veces como en el caso de la urna de cristal, el material de su construcción remita al significado auténtico del mito.

Apoya esta interpretación la costumbre de muchos pueblos primitivos de volver a los difuntos en pieles de animales para su viaje al más allá. Cuando el que debe ser trasladado es un vivo, se produce la trasposición y el vivo también debe ser envuelto en una piel de animal, es decir, debe entrar como el muerto en el vientre del animal totémico. Pero conforme se aleja el rito original van incorporándose elementos novelescos. El viajero ya no solo debe estar envuelto en piel de animal, sino que necesita un auxiliar-serpiente alada, pájaro, caballo mágico-para efectuar el viaje. En *Las mil y una noches* tenemos varios ejemplos de estas transposiciones. Citemos el de uno de los relatos más claramente iniciáticos, el de *El tercer calenda hijo de rey*. Viajará al palacio mágico de las cuarentas doncellas envuelto en una piel de carnero que transporta el ave rock. Después será un mágico caballo alado el que le llevará a su lugar de partida.

Uno de los ritos de fertilidad consistía en arrojar a una muchacha al río del que dependía la fertilidad de la tierra. Cómo ocurre frecuentemente en los ritos, éste puede sufrir una inversión o una transposición. Como inversión nos encontraríamos con el motivo folklórico de la doncella salvada de la serpiente acuática; como transposición estaríamos ante el motivo de la cestita en el río.

Así pues, el motivo del héroe en el tonel, la caja o la cestita, se nos presenta como una derivación tanto de los ritos funerarios donde el héroe muerto se envuelve en pieles de animales para incorporarse al antecesor totémico, como con su derivación, el ritual de la iniciación de los cazadores. Más cercano al motivo original se encuentra el mito del héroe viajero dentro de un pez (Jonás). Pero el tótem puede ser también un vegetal. De aquí podría originarse el mito de Osiris encerrado en un tamarindo y arrojado al río del que surgió como un dios. Una derivación de este

último podría ser el del arca que libra del diluvio al héroe fundador de una nueva humanidad.

Hemos examinado ya los motivos esenciales de nuestro cuento. Un ser sobrenatural fecunda a una doncella que tiene un hijo marcado con una señal divina. Este héroe tendrá que desaparecer del mundo sometándose a los ritos de iniciación, es decir, a la muerte, para emprender después el viaje que le conducirá a la conquista del reino. Pero este viaje iniciático ya no va a ser de nuestra atención en este artículo, y ello porque pensamos que lo esencial en el cuento maravilloso, aquello donde este denota su clara vinculación con el rito, está en el nacimiento y la infancia del héroe.

Aunque el viaje iniciático es el núcleo del cuento maravilloso, como señala Propp, este viaje se describe de forma simbólica, repitiendo los ritos algunos de los cuales ya hemos señalado como la serpiente engullidora, el bosque y el lanzamiento al río. Lo que jamás aparece en el viaje del cuento maravilloso es la peripecia unida a un tiempo y un espacio real y mucho menos la caracterización psicológica del personaje ya que este personaje es un héroe, un dios o semidios y por eso carece de psicología.

Es precisamente la entrada de estos elementos: el paisaje, el tiempo real, la psicología, lo que transforma el mito en novela. Por eso la *Odissea* aunque parte del mito, es ya novela, literatura. Pues en ella, junto a numerosos restos míticos, encontramos ya personajes y lugares reales, usos y costumbres reales y un tiempo que transcurre modificando el ritmo de la vida humana. Aquí ya no importa tanto el nacimiento e infancia del héroe como la conquista del reino perdido. La entraña del relato va a ser la peripecia del viaje, aunque una gran parte de esas peripecias sigan en relación con los viejos mitos.

Es algo que perderán ya casi totalmente sus herederas, la novela bizantina y la novela inglesa del siglo XVIII, novelas cuya trama la constituye un viaje, pero que aprovecha el viaje para realizar un reflejo de la vida real. De ahí se pasará al espejo a lo largo del camino de la novela realista, que junto a esta herencia de la novela itinerante recogerá en parte esa otra herencia del viaje interior que conduce al descubrimiento de la propia identidad, el grado de la novela de aprendizaje a partir del *Wilhelm Meister*. Pero ese viaje interior conducirá en la novela moderna a ese girar en torno a un laberinto, que muertos ya definitivamente los antiguos héroes, los antiguos mitos, solo desembocará como en el caso paradigmático de Kafka en la angustia de nuestra propia nada.

INDICE

HECHOS

El derecho a la pereza
El retorno a la sociedad incivil
Fatalidad
Canción de Navidad
Naderías
Todavía hay clases
Un lugar para dormir
Más Navidades
Los lirios
Despilfarro
Los cuarenta principales
De moros y de árabes
Niños
Los bárbaros
Centenario
Carnavales
Fiesta brava
Semana Santa
Neoanalfabetismo
Medio ambiente
¿Para qué...?
Rascad al ruso
El largo viaje
Jurasicomanía
El espejo
Atavismos

Ciudad y campo
Equivocaciones
Esos rubios ancianos
China
Algo se mueve
Noble estado
Hace ya cincuenta años
Árboles del sur
Los hijos de la furia
Hay alguien ahí fuera...?
Pobres no
La frágil memoria
Vacas
Desechables
La muerte de una ilusión.
Linares

PALABRAS

Los hechos y las palabras
Musicalia
Un novelista de segunda
Ya nadie canta a Cuba
Guillermo
Orfeo
Piedra muerta
Aniversario
Ese pájaro melancólico y sarcástico
Gente de los cincuenta
La musa soez

El flamenco hoy

Lejano Dostoyewsky

Mi Joyce de los cincuenta

Carta de un letrado carcamal...

El realismo, frustración y sueño

La estrella, la Virgen y la cestita en el río (Nacimiento e infancia del héroe)

DOCUMENTO INÉDITO 3

EL SUEÑO DE UNA SOMBRA
(JUVENTUD Y ALGUNOS AÑOS MÁS).
MEMORIAS INCONCLUSAS

EL SUEÑO DE UNA SOMBRA

Antonio Martínez Menchén

TOMO SEGUNDO

JUVENTUD Y ALGUNOS AÑOS MÁS

Abandoné mi adolescencia cuando abandoné mis pantalones cortos y estrené mi juventud cuando, para examinarme de reválida, estrené mis primeros pantalones largos.

El éxito en el Examen de Estado era, tanto o más que la formación en el nacional catolicismo, el objetivo prioritario del colegio. Recuerdo que en el vestíbulo colgaba un gran retrato de un alumno de dos o tres cursos superior al nuestro, que había alcanzado Premio Extraordinario en la Reválida. Por eso, para poder presumir de buenos resultados, los misioneros matriculaban en el Examen de Estado únicamente aquellos de sus alumnos que pensaban tenían posibilidades de aprobar. El resto, casi la mitad, aunque hubiesen cursado todos los años en el colegio no se inscribían como alumnos del mismo, sino que tenían que matricularse y presentarse por su cuenta.

Yo estuve entre los elegidos por mi colegio para representarlo, aunque un fraile que siempre me tuvo ojeriza dijo que se había opuesto a que figurase entre los seleccionados pues tenía la seguridad de que no iba a pasar el escrito a causa de mi letra ininteligible. Se equivocó.

El grupo que seleccionaron no llegaba a quince alumnos de los alrededor de treinta que constituían mi curso. Tuvo un relativo éxito. Suspendieron a tres o cuatro entre los que se encontraban mis amigos Goyo y Pedrito que luego aprobó en septiembre pues a pesar de su tropiezo era un buen alumno. El resto de los presentados aprobaron, salvo Sisinio de Castro que de acuerdo con su historial durante todo el bachillerato sacó sobresaliente y mi íntimo amigo Luis Gallego y yo que sacamos Notable. Como Sisinio no se presentó a Premio Extraordinario, los frailes no pudieron colgar su retrato en el vestíbulo.

Tras permanecer en casa de mi tío durante todo el tiempo que duraron los exámenes de reválida, una vez terminado el oral tras comprobar en las listas que estaba entre los aprobados, volví a Segovia a esperar tranquilamente las calificaciones definitivas. Después a mediados de septiembre tomé el tren para ir a casa de mi tío Pepe a estudiar Derecho.

Fue precisamente mi tío Pepe quien propuso que yo estudiase Derecho que era una carrera con muchas salidas. Yo, cuando lo propuso mi tío, no tenía ninguna vocación definida. Sabía que lo que más me gustaba y se me daba mejor era la literatura y que la carrera donde se estudiaba literatura era Filosofía y Letras, pero esa carrera no tenía salidas y la única y tampoco fácil era la de profesor de instituto, algo que tampoco me hacía feliz. Así que sin darle más vueltas acepté la propuesta de mi tío que era quien me iba a dar alojamiento y pagar mis estudios.

Estando terminando séptimo nuestro profesor de Matemáticas que lo era también en el instituto de Segovia, nos preguntó si pensábamos seguir estudiando y por qué carrera nos íbamos a decidir. Cuando yo le respondí que pensaba estudiar Derecho me dijo que estaba loco, que yo tenía que hacer cualquier ingeniería. Pero yo tenía al menos en esto las cosas muy claras y le contesté que no podía hacerme ingeniero por dos motivos. El primero económico: Ingeniería era una carrera muy cara pues aparte de los cinco o seis cursos de licenciatura había que añadir los tres que como media se tardaba en ingresar en cualquiera de sus ramas. El segundo, el de mis posibilidades. El me conocía como alumno de matemáticas y como tal podía pronosticarme éxito, pero en los exámenes de ingreso en las escuelas especiales también se pedía dibujo y yo en dibujo era una total nulidad, el peor del curso, incapaz de hacer la O con un canuto. Fue entonces cuando saltó mi amigo Pedrito, el hijo del compañero de trabajo de mi padre, diciendo: Antonio tiene que ser periodista. Y posiblemente esta propuesta a la que nadie prestó atención fue la más sensata que se hizo.

Así que me fui a Madrid para estudiar Derecho en casa de mi tío. Cuando terminé quinto de bachillerato yo estuve más de un mes en esa casa, pero no salía nunca solo, así que cuando tuve que deambular sin guía por la gran ciudad era como un palurdo asustado que no entiende los semáforos y tiembla cada vez que debe cruzar la calle. Pero esa sensación me duró poco. Enseguida comencé a moverme con soltura entre la multitud, a manejar en el metro y a desplazarme por la Villa y Corte.

Mis tíos vivían en Arguelles, en la calle de Galileo casi esquina con Rodríguez San Pedro. Al principio para ir a la facultad de San Bernardo, bajaba andando hasta Alberto Aguilera y continuaba hasta la glorieta de San Bernardo donde tomaba el metro y me bajaba en la siguiente estación de Noviciado cuya salida estaba junto a la puerta de la facultad. Pero pronto dejé de tomar el metro, lo que me ahorra algunas pocas perras y me iba andando cruzando Alberto Aguilera hasta Santa Cruz de Macenado para tomar Amanuel y entrar en la facultad por una puerta que se abría a un patio descubierta interior donde siempre había alumnos jugando al fútbol.

En Santa Cruz de Macenado había unos cuarteles y desde sus ventanas a ras del suelo en las frías mañanas de invierno salía el olor cálido de los caballos que allí estaban encerrados y el también cálido olor de su bosta. También solía encontrarse en aquellas frías y caliginosas mañanas de invierno carritos de reparto con sus caballitos con las patas delante-

ras trabadas para mantenerles inmóviles y el hocico metido en un saco con pienso del que salía una blanca vaharada que pronto se disolvía en la densa y oscura niebla. Todo esto daba a aquel rincón un aspecto provinciano, lejos del tráfico de las avenidas, que me resultaba muy grata porque me recordaba mi añorada Segovia.

Para volver de las clases a comer con mis tíos subía por San Bernardo hasta Alberto Aguilera, bajaba hasta una gasolinera que había justo a Vallehermoso y luego tomaba Rodríguez San Pedro para salir por esta junto a la casa de mis tíos. Pero unos cursos más tarde, cuando hacía buen tiempo, regresaba a casa acompañando a un compañero hijo de un notario que vivía en Rey Francisco, paseando por Princesa hasta volver por un callejón del Barrio de Pozas a Alberto Aguilera junto a Guzmán el Bueno.

A poco de llegar a Madrid descubrí dos cosas. La primera que de todas las materias que podría haber estudiado, la más indigesta para mí era Derecho. La segunda que la casa de mis tíos no iba a resultar un lugar demasiado grato para mí ya que iba a limitar bastante mi libertad.

En mi casa había sido libre. Mis padres nunca habían estado sobre mí de una manera obsesiva vigilando si estudiaba o no estudiaba. Salía los días que no tenía colegio cuando me parecía sin tener que estar pendiente de volver a una hora determinada y si llegaba cuando ya habían los demás comido mi madre me ponía mi plato sin más comentarios. Ciertamente yo no abusaba de ésta libertad. Estudiaba lo suficiente sin necesidad de que me vigilaran y me sometía casi siempre al horario familiar. Además, yo era un niño. Pero en mis años de universidad, cuando ya me creía un hombre, resultaba que seguían tratándome como a un niño. Sí, gracias a mis tíos y por mejor decir a mi tío Pepe yo pude estudiar una carrera. A cambio de ello en buena parte perdí mi juventud.

La casa de mi tío y de ello hice mención en el primer libro de estas Memorias era un piso muy pequeño. Un largo y estrecho pasillo en forma de L conducía en su primer tramo hasta un diminuto servicio con un inodoro y un lavabo. Allí torcía teniendo a un lado una cocina bastante grande con placa de carbón y carbonera y una ventana que se abría a un patio interior y una fresquera con tela de alambre abierta a ese patio. Era en esa cocina donde dormía la perra setter Laverand que tenía mi tío cuando yo llegué a Madrid. En tercero a esta perra se le unió otra hija suya, una bonita setter Gordon negra. Finalmente el pasillo desembocaba en un saloncito que abría su balcón sobre un amplio taller metálico a cielo descubierto. En un rincón frente al balcón separado por una cortina,

estaba el dormitorio de mis tíos con la cama matrimonial y un armario de luna, y a la derecha tras la cocina un cuarto de estar donde transcurría nuestra vida, con una mesa camilla y un mueble cama donde dormía mi prima Patrito.

Como yo no tenía en su piso ningún lugar en que dormir, mis tíos decidieron que durmiese en el piso que tenían en el sótano las dos tías de Maruja, Fany y Chon. El piso era similar al de mi tío solo que el cuarto de estar no tenía balcón, sino una puerta acristalada que daba salida a un pequeño patio.

La habitación que se abría junto al saloncito la ocupaba la hermana mayor de Fany, una viuda a la que por compasión habían cedido el cuarto pero que al poco tiempo no las dirigía la palabra y las lanzaba miradas de desprecio y odio cuando se cruzaba con ellas para encerrarse en su habitación. Yo dormía en un cuarto del pasillo frente a la cocina, sin abertura al exterior y las dos hermanas en dos camas separadas en el cuarto de estar situado junto a la mesa de camilla.

Las dos hermanas formaban parte del equipo de limpieza de Palacio de Justicia conocido como Las Salesas donde estaba instalado el Tribunal Supremo. Se levantaban al amanecer y tras vestirse cuidadosamente se dirigían a la plaza de San Luis para junto con otras mujeres, fregar los suelos de las diversas dependencias del imponente edificio. Sobre las diez regresaba Fany y subía directamente a casa de mis tíos desempeñando diversas tareas hasta la hora de comida en que bajaba a su sótano para comer con su hermana Chon.

Chon era una mujer muy bajita, carirredonda, silenciosa y retraída que subía muy poco a casa de su sobrina. Como tampoco se la veía mucho por el sótano yo siempre he pensado que aquella máquina de fregar suelos tenía otro trabajo a demás de Las Salesas, aunque no supe nada a ciencia cierta pues era tan reservada como poco habladora. Analfabeta, debía de ser de muy cortas luces, casi retrasada. Cuando en cuarto de facultad leí *Gente de Dublín* siempre asociaba a las dos hermanas y especialmente a Chon con las protagonistas del cuento *Barro* del libro del gran autor irlandés. Pienso que no había demasiado motivos para dicha asociación, salvo el ambiente de tristeza y la conmisericordia con que el autor trata al personaje. Muchos años después, cuando mis tíos ya no vivían en la calle de Galileo, me llamó mi tío Pepe para que le acompañase al depósito a identificar el cadáver de Chon. Mi tío me dijo que al cruzar una calle, cerca de Galileo la había arrollado un coche de la policía. De la policía -le dije- Se irán de rositas sin ninguna responsabilidad ni soltar

una perra. Más tarde supimos por las confidencias que le hizo a mi tío un compañero suyo de CORSAN, policía también, que uno de los ocupantes del coche era el tristemente famoso *Billy el Niño*. Supongo que el sádico torturador en su apresuramiento por apresar un rojo al que interrogar, no sentiría demasiado el haber como aperitivo y para abrir boca despanzurado a una vieja.

Fany después de comer en el sótano con su hermana volvía a subir hacia las seis a casa de mis tíos y allí permanecía hasta la hora de cenar en que volvía al sótano para acostarse pronto, pues antes de las cuatro de la madrugada debían de levantarse para ir a Las Salesas. Pero antes había tenido en casa de mi tío su sagrada hora de esparcimiento. En el cuartito que hacía de recibidor y que normalmente nadie ocupaba, sobre una repisa había una radio. Pero esa radio sobre las ocho de la tarde retransmitía por el equipo de actores de Radio Madrid un capítulo de su serial. Y ese capítulo no se lo podía perder la buena mujer por nada del mundo. De pie, pues acaso no se atrevía a sentarse por considerar que aquellas butaquitas destinadas a los escasos visitantes que de tarde en tarde aparecían por allí quedarían mancilladas si posaba en ellas su humilde trasero, permanecía junto a la repisa de la radio como en un trance. Una tarde en que mi tío regresaba de su oficina a la hora del serial, al entrar en el cuarto de estar me llamó. Ven Toni -me dijo-. Cautelosamente salimos al salón y con una risa contenida me señaló a Fany. Estaba escuchando con la boca abierta y expresión bobalicona, completamente subyugada por aquellas voces que salían de la radio. Silenciosamente volvimos al cuarto de estar.

Pobre Fany... Era una de las personas más buenas y cariñosas que he conocido. Adoraba a sus sobrinas y se desvivía por ellas que ciertamente no la correspondía, pues tanto la madre como la niña la trataban con brusquedad y desprecio. Durante la guerra mis tíos había ido a vivir a una casa nueva y lujosa de aquel barrio de Arguelles, no lejos de la de Galileo. Cuando terminó la guerra, con mi tío encarcelado, no pudieron hacer frente al alquiler del nuevo piso y las dos viejas le cedieron el suyo, que era en el que vivía mi tía Maruja antes de casarse con las dos viejas que la habían criado y educado desde que murió su hermana, la madre de mi tía Maruja. Ellas cuando mi tío salio de la cárcel dejaron el piso a mis tíos y se trasladaron al sótano donde yo dormí durante mis años de licenciatura. Siempre humildes, siempre derramando cariño, siempre *Barro*...

Allá por los primeros años sesenta cuando yo trabajaba en el Registro de la Propiedad Industrial y vivía en Usera, no sé como ni quien me avisó

que Fany se estaba muriendo. Era el mes de Junio o Julio, cuando un calor insufrible agobia a Madrid. Me acerqué a la Casa de Galileo, donde estaba el piso que mis tíos habían abandonado hacía tiempo y me dirigí al sótano.

Me abrió una vecina. Está agonizando -me dijo- Si vas a quedarte un rato yo me voy, pues tengo cosas que hacer.

Llegué hasta el cuarto de estar. Fany yacía en su camita y en la cama de al lado estaba sentada Chon. Yo tomé asiento en una silla colocada entre las dos camas. Fany mantenía los ojos cerrados. No había cambiado mucho desde aquellos años en que escuchaba en la radio de mis tíos los seriales de Sautier Casaseca. Si acaso las facciones mas afiladas pero por lo demás no acusaba demasiado el paso de aquella decena de años. Tenía los brazos fuera del embozo. Tomé una de sus manos enflaquecidas y heladas y la mantuve entre las mías, no se si para transmitirle calor o consuelo en el caso dudoso de que pudiera transmitírselo o lo necesitase.

En la cama de al lado Chon estaba sentada en silencio. No me había dicho una palabra. Posiblemente no me había reconocido o acaso, en su profunda abstracción, no había siquiera notado mi presencia. Tenía la cabeza clavada en el pecho, su cara redonda más abotagada e inexpresiva de lo que siempre había sido. Allí, pequeña, casi enana, tenía un aspecto de absoluta soledad e indefensión.

Era la primera vez que estaba con un agonizante, pero no podía engañarme. La pobre Fany estaba agonizando. Continuaba inmóvil, con los ojos cerrados que a veces abría como en un ligerísimo parpadeo. Su respiración era muy tenue, casi inaudible, aunque de vez en vez emitía un pequeño silbido. De un momento a otro, pensaba va a dejar de respirar.

Caía la tarde. En aquel patio, un cubículo de cuatro metros cuadrados, cerrado de un lado por los siete pisos del edificio y de los otros tres por tapias que lo separaban del taller contiguo y los dos patios idénticos de las fincas colindantes la luz había disminuido y ahora el cuarto estaba casi hundido en la oscuridad. Yo me sentí invadido por una profunda sensación de tristeza y melancolía. Miraba a las dos mujeres, la moribunda y su hermana con la barbilla clavada en la pared, sin ver ni posiblemente entender nada, sumida en la más profunda desolación. ¿Qué sería de ella, ella que no servía para otra cosa que para fregar suelos, que siempre había dependido de su hermana, más viva, más inteligente; qué sería de ella cuando la hermana faltase? Era una sensación angustiosa la que en la habitación en penumbra experimentaba ante aquel cuadro de

inmensa soledad, ante aquella mujer que agonizaba mientras sostenía su mano, ella que tan poco había recibido de aquellas a las que había dado todo; una sensación que sabía se desvanecería nada más salir a la calle y respirar el aire cálido, que se desvanecería como la imagen de aquellas mujeres de las que nunca volvería a ocuparme.

Había pasado un buen rato cuando llamaron a la puerta. Me levanté, encendí la luz del cuarto y del pasillo y abrí. Era Pepe, el hermano menor de Maruja que trabajaba en Iberia.

-Hola Toni -este era el nombre que me daba mi tío y todos quienes con él se relacionaban.- ¿Cómo está Fany?

-Muy mal. Creo que le quedan pocas horas de vida.

Llegamos a cuarto y el puso una silla al lado de la mía.

-He estado trabajando y hasta ahora no he podido venir. ¿No han venido Pepe y Maruja?

Hice un signo negativo a lo que contesto con un ademán indeciso, pero en el fondo reprobatorio.

-¿Pero los han avisado?

-No lo sé. A mi no sé quién ni como me avisó. No sé si aquí tendrán el teléfono de ellos o si estarán en Madrid. Lo más probable es que estén en Soria, de vacaciones.

-¿Y Patrito?

-Estará en Linares, donde tiene su novio.

Permanecimos un rato en silencio. Se le veía triste, afectado. De todos sus sobrinos, y Patrito podía considerarse también sobrina, sin duda éste, que era el que menos la había tratado, era el que más apreciaba a la anciana moribunda.

Al cabo de un rato, me dijo

-Te agradezco mucho, que hayas venido a hacerlas un rato de compañía.

- Era lo menos que podía hacer por ella.

Continuamos un rato en silencio. Entonces le dije.

- Pepe ¿vas a estar aquí mucho tiempo?

-Por lo menos una hora. Después tengo que irme. Ya sabes que vivo muy lejos.

- Entonce -le contesté- me voy ya.

Nos dimos la mano y salí a la calle. La ligera brisa del anochecer disipó mi sensación de tristeza y melancolía. No supe cuando murió Fany ni cuando la enterraron ni si mis tíos la acompañaron en su agonía o en su entierro ni si se fue de este mundo tan humilde y solitariamente como había vivido.

Pero ya es hora que vuelva a la Universidad.

LA UNIVERSIDAD

Yo estudié derecho en el viejo caserón de San Bernardo. Las aulas de derecho estaban situadas en el segundo piso al que conducía una imponente escalera. En el primero se encontraban las dependencias de las facultades de Ciencias Políticas y de Ciencias Económicas. A diferencia de la licenciatura de Derecho que duraba cinco cursos, las de Políticas y las de Económicas en la época en que yo estudié duraban únicamente cuatro. Como la carrera de derecho tenía bastantes asignaturas comunes con las otras dos y se convalidaban, bastantes estudiantes simultaneaban sus estudios jurídicos con los de una u otra de ambas facultades.

En primero todas las clases se daban en el Aula Magna. Era una sala enorme en uno de cuyos extremos se encontraba el estrado de los profesores y en el otro unos cuantos peldaños, el más elevado de ellos adosado a la pared, donde se acomodaban- es un decir, porque resultaban muy incómodos- los alumnos que habían encontrado todos los asientos ocupado o que por razones extrañas y variadas preferían permanecer en aquel lugar, el más alejado del profesorado.

Al aula se accedía por dos o tres puertas, no recuerdo bien, laterales y una más pequeña destinada al catedrático y sus ayudantes. Los estudiantes solíamos entrar en tromba y metiendo la mayor bulla posible. Cuando el aula estaba llena se podían reunir en ella más de trescientas personas. Esto ocurría sobre todo las primeras semanas. Después y conforme avanzaba el curso la concurrencia iba disminuyendo. El número de desertores dependía en gran parte de las asignaturas. Donde menos se producía era en Derecho Romano. A pesar de ser la primera clase del día, a las nueve de la mañana y de que su profesor, Ursicino Álvarez era de los pocos que había fijado para los exámenes un libro de texto, el Arias Ramos, siendo las lecciones que dictaba tan sólo una explicación y complemento de aquel, su clase, no sé si porque la asignatura se consideraba la más importante de primero o porque el catedrático, que según creo recordar tenía además de su cátedra un importante cargo en la Tabacalera, era muy simpático, hablaba muy bien y hacía muy amenas sus explicaciones, era el único que mantenía el aula casi llena hasta el fin de curso.

En cambio en el Derecho Natural la concurrencia conforme pasaban los días iba disminuyendo hasta alcanzar límites alarmantes. Por cierto que fue en esta asignatura donde tuve la primera y grata experiencia de un acto que se repetía de vez en cuando: el abucheo generalizado.

Ocurrió en la primera clase de esta asignatura. Estaba ya el aula rebosante cuando por la puerta de los profesores aparecieron el catedrático -creo si no recuerdo mal que se llamaba Puigdocer- seguido de algunos de sus auxiliares. Pues bien, a la cabeza de estos iba un mocito imberbe que aparentaba más o menos la edad de los más aniñados de nosotros, marchando braceando, chulesco y jacarandoso, con sonrisa de superioridad y mirando despectivamente a la concurrencia. Fue aparecer el mocito y desencadenarse la barahúnda. Silbidos, abucheos, frenético pataleo en un escándalo que duró más de cinco minutos, mientras el catedrático que había tomado asiento en su cátedra hacia de vez en cuando gestos pidiendo la pacificación del auditorio y el desencadenador del abucheo continuaba de pie impasible manteniendo la misma actitud con que había entrado. Al fin se hizo la calma y la clase y todas las siguientes durante el curso pudieron desarrollarse normalmente sin otra alteración que como ya he dicho antes, que la paulatina deserción de la asistencia.

Poco después del suceso pude enterarme de quien era el causante del mismo. El mocito se llamaba José María Ruiz Gallardón, acababa de licenciarse y era una de las lumbreras de la facultad, un pozo de ciencia jurídica tan petulante y seguro de sí mismo que se permitía contradecir en algunas cuestiones a los propios catedráticos, lo que por aquellos años resultaba inverosímil. Durante los sucesos del 56 fue uno de aquellos católicos con veleidades levemente aperturistas que se vio implicados e incluso obligado a estar un breve tiempo en la comisaría, pues el caudillo no concebía otra apertura que las de las puertas de las cárceles, y como a pesar de su poca edad ya era un abogado de prestigio, defendió a algunos de los detenidos en aquellos sucesos.

Ruiz Gallardón llegó a ser uno de los abogados punteros de Madrid y su bufete le acarreaba muy sustanciosas ganancias que en buena parte dilapidaba en los casinos, pues según me comunicó no hace mucho un buen amigo mío que no era ajeno a este mundo, era un ludópata consumado. No obstante sus veleidades democrática en los sucesos del 56, continuó siendo lo que siempre había sido: un católico de derechas, juanista destacado y como tal tibiamente hostil a la dictadura. De todas formas como derechista con ribetes de fascista ha sido ampliamente superado por su hijo Alberto, durante un tiempo alcalde de Madrid, megalómano emprendedor de obras faraónicas que dejaron al municipio totalmente endeudado y hoy ministro de justicia autor e impulsor de un proyecto de ley del aborto que nos retrotrae a los tiempos de su bien amado caudillo.

Pero el primer pateo en el que participe era un pateo improvisado suscitado por la actitud provocativa de un niño. Nada que ver con el pateo organizado como un acto ritual con el que inicié el segundo cuatrimestre.

En el primer cuatrimestre estudiábamos Historia del Derecho que en el segundo era sustituida por Derecho Político I. Cuando llegué a la clase inaugural de la asignatura que sustituía a Historia del Derecho, me encontré el aula llena hasta el punto que numerosos alumnos tenían que estar de pie y casi tan apiñados como en el metro. Pregunté a un compañero “qué pasa aquí” y me respondió: “son los repetidores que vienen a patear a Conde”.

Javier Conde era el catedrático de la asignatura. Hombre de gran prestigio intelectual dentro del régimen había estudiado en Alemania con Carl Schmit, ideólogo del nazismo, y había adaptado las doctrinas de su maestro a la situación española con su teoría del caudillaje. El régimen le supo agradecer su apoyo ideológico y entre otras gabelas tenía la de director del Instituto de Estudios Políticos. Mas tarde cuando Franco viendo los derroteros que tomaba la guerra mundial intento separarse de la causa nazi que con tanto entusiasmo había apoyado en los primeros años de su mandato, comenzó a dar de lado a los elementos mas destacados de esta ideología que tanto habían influido en su régimen al principio, comenzando por el *cuñadísimo*. De ahí que la estrella de Conde se fuera paulatinamente apagando; pero en los años en que fue mi profesor aún brillaba en todo su esplendor.

Javier Conde era uno de los profesores malditos, una de las bestias negras de la facultad de Derecho que erigía en primero de la carrera una barrera difícil de salvar, de ahí que se había constituido como un rito el que a su clase inaugural acudiesen sus numerosísimos repetidores, algunos de hasta tres o cuatro cursos superiores, para mostrar ruidosamente su rechazo. Cuando yo andaba por cuarto o quinto no sé si el rito continuaba y ni siquiera recuerdo si Conde seguía en la facultad. Lo que si recuerdo bien fue aquel pateo que se prolongo casi un cuarto de hora sin que el profesor se inmutase. Cuando al fin cansados, los repetidores abandonaron el aula, el catedrático comenzó su lección como si no hubiera pasado nada. No sé si fue entonces o en alguna clase posterior cuando dijo: “Este curso, para aprobar, van ustedes que aprenderse de memoria *El Capital* y en alemán”.

El Derecho Político I era una barrera que se alzaba nada comenzar la carrera para continuar avanzando en ella. Pero no era la única. También

estaba el Procesal de Guasp, el Mercantil de Joaquín Garrigues y sobre todo, posiblemente la más dura, el Civil I que se daba en segundo de facultad impartido por Federico de Castro. Sin embargo en ninguna de estas asignaturas existía la ceremonia del pateo organizado como en la de Conde, acaso porque Procesal y Mercantil se impartían en los dos últimos cursos donde ya el alumnado había disminuido notablemente y con él los repetidores, que sin el abrigo del Aula Magna y habían abandonado sus hábitos festivos. Ni siquiera en Civil de segundo, donde Castro batía el record de suspensos, a nadie se le ocurrió organizar una ceremonia parecida. Don Federico, por su seriedad y prestigio intelectual imponía a todos un gran respeto y a lo más que se llegó fue dentro de las diversas actuaciones que se organizaban en la tradicional Fiesta del Rollo que se celebraba con motivo del paso del ecuador de la carrera, al terminar el primer cuatrimestre de tercero, estrenar una piececilla teatral con canciones de tipo revisteril, titulada “Proceso en Castro” en que se satirizaba con bastante gracia la dureza de aquella asignatura. La pieza tuvo un gran éxito, de forma que se repuso en años siguiente y su autor extendió su inventiva a otras facultades con obras similares ajustada a las diversas facultades donde se representaba.

El hecho es que entre estas y alguna otra muralla, pasado el ecuador ya no se necesitaba el Aula Magna y en cualquier aula con la cuarta parte del aforo de aquella cabía ampliamente la concurrencia. Esto se debía en parte al cada vez mayor absentismo de los alumnos matriculados, y sobre todo porque un gran número de los matriculados en primero no habían sido capaz de superar los obstáculos y habían desistido de alcanzar la licenciatura.

Naturalmente como en todas las cosas, el dinero tenía sus ventajas. Los que tenían medios para ello, después de repetir un par de veces la asignatura que se les había atragantado, recurrían a buscar terreno más propicio para superarla. Había una lista de otras facultades más propicias para aprobar los huesos más duros en la de Madrid y todos los años había un trasiego de matrículas a Santiago, Valladolid, Salamanca, Murcia, Granada e incluso La Laguna, dependiendo de la facultad que tuviese la fama que en ella el hueso que se les había atravesado era un coladero. Pero para esto el tráfuga tenía que disponer de medios económicos suficientes para poder afrontar su nueva residencia.

Yo en primero cometí la novatada de asistir puntualmente a todas las clases, aburriéndome soberanamente en casi todas de ellas y sin obtener el menor fruto en ninguna, pues mientras el profesor exponía su lección

estaba pensando en las Batuecas. También asistía con la misma asiduidad a las clases prácticas que teníamos algunas tardes, pero estas para mí eran una pequeña liberación pues así me libraba de estar sentado en la mesa de camilla junto a mi tía, haciendo que leía un libro de texto por el que se deslizaba mi vista mientras mis pensamientos estaban totalmente alejados de aquellas materias que me resultaban totalmente indigesta.

Como ya he dicho, muchos de mis compañeros, más avispados, iban abandonado la asistencia conforme avanzaba el curso. Los lugares para desertar eran múltiples sin alejarse de la facultad. En primer lugar estaba el amplio patio que había entrando por Amanuel, donde en uno de sus laterales estaban ubicados el bar y el comedor del SEU, y que un grupo de alumnos habían convertido en su campo de fútbol. Era como volver a mis días colegiales, pues lo mismo que nosotros jugaban con una gran pelota de goma e improvisaban las porterías con sus propias prendas de vestir. Se dividían en dos equipos y se ve que hacían una selección previa para elegir a los participantes pues todos jugaban muy bien. No eran siempre los mismos pero la mayoría eran bastantes constantes. Pero el que nunca faltó durante todos los años en que permanecí en la facultad era un muchacho gallego, un artista con la pelota en los pies. Con la pelota he dicho, porque como me aclaró un compañero de constitución atlética que estaba federado y jugaba en un equipo de Madrid no sé si de Primera Regional o Tercera División “Ese chico es muy bueno jugando con pelota y en un patio de colegio, pero habría que verlo con un balón y un campo reglamentario. No creo que tenga condiciones físicas para que destacase en un campo de verdad y en un partido de verdad”.

Pero como ya he dicho aquel patio convertido en campo de fútbol no era el único lugar que se ofrecía a los desertores de las clases. El bar estaba bastante frecuentado organizando tertulias frente a un vaso de tinto y, si alguno se encontraba pudiente y generoso, una lata de berberechos. Y ya fuera de la facultad, enfrente de su entrada principal en la calle de San Bernardo, un bar que sacaba a su puerta tres o cuatro mesas para los jugadores de mus, algunos de los cuales probablemente antes de desertar de las clases habían jugada sus partidas en el lugar más alejado de la cátedra en el Aula Magna las filas de asientos escalonados adosados a la pared del fondo.

En la misma acera que el bar, pasada la calle el Pez, había un salón de billares bastante frecuentado. Como tenía varias mesas de pin-pong, yo, cuando a partir de segundo disminuí mi asistencia a las clases, como no había abandonado mi pasión por este juego también lo visité con fre-

cuencia unas veces para jugar algunas partidas y cuando no tenía fondos para ello, situación la más frecuente, para mirar. El local tenía un equipo federado por lo que había gente que jugaban muy bien y el propietario del local, un hombre bajo y bastante fuerte, había ganado varios campeonatos de la Federación madrileña. Tenía un gran juego defensivo y alguna vez que me vio jugar como yo también tenía un buen juego defensivo me alabó diciendo que aunque no estaba aún para federarme si persistía podría hacerlo pronto, lo que me llenó de satisfacción.

En la acera de enfrente, donde estaba la puerta principal de la Universidad y tras cruzar la calle Noviciado, había un bar del que nos llegaba el olor de los calamares fritos y pasado el bar otra de las tentaciones que aquella calle nos ofrecía: el cine X. El cine X, con sus programas doble y su módico precio de tres pesetas, era uno de los pocos cines que funcionaban en horario de mañana. Abría a partir de las 10 y continuaba en sesión continua hasta su cierre a la una de la noche. Yo caía una vez abandonada mi costumbre de primero de asistir a todas las clases en aquella tentación tan a mano. Recuerdo que mi amigo César Santos Fontela me llevó una mañana a ver una película de un género que hasta entonces había despreciado: el musical. La película era *Un día en Nueva York* y a partir de ella mi valoración del género fue muy distinta.

César, un cinéfilo que llegaría a ser uno de los más famosos críticos españoles era ya un fanático del musical. Continuó siéndolo. Durante las décadas del 70 y 80 se desarrolló la moda de los fascículos. En las papelerías y puestos de periódico todas las semanas aparecían fascículos que a lo largo del año y una vez encuadernados formaban diversas obras de los más variados temas, desde la Historia del Arte a la de la Música y la de la Ópera, profusamente ilustradas y algunas de gran calidad. Naturalmente esta moda pasó antes de que acabase el siglo. Hoy la gente no lee ni enciclopedias por fascículos ni absolutamente nada, salvo, en el caso de que los lean cosa que dudo, enormes novelones prefabricados de temas que van variando con las modas y que se venden por decenas de millares en todo el mundo.

El caso es que allá en los años setenta la editorial *Burulan* publicó en facsímiles semanales una *Enciclopedia del cine* en 8 tomos. La enciclopedia tenía la originalidad de estar dividida en capítulos de acuerdo con los diversos géneros cinematográficos y que cada género se encargaba de desarrollarlo un especialista distinto. Mi viejo amigo César se encargó de desarrollar el Musical, lo que demostraba que aquella devoción que sentía por él en nuestros años universitarios continuaba vigente. Unos años

después *Alianza Editorial* en su colección de *El libro de Bolsillo* publicó un libro que tuvo bastante éxito *Las 100 mejores películas de la historia del cine*. El autor *John Kobal*, había confeccionado su lista pidiendo a diversos críticos y hombres de cine acreditados de diversos países que confeccionasen una lista de sus diez películas preferidas y de acuerdo con el número de veces citadas en las respuestas estableció la lista de las cien que encabezaba el inevitable *Ciudadano Kane*. Mi amigo César fue uno de los críticos consultados. Su lista la encabezaba *Cantando bajo la lluvia* y también aparecía *Un día en nueva York* película que hacia cuarenta años vimos juntos en el cine X. Me alegró que en ella también figurase una película de entonces hoy bastante olvidada, *Milagro en Milán* de *De Sica*, película que le entusiasmo hasta el punto de verla diez veces en aquel año. La mayoría en su lista de películas se correspondían a aquellos años de nuestra universidad e incluso a años muy anteriores, lo que demostraba que mi amigo se mantenía fiel a sus gustos juveniles o que el cine había producido muy pocas obras maestras después de aquellos años.

Pero aquellos lugares tentadores en los alrededores de la facultad no eran ni mucho menos capaces de absorber y justificar la notable disminución del alumnado que se producía conforme pasaban los meses y los años. Estaban los que simplemente iban muy poco o no iban. También un gran número que consideraban más útil estar estudiando en la biblioteca que atendiendo a la mayoría de los profesores. Finalmente estaban los que yendo a San Bernardo, preferían permanecer en los pasillos entrando tan sólo en algunas clases.

En los pasillos se formaban tertulias de lo más variado. A mi en primero, entre clase y clase, me gustaba una que siempre estaba comentando el *Marca* y hablando de fútbol. La encabezaba un muchacho rubio, delgado y nervioso que debía ser un experto por la suficiencia con que peroraba. Una vez le escuché como analizaba la noticia que traía el *Marca* de una nueva táctica que se había impuesto en el fútbol brasileño: *la diagonal*, y como mostraba a los demás las ventajas que ofrecía el despliegue de aquella posición de los futbolistas en el terreno de juego. Su padre debía estar relacionado con el cine, pues otro día le escuché como su padre y otro amigo estaban escribiendo un guión de *Las glorias de don Ramiro*, de Enrique Larreta.

Desde luego en los pasillos de la Facultad de derecho el periódico que más se leía, por no decir el único periódico que se leía, era el *MARCA*. Al menos en una primera impresión el fútbol era la preocupación predominante entre los estudiantes de derecho aquel año 48 en que yo comencé

mis estudios y aún algunos años después. Por eso el único acto de protesta que yo recuerdo de mis años de estudiante fue una manifestaciones en los años cincuenta hacia la Federación Española en protesta porque con motivo de un partido contra Italia no habían puesto según decían todas las entradas o una buena parte de ellas a la venta. No sé si esa manifestación llegó a su término o fue disuelta antes por la policía armada que actuó con contundencia. Recuerdo una carga en la Plaza del Rey y a un guardia que corría tras el jefe del SEU de nuestro distrito llamado Mezquita mientras descargaba repetida y contundentemente su porra contra su gordo trasero falangista. Por cierto que aunque no vi aquel partido leí en el YA, que compraba mi tío que los italianos ganaron por 3 a 1 y nos dieron un soberbio baño que obligaron a cambiar radicalmente al entrenador español y al equipo que iba a ir a Brasil a jugar el mundial. Italia que tenía un gran equipo no pudo ir. La base de aquel equipo era el Torino y todos los jugadores de aquel gran Torino perecieron en un accidente de aviación.

Desde luego lo que no preocupaba o parecía no preocupar a los estudiantes de mi generación era la política. A veces algunos falangistas quienes eran los que mas se hacían notar, tenían discusiones con los pocos juanistas que osaban levantar la cabeza. Pero esto ocurría raramente y la indiferencia política era lo dominante.

A pesar de estas apariencias todos los universitarias éramos obligatoriamente falangista aunque no tuviésemos el carnet de falange pues entre los papeles que teníamos que firmar al matricularnos estaba uno en el que jurábamos los principios fundamentales del movimiento y otro en el que nos integrábamos en el SEU, el Sindicato Universitario obligatorio, único y falangista.

El SEU de Derecho estaba ubicado en la Plaza de Matute. Ya he hablado del Jefe del distrito, Mezquita, un gordinflón jovial. En realidad en aquella oficina no había casi nada que hacer y generalmente estaba muy poco concurrida. Yo fui una vez porque me dijeron que daban libros, pero mi chasco fue cuando vi que los libros que daban no eran los oficiales de las diversas asignaturas que se seguían por un texto preparado por un profesor, sino unos cuantos libros que al no ser los de texto, no servían absolutamente para nada. Así que olvidándome de aquella presunta ayuda del SEU, me hice con los libros oficiales unos a través del préstamo de algunos amigos de cursos superiores que los conservaban y otros como gran parte de mis compañeros, comprándolos en las librerías de lance Pepita, Felipa, o La Casa de la Troya.

El trámite más importante que se gestionaba en aquella y similares oficinas de otras facultades era la gestión de las becas de comedor. Esta gestión en el caso de ser positiva proporcionaba al interesado una tarjeta que había que renovar cada mes con treinta cupones que se iban cortando, uno por comida o cena, y que eximían del pago del servicio. En los comedores del SEU se podía comer o cenar por un precio muy módico – creo que en la época en que yo estudiaba la carrera no llegaba a dos pesetas-. El de Derecho estaba situado en el patio de la facultad, en San Bernardo, pero había también otros comedores en las facultades de Filosofía y Letras, Medicina, Farmacia, Ciencias y Veterinaria que yo recuerde. Todo universitario podía utilizar cualquiera de estos comedores con independencia de la facultad en que estudiase.

La obtención de las tarjetas con los 30 cupones de comidas gratuitas no era demasiado difícil, pero estaba sujeta a una total arbitrariedad. En teoría había una serie de requisitos que daban derecho a adquirirla: residencia familiar fuera de Madrid – este en principio era inexcusable- carencia de medios económicos de la familia, expediente académico, pero esta teoría se subordinaba a una práctica en la que reinaba la arbitrariedad y el nepotismo. Ser de falange y amigo del delegado o caerle a este simpático por los más diversos motivos aseguraba el logro de la tal tarjeta con mucha más seguridad que ser hijo de un obrero de fuera de Madrid o un brillante expediente académico.

Yo no necesitaba solicitar tarjetas de comedor ya que comía y cenaba en casa de mis tíos, por cierto muy bien, lo que si era una gran ventaja también resultaba un inconveniente pues debía de estar en la mesa antes de las dos y media y antes de las diez, lo que era otro obstáculo a mi libertad. De todas formas, si no hubiera tenido familia en Madrid y la hubiese necesitado no me hubiera sido difícil lograrla pues además de cubrir los requisitos de faltas de medios y buen expediente contaba, y esto era lo más importante con la amistad de Paco Malo.

Conocí a Paco Malo en una de las clases prácticas en las que entrábamos en el mismo grupo por la afinidad de apellido, la M. Era un muchacho jovial y simpático y enseguida hizo amistad conmigo pues le caí muy bien. A ello podía contribuir que los dos éramos de la provincia de Jaén. Paco y su hermano mayor del que no recuerdo el nombre eran de Quesada, hijos de un terrateniente acomodado por lo que no deberían tener las becas de comedor de que ambos disfrutaban. Que yo sepa, Paco no era falangista. No sé si el hermano lo era, pero el caso es que gozaba de gran predicamento en el SEU sin que pueda decir porqué. Aunque

estudiaba derecho, Paco estaba mucho más unido a la facultad de Farmacia. Ambos hermanos eran miembros de la Tuna de esa facultad y tenían novias que estudiaban en ella. No sé el hermano, pero Paco tras un larguísimo noviazgo acabó casándose con aquella novia. Un par de años después de habernos licenciado me lo encontré y me dijo que para el año siguiente pensaba casarse. Lo decía sin el menor entusiasmo. “Estoy harto de ella. Varias veces he pensado en romper, pero para qué. Echarme otra y empezar de nuevo, empezar haciendo las mismas gilipolleces y aguantando las mismas chorradas. Mejor casarme con esta y terminar de una vez”. Poco después de ingresar yo en el Cuerpo Técnico de Administración Civil me lo volví a encontrar. El llevaba tres años como funcionario del Cuerpo técnico del Ministerio de trabajo y se había ya casado con su novia de siempre.

La principal actividad del SEU era el negocio de los apuntes. No sé en otras facultades, pero en Derecho, en el vestíbulo había instalado una oficina destinada a la venta de los apuntes de aquellas asignaturas cuyo profesor no había señalado ningún libro, muchas veces del que él era autor, para examinarse sino que la materia de examen eran sus explicaciones en cátedra. Pues bien el tomar apuntes de dichas explicaciones suponía una total asistencia a las mismas y una habilidad para escribir sobre la marcha las explicaciones del profesor que muy pocos tenían. Esto lo suplía el SEU montando su pequeña industria pues como es natural los apuntes había que pagarlos. Un taquígrafo tomaba literalmente las explicaciones que luego corregidas se pasaban a máquina y tras fotocopiarlas se ponían a la venta en aquella oficina del vestíbulo. Las entregas se hacían cada quince o veinte días y comprendían cuatro o cinco lecciones magistrales. A veces estas entregas se retrasaban más de lo conveniente y las jóvenes encargadas de la venta debían soportar la protestas a veces airadas de los estudiantes, como si la puntualidad de las entregas dependiesen de ellas. Los apuntes muchas veces estaban mal tomados y resultaban de difícil comprensión, pero pese a todo servían para poder preparar los exámenes.

Si el negocio de los apuntes era la actividad más destacable y útil del SEU, con el tiempo y conforme pasaban los cursos también descubrí que el sindicato falangista no descuidaba las actividades culturales.

Ya en primero entré en contacto con una de ellas, la publicación y reparto gratuito de una revista titulada *La Hora*. Se entregaba en la misma oficina que distribuía los apuntes y no estaba tan solicitada como aquellos, pues la gran masa de los alumnos no se desvivía por los acontecimientos culturales.

No recuerdo ahora si la publicación de la revista era mensual o semanal. Si que en ella la mentalidad falangista era dominante. Había en su tono general una exaltación de lo español de acuerdo con el ideario joseantoniano, un desprecio a la cultura norteamericana y a la democracia materialista y un respeto por la cultura europea, especialmente por la francesa y alemana. Todo esto lo digo de una manera generalizadora, pues he olvidado casi todo lo referente a esta revista que hoy en todos los sentidos me resulta tan lejana.

En la revista, aparte de algunos artículos de carácter ensayístico que eran los más doctrinarios, se insertaban críticas y comentarios de literatura, de bellas artes de cine y de teatro y algunos relatos cortos. Esta parte era la que más me interesaba.

Hoy, por lo que recuerdo, puedo ver que entre los firmantes no había uniformidad de pensamiento y opinión política. Así junto a la crítica de cine que desarrollaba el falangista Marcelo Arroita Jáuregui en permanente cruzada contra el omnipotente y taquillero cine americano y a favor del cine francés, el nuevo cine italiano y el cine mejicano personificado por Emilio Fernández, hoy injustamente olvidado, uno encontraba en la sección de teatro la firma de Alfonso Sastre que comenzaba a desarrollar su teoría del teatro social.

Entre los diversos relatos que publicaba la revista creo recordar, aunque no estoy seguro que en ella aparecieron algunos firmados por Ignacio Aldecoa. La calidad de los relatos por lo general no me impresionaba. Un amigo mío, el único amigo falangista que tuve en la facultad, Pepe Aragón, un año se dirigió a su compañero de partido y factotum de *La Hora* Gabriel Elorriaga interesándose por publicar algo en la revista, a lo que Elorriaga le respondió despectivamente que para publicar en *La Hora* había que escribir muy bien.

Aquella respuesta despectiva era muy propia del personaje que se la dio. Elorriaga, desde el primer año de faculta, andaba por la facultad con aire triunfante. Presumía de guapo y un día se presentó acompañado de su madre, una dama de aire aristocrático, elegante y con una apariencia juvenil que contradecían los años que en realidad tendría. Otra vez corrió el bulo, o lo hizo correr, que a una renombrada actriz francesa que había venido a Madrid se la había ligado.

Aquello de que para publicar en *La Hora* había que escribir muy bien intentaba demostrarlo poniéndose él como ejemplo. Era uno de los más asiduos colaboradores de la revista. La mayoría de sus artículos eran

de carácter doctrinal, pero como yo no solía frecuentar aquellas muestras del pensamiento teórico falangista la única colaboración que leí suya es un cuento que milagrosamente y por estos extraños mecanismos de la memoria aún recuerdo y no precisamente por su bondad. El cuento narraba como un joven había venido a estudiar derecho a Madrid y se había instalado en una casa de pensión de un barrio popular. A partir de aquí, desplegaba una serie de recursos de costumbrismo barato para descubrir la sordidez moral e intelectual de aquel lugar, incluyendo el de una vecinita que se había echado como novia. Por fin, cansado de aquella vulgaridad en que había caído, se trasladó a un Colegio Mayor donde se le abrieron las puertas del cielo en aquel ambiente altamente cultural que era el único adecuado para cualquier universitario. Una joyita de cuento.

Hace bastantes años me encontré con Morgado, aquel compañero hijo de un notario con quien hice amistad en los primeros cursos de carrera y muchas veces volvía a casa caminando juntos por Princesa y era quien a final de curso recogía las papeletas de los exámenes y me las mandaba a Segovia. A pesar del tiempo transcurrido nos reconocimos y decidimos entrar en un café para charlar un poco.

Hablamos de varias cosas y entre ellas me contó que había estado en una comida organizada por antiguos alumnos de nuestra promoción. Me comentó que entre ellos estaba Elorriaga que a pesar de tener ya el pelo blanco seguía siendo el niño más guapo de la reunión. Continuaba viviendo y al parecer bastante bien de la política aunque como tantos otros de sus antiguos camaradas había cambiado de partido y ahora era ideólogo del PP. Entre otras gabelas dirigía un gabinete de estudios del partido. Alguien le preguntó que, como politólogo, cual era su opinión de la situación política actual y con la misma suficiencia con que había dicho a mi amigo el falangista Pepe Aragón que para publicar en *La Hora* había que escribir muy bien, -véase el cuento antes mencionado- contestó a su interrogador que el opinar sobre la situación actual requería un análisis en profundidad a la que no se prestaba una comida de antiguos compañeros. Genio y figura. Más tarde vi en TVE que su niño también era un alto cargo del PP y es que el vivir de la política se lleva en los genes y como las tierras de los latifundistas se transmite por herencia libre de impuestos.

Desde luego aunque la universidad de mi tiempo no brillaba por sus preocupaciones intelectuales también de vez en vez nos sorprendía con algún inesperado acontecimiento de este tipo. Recuerdo que no sé si cuando cursaba primero o segundo, alguien nos avisó que en una de las aulas se iba a proyectar dos películas que poseía Ernesto Jiménez Caba-

llero. Yo por entonces tenía una vaga idea de quien era aquel personaje. Más tarde supe que era un poeta surrealista muy relacionado con los grandes intelectuales de la república y que después había sido uno de los pilares estéticos del Nuevo Régimen, patrocinando una arquitectura imperial, herreriana, y aplicando su surrealismo para adular al caudillo que a diferencia de los militares de los pronunciamientos “no tiene sable. Por no tener en su atuendo habitual, ni pistola. Solo se ve en el bolsillo de la guerrera una pequeña varita negra y plateada. He ahí su bastón de mando, su vara. Su porra, su falo incomparable”, escribió en un artículo de *Arriba España* de Pamplona que recogen Manuel Sueiro y Díaz Nostoy en *Historia del Franquismo*. Naturalmente el falo incomparable era la estilográfica con que confirmaba las penas de muerte a la hora del café. Entre otras actividades que desempeñó en la posguerra estaba la de visitar las cárceles para adoctrinar en sus charlas de asistencia obligatoria a los reclusos sobre las glorias del nuevo régimen que los había encarcelado y a muchos condenado a muerte. En mi novela *Patria, justicia y pan* atribuyo esta actividad a uno de sus protagonistas, aunque procuro que no se confunda con el personaje real al que cito expresamente para evitar el posible equívoco.

Pues bien, fui al aula donde en una pantalla improvisada y con un proyector de 8 milímetros se iba a realizar la proyección. La primera película la había rodado el propio Giménez Caballero aunque debía tener mucha influencia de Ramón Gómez de la Serna pues en ella aparecía el propio Ramón en sus escenarios predilectos, el rastro y la verbena, asomando su gorda y redonda cara tras los muñecos pintados contra los que se arrojan pelotas de trapo. Pero el número inesperado y sorprendente era una versión con subtítulos en francés de *El perro andaluz* de Luis Buñuel.

La película nos dejó pasmados. La mayoría reaccionó cachondeándose de ella, fijándose únicamente en las escenas eróticas como el juego con los hermosos senos de la protagonista. Otros, los menos, la tomamos más en serio y empezamos a buscar significados y símbolos. Yo que ya había leído algo de Freud empecé a buscar simbologías freudianas en varias de sus secuencias. La obsesión erótica por los senos era por supuesto una regresión a traumas de la infancia, las hormigas en las manos, la masturbación. Otros destacaban los elementos antirreligiosos de Buñuel con los curas y los caballos muertos arrastrados. En fin, que había interpretaciones para todos los gustos y que aquel perro andaluz revolvió aunque mínimamente el agua estancada de nuestra facultad.

Pero yo, en aquel primer y parte del segundo curso, tampoco disponía de tiempo ni ocasiones para escarceos culturales. Seguía sujeto a

la dictadura familiar. Mi tío había heredado de su nefasta familia paterna una serie de tic disciplinarios entre los que se encontraba que a las horas de las comidas y cenas todos teníamos que estar sentados a la mesa. Además a esto se añadieron algunas obligaciones como sacar a la perra por la tarde y por la noche. Creo que fue en segundo cuando empecé a ir a recoger a mi prima por la tarde a la salida de su colegio de Las Agustinas situado en la calle de General Pardiñas y que era el mismo en que había estado algunos años su mamá llevada por su padrino, y en el que en circunstancias muy distintas habían estado mi mujer y sus hermanas sufriendo como hijas de rojos y alumnas pobres la saña de las hermanitas que describo en mi novela *Pro patria mori*. Y en los dos primeros cursos tenía que pasarme buena parte de la calle sentado en la mesa de camilla haciendo como que estudiaba.

Mi tía sin hacerlo demasiado ostensible, desde el principio mostró hostilidad hacia mí. Era natural que no le hiciese mucha gracia el tenerme en su casa a cama y mesa, y cuidando de mi ropa. Además notaba que su marido tenía una predilección por aquel sobrino que también debía de molestarla.

A todo esto hay que añadir que en aquella época estaba loca de celos pues presumía que mi tío estaba liado con una joven de su oficina que al quedar embarazada había abandonado Corsan. Mi padre me contó que un año antes de ir a estudiar yo a su casa, estando en Madrid habían tomado un tranvía con mi tío y en él se subió también Maruja que los iba siguiendo, y se produjo una escena violenta en la que mi tío de malos modos se desembarazó de su mujer y luego presentó a mi padre su amante, que era una guapa muchacha muy superior físicamente a mi tía que era más bien feucha.

Creo que estaba ya a finales de carrera cuando una noche de principio de verano al salir a pasear a las perras bajó conmigo mi tío como muchas veces hacía, pero en vez de dirigirnos al descampado que había enfrente del amplio depósito de tranvías en la calle de Rodríguez San Pedro y entrar en el amplio descampado que ahora es la plaza del Valle de Suchil y soltar a las perras para que corriesen por él mientras nosotros paseábamos charlando, nos dirigimos a Alberto Aguilera y nos sentamos en una terraza de aquel bulevar, y mientras nos tomábamos los dos refrescos que mi tío había encargado con las perras tendidas a nuestros pies, con un tono melancólico me contó una historia. Era una historia personal, extraordinariamente personal, una historia que no le favorecía especialmente, un secreto amoroso que estoy seguro nadie salvo los pro-

tagonistas conocía. Un secreto donde se sacrificaba el amor a los convencionalismos sociales y del que en aquel anochecer veraniego, me hacía partícipe. Yo supe ser fiel a aquella confianza, reflejo del gran cariño que siempre sintió mi tío por mí, pese a su actitud a veces contradictoria, y jamás he descubierto a nadie, ni siquiera a mi padre, aquel secreto. Tampoco voy a hacerlo cuando los actores llevan tantos años muertos, en estas memorias.

He hablado de la actitud contradictoria de mi tío. Por supuesto las muestras positivas hacia mí, comenzando por pagarme las matrículas de los estudios y alojar y mantenerme en su casa contra viento y marea eran numerosas. Cada fin de semana me daba 10 pesetas para mis gastos. En aquel tiempo aquello era bastante dinero ya que una butaca de un cine de programa doble costaba una media de tres pesetas y una entrada general para un partido de fútbol unas cinco pesetas. Mis tíos tenían un abono en el Bernabéu donde iban los dos cuando jugaban el Real Madrid, pero algunas veces me acompañaba al Metropolitano para ver al Atlético, del que yo era partidario. Estas visitas al campo del Atlético se hicieron a partir de mi tercer año en Madrid cada vez más frecuentes, de tal manera que apenas acabada la comida dejaba en su casa a mi tía y los dos juntos subíamos andando hasta el Metropolitano, sacaba las dos entradas comprándolas a algunos de los reventas que pululaban junto a la puerta de entrada una o dos pesetas más caras de su precio para no ponernos a la cola de las taquillas y tras acomodarnos como podíamos en el inmenso graderío del fondo, disfrutábamos del partido. Después, tras tomarnos una cerveza en un bar que había a la salida del estadio, esquina Reina Victoria, volvíamos charlando tranquilamente a casa deshaciendo el camino de la ida.

A mi tío le encantaba hablar conmigo. Cada vez, conforme avanzaban los cursos, fueron más frecuentes las noches en que después de cenar cuando yo sacaba a las perras él me acompañaba. Subiendo por Rodríguez San Pedro y nada más cruzar Vallehermoso enfrente del depósito de tranvías había un gran descampado donde soltábamos a las perras y mientras ellas correteaban libremente nosotros hablábamos mientras paseábamos. O por mejor decir hablaba él. Le gustaba recordar cosas de su juventud, en los años de la República, cuando estaba estudiando los cursillos para oficial de aviación y después cuando ya oficial era observador en Cuatro Vientos. Hablaba de aquellos años con entusiasmo, presentándose como un señorito rumboso, deportista, pendenciero y mujeriego. Le encantaba hablarme de sus éxitos juveniles con las hembras, aunque fuesen las pupilas e incluso la madam de una casa de putas. Me decía.

”mira Toni, uno no se divierte de verdad hasta que no sale con mujeres. Por eso tienes que estudiar y conseguir una buena posición que te de dinero; porque a las gachís lo único que las atrae de verdad es el parné. En esto son todas iguales”. Y así, en aquellas tibias noches de primavera permanecíamos paseándonos casi una hora por aquel descansado en el que a veces brillaba la fogata que había encendido junto a su caseta el vigilante de la obra que se había de iniciar en él, hasta que las dos setters, ya cansadas de corretear se acercaban rogándonos en su mudo lenguaje que las llevásemos a casa. Pero no obstante estas muestras de cariño había otros detalle, y de ahí el carácter contradictorio de su relación, detalles de suma importancia, que me inducían a dudar de ese cariño. En principio, aunque el nunca me lo dijo, yo deduje que mi estancia en Madrid dependía de que no repitiese ninguna asignatura. El no me había dicho nada sobre esto, pero era algo que yo intuía, un espada de Damocles pendiente sobre mi cabeza.

Segundo fue mi año catastrófico. En el estaba uno de los mayores obstáculos de la licenciatura, El Derecho Civil parte general, el temible Castro. Era casi natural y obligado tropezar con él, pero lo que nadie podía esperar, ni yo mismo, es que de las cuatro asignaturas que componían el curso solo aprobase una, el Derecho Penal y esto porque ese año se jubilaba Cuello Calón, su catedrático y dio aprobado general. Cuando abrí el sobre en que mi amigo Morgado me enviaba las papeletas todos quedamos desolados y mi padre se llevó uno de los mayores disgustos de su vida al ver como se derrumbaban las esperanzas que durante el bachillerato había puesto en su primogénito. El también comprendía que aquello daba fin a mis estudios.

Mi tía Pepita también debió de entenderlo así pues me dijo que iba a hablar con su amigo de infancia, Epifanio Ruidrejo, a la sazón director del Banco Español de Crédito, para que entrase en el banco ya que a primeros de Diciembre habían convocado plazas para auxiliares en Madrid y que me presentase a ellas.

Mi tía dio aquello por hecho y yo, sin preocuparme demasiado de las asignaturas pendientes empecé a ir a una academia que había en Segovia para preparar a los que aspiraban a ingresar en la banca, especialmente mecanografía. Recuerdo que un día me encontré con mi profesor de ciencias de mi bachillerato que puso el grito en el cielo diciendo que cómo un estudiante tan brillante como yo iba a terminar en esa horrible cueva que son las oficinas bancarias; que si había tenido un mal curso era cuestión de corregirme y estudiar para enmendar el tropiezo. No me convenció.

Así que sin hacer mucho caso de las asignaturas pendientes pues daba definitivamente por perdidos mis estudios de derecho, comencé a preparar mi examen para ingresar en el banco especialmente la mecanografía pues las otras pruebas eran de cultura general y no tenía que preparar nada. Yo no había visto hasta entonces una máquina de escribir, así que cuando llegué a la sala de examen del Español de Crédito donde había unos 25 o 30 aspirantes, después de hacer una redacción sobre los Reyes Godos, me senté delante de mi máquina y empecé a copiar de un impreso que nos habían dado a los participantes. Yo, conforme había aprendido del profesor en Segovia, escribía con todos los dedos de ambas manos pulsando con cada uno la tecla correspondiente. Pero mientras yo avanzaba a paso de caracol en mi alrededor las máquinas de los competidores echaban humo y sonaban como disparos de ametralladoras y cuando terminó el tiempo concedido mientras yo había escrito cuatro o cinco renglones una gran parte de los concursantes había terminado su folio. En fin, que los dos meses de mecanografía me habían servido de muy poco. Más me valdría haber escrito con dos dedos, como he hecho siempre desde entonces, aunque tampoco habría resuelto nada.

Total que me quede sin plaza en el banco. La recomendación del amigo de infancia de mi tía, en el caso de que la hubiera, no debió de ser muy calurosa. Y es que mi familia paterna, en sus ínfulas de grandeza, siempre fue propensa a magnificar su amistad con personajes que habían conocido en su infancia y que ahora ocupaban puestos muy importantes.

Pero como compensación afortunada por no incorporarme al sufrido gremio de los empleados de banca, contra todo pronóstico empezando por el mío y a pesar de no haberlas preparado casi en aquel verano, aprobé las tres asignaturas pendientes empezando por el temible Civil de Castro y pude sin mayor obstáculo continuar la carrera.

Tercero fue mi mejor curso. Cuando abrí el sobre de mi amigo Morgado lo primero que ví fue una cuartilla en la que con grandes letras había puesto Enhorabuena y después cuatro papeletas con Aprobado y una, la de Internacional Público, con Notable. Un curso feliz que disipó mis miedos y me infundió la confianza de que a pesar de todo iba a terminar la licenciatura.

Tan confiada estaba que en un arrebato de loco optimismo y como desde mi ingreso en el bachillerato llevaba un curso atrasado en relación con mi edad, me matriculé de cuarto y quinto para hacerlos de una sola tacada, a pesar de que cuarto era el curso más recargado con siete asignaturas entre las que se encontraba el temible procesal de Guasp. Dema-

siado arroz para este pollo que por supuesto no había cambiado de vida y costumbres. La ventaja es que aunque me quedasen asignaturas pendientes no podían tomarse como tales pues junto a las pendientes de cuarto estaban las aprobadas de quinto. En resumen que volví a matricularme en quinto de las asignaturas que me faltaban para concluir la carrera que terminé en Septiembre a los cinco años de haberla comenzando, sin tener que repetir ninguna.

Continúe mis estudios residiendo en casa de mi tío que me pagaba las matrículas y los libros, aunque aquí yo intentaba ser lo menos gravoso posible no comprando si podía los apuntes del SEU recurriendo al préstamo, y los libros imprescindibles en casa Felipa, la tienda más barata de libros viejos en la calle de Libreros. El único inconveniente era las obligaciones a las que ya me he referido y que coartaban mi libertad de salir más de lo que yo hubiese deseado. Cuando cursaba tercero me libré de ir a recoger por las tardes a mi prima a su colegio, pues ella ya volvía sola en el tranvía. Pero entonces cayó sobre mí otra obligación aún más penosa. Mi prima en su colegio había empezado a estudiar álgebra y yo me vi en la necesidad de ayudarla en sus estudios.

En *Ciudadano Kane* el magnate ha decido convertir a su segunda esposa en una diva de la ópera y ha contratado a un profesor de canto. En un momento de desesperación le dice el profesor a su discípula algo parecido a esto “Señora. Hay quien ha nacido para cantar y quien no ha nacido para ello” Pues bien, yo diría que hay quien ha nacido para estudiar álgebra y quien no ha nacido para ello. Entre estos últimos ocupaba uno de los lugares más destacados mi primita Patro.

Por más que me esforzaba, repitiendo una y otra vez las explicaciones, no había manera. Aquello era chocar contra un muro. En mis tiempos de bachillerato, una buena parte de mis condiscípulos eran alérgicos a las matemáticas, pero como mi primita, ninguno.

La cosa empeoraba cuando mi tío estaba presente en la clase. A él no le preocupaba demasiado el que su hija fuese mejor o peor en otras asignaturas, pero el ver su cerrazón de mollera para el álgebra le sacaba de quicio. Empezaba a chillarle y si la criatura mientras estaba sola conmigo sin otro testigo que su madre que permanecía en silencio sin enterarse de que iba la cosa llevaba sin alterarse aunque con poco provecho la clase, cuando estaba su padre no daba pie con bola. Desesperado acababa metiéndose conmigo. “Toni -me decía- es que vas demasiado deprisa. Con esta hay que ir pasito a paso como pisando huevos. Machacar y machacar porque si no es así no se enterará de nada” Y claro que no se ente-

raba de nada y más viendo la mala leche que se le ponía a su padre ante su cerrazón. Vuelta a empezar, a repetir el ejercicio pasito a paso, como se da la papilla a un bebé cucharadita a cucharadita. Al fin terminaba la infructuosa clase, con mi tío totalmente frustrado que descargaba su adrenalina esta vez en su silenciosa mujer que estaba poniendo la mesa. “Hija mía, eres un perfecto zoquete. Has salido a tu madre”, afirmación totalmente injusta pues mi tía Maruja era bastante más lista que su hija.

Esta serie de obligaciones que limitaban mi libertad y me obligaba a estar más de lo deseado en el piso de mis tíos fueron la mayor cruz que tuve durante los años de mi licenciatura. Pero conforme transcurrían los cursos, si bien no pude librarme de ella, al menos se me hizo más llevadera.

A partir de segundo fui perdiendo aquella manía de asistir a todas las clases. La primera a la que falté era a Derecho Político II, que impartía don Nicolás Pérez Serrano, uno de los mejores especialistas en Derecho público de la primera mitad del pasado siglo y que además tenía uno de los mejores bufetes de España. Pues bien, sin el menor respeto a aquel pozo de ciencia jurídica, la muchachada le colocó el remoquete de “El abominable hombre de las nueve” porque a esta temprana hora había colocado sus clases y a pesar de sus múltiples e importantes obligaciones aquel grande e importante señor, dando un ejemplo a la mayoría de los catedráticos que no eran tan puntuales, apenas había dado el reloj las últimas campanadas de las nueve cuando ya estaba en su cátedra impartiendo su lección.

Aquella puntualidad no iba conmigo así que la mayoría de los días hacía mi entrada en la facultad cuando ya el catedrático llevaba un buen rato exponiendo su lección magistral lo que me inducía, para no hacerme notar a no entrar en el aula. En las demás clases ya sin la excusa de mi falta de puntualidad entraba según me apetecía. Esto en segundo, porque a partir de tercero a muchos catedráticos los conocí en el momento de los exámenes.

Así que a partir de mi paso del ecuador, las aulas de mi facultad pasaron a convertirse en los pasillos de mi facultad. Mi proceder más usual era ir antes de las diez a San Bernardo, dirigirme a la biblioteca de derecho, ocupar un asiento de la misma dejando sobre la mesa de estudio mis apuntes y en el respaldo de la silla mi prenda de abrigo en el caso de que el tiempo me obligase a llevarla y ya libre como los pájaros lanzarme al pasillo en busca de mis amigos para ocupar un banco y permanecer charlando hasta cerca de la una en que volvía a la biblioteca para tras recoger mis prendas volver a casa.

Algunas veces entraba en alguna clase pero eran sobre todas aquellas que impartía algún profesor algo excéntrico o divertido. El más excéntrico era uno llamado Zubizarreta, que daba el derecho Fiscal de tercero y cuarto. Tan excéntrico era que un año le dio por suspender a los mejores alumnos de la clase y ante el revuelo que estos armaron por aquel acto tan arbitrario como injusto yendo en masa a protestar al decano, él circulaba por los pasillos gritando a voz en cuello ante el regocijo general: “¿Pero que se han creído estos niños; que ellos han sido hechos por un pito privilegiado y diferente?. Anda y que se fastidien. Ya les jodí el expediente” No sé si la protesta ante el decano de los injustamente suspendidos tendría éxito, pero aquel fue uno de los incidentes más divertidos del tiempo que pasé en la facultad.

Desde hacía algunos años corría una anécdota no sé si real o inventada de que un tranviario tenía la carrera de derecho. La anécdota tuvo gran éxito, hasta el punto de que cuando yo cursaba los primeros cursos había una canción cuyo estribillo era “para ser registradores, notarios juez o fiscal/ o conducir un tranvía por la calle de Alcalá” El caso es que el buen Zubizarreta no la desperdició y en el primer día de clase tras pasar la mirada por la concurrencia dijo: “cuantos son ustedes. Entre treinta o cuarenta. Pues bien, por lo menos veinticinco tranviarios.”

Presumía de víctima de las controversias políticas “Verán. Yo antes de la guerra tenía dos capas, porque no hay prenda más elegante y señorial que una capa española negra de buen paño y bien cortada. Pero llegó la guerra y los rojos me quitaron una y tras la guerra, me quitaron la otra los nacionales. Así que, ya ven ustedes, miserias de la vida ahora tengo que venir a las clases en gabardina”.

Pero a pesar de esta aparente neutralidad política en algunos detalles se le veía del pie que cojeaba. Un día sin venir a cuento la tomó con el conde Ciano y le puso a parir. Un condiscípulo italiano que estaba sentado junto a mí estalló en indignación. “Vaya, este loco la toma ahora con el conde Ciano”. Mi condiscípulo era hijo de un italiano que dirigía en Madrid la delegación de una compañía marítima italiana, y por lo que dijo se ve que ni él ni su familia tenía por Mussolini la simpatía que nuestro profesor parecía sentir.

Sin embargo aquel extravagante profesor de Hacienda pública, entre las muchas sentencias y disparatadas anécdotas con las que amenizaba sus clases, un día pronunció una que me parece digna de consideración. En una de sus lecciones se dirigió a nosotros preguntando “¿Ustedes saben qué es el dinero?” Y ante nuestro silencio, continuó “Pues el dinero es el valorímetro de todos los valores.”

Entre los temas que me tocaron en el examen oral de mi oposición a Técnico de la Administración Civil, el de Economía era precisamente El dinero. Por supuesto no se me ocurrió, al definirlo, hacerlo como el señor Zubizarreta, sino como de una manera mucho más técnica y exacta lo hacía el libro de un famoso economista francés. Sin embargo, ahora que la segunda generación de los economistas del neoliberalismo hablan de su ciencia con una suficiencia irritante como si fuese una ciencia exacta por encima del bien y del mal y un lenguaje incomprensible para el resto de los mortales y todo ello al servicio bien remunerado de un sistema cuya finalidad es hacer que los ricos sean cada vez más ricos y los pobres – más del 80 por ciento de la población mundial – cada vez más pobres y numerosos, aquella definición que hace casi sesenta y cinco años dio mi chiflado profesor de Hacienda Pública, me parece cada vez más sensata y esclarecedora.

Otro profesor no tan loco y estrafalario como Zubizarreta pero cuyas clases me gustaba frecuentar pues me resultaban muy divertidas era Luna que daba Internacional Público. Luna era un hombre muy culto e ingenioso, con facilidad de palabra, que daba sus clases de un modo peculiar. No había texto ni apuntes ya que la forma en que desarrollaba sus clases hacía imposible tomarlos. A mi no me interesa, decía, que aprendáis internacional público sino que adquiráis una cultura una de cuyas bases sea el Internacional Público. Por eso un alumno cuyo examen me demuestre que no sabe una palabra de derecho internacional pero al par que es culto e inteligente, que ha leído de diversas y variadas materias y que redacta bien, puede encontrarse con un sobresaliente. Lo original de sus clases y de ahí la dificultad de tomar apuntes, estaba en desarrollarlas introduciendo preguntas a los alumnos sobre los más diversos temas, que generalmente tenían que ver poco con el derecho internacional público. Además todas sus escasas y dispersas explicaciones de derecho estaban salpicadas de anécdotas en las que demostraba su facilidad de palabra, su cultura y su ingenio.

Recuerdo que en una de las clases se interrumpió y dirigiéndose a uno de los Alumnos le interrogó: “A ver usted, ¿dígame quién es Carneades?” El interrogado se quedó mirándole con la boca abierta y gesto estupefacto. Luna repitió a varios la pregunta con el mismo resultado hasta que al fin dirigiéndose a todo el grupo, preguntó: “¿alguno de ustedes sabe quien era Carneades?” Entonces se levantó un chico con el pelo tan rojo que parecía bañar de un tono ígneo toda su cara y durante casi diez minutos nos dio una conferencia sobre el filósofo académico. Cuando terminó, Luna con un gesto algo burlón se dirigió a todos y dijo: “No ven. Todavía hay clases”.

El chico del pelo rojo en concordancia con su apariencia se llamaba Cienfuegos. Como yo había ya hecho algunas poesías que dejaba a algunos amigos, uno de ellos se las pasó a Cienfuegos que en la puerta del aula se dirigió a un grupo de condiscípulos diciendo: “Tenemos que difundir las cosas notables que hay en la promoción. Acabo de leer unas poesías de un compañero que es un poeta muy notable”. El erudito en Carneades era un muchacho tan simpático como entusiasta.

Hace unos quince años fui a Panamá a un congreso hispano americano de literatura infantil. El embajador español, aunque luego ofreció un vino a todos los participantes, antes me citó para recibirme como único español entre la numerosa representación hispanoamericana. Me hicieron pasar enseguida a su despacho y tras la presentación protocolaria me hizo algunas preguntas. Era un hombre de mi edad, alto y delgado. Le dije que yo era TAC y que me había licenciado en derecho en el viejo caserón de San Bernardo.

-Yo también, me dijo. ¿De que promoción eres? De la del cuarenta y ocho, cincuenta y tres. La mía –tocó un timbre y entró un ujier que nos sirvió unas bebidas.

Yo me di cuenta que el tono de la recepción había cambiado. Aquello había pasado a ser de una recepción protocolaria de pocos minutos a una charla de amigos que recuerdan tiempos pasados. Anécdotas, profesores, conocidos comunes, iban surgiendo en nuestra divertida y distendida charla. Habíamos tenido amigos comunes, entre ellos Luis de Pablo con el que mantuvo una profunda amistad y al que recordaba con admiración. Volvieron a servirnos bebidas. Después entró un señor que por su pinta parecía un funcionario de embajada y le hizo una seña a la que el contestó con otra indicando que esperase. Seguimos hablando y yo le pregunté si recordaba a Cienfuego.

-Claro, pero si éramos íntimos amigos. También siguió la carrera diplomática y ahora está -y me citó un país centroamericano que no puedo recordar- de embajador.

Esto es lo último que he sabido de mi ígneo compañero de promoción. Volvió a entrar el funcionario señalando el reloj. Con un gesto de contrariedad se levantó dando la larga audiencia por terminada.

-Servidumbres de mi cargo -dijo-Chico, he pasado contigo un rato delicioso.

Y era verdad.

Fue para preparar algunos temas de Internacional por lo que me acostumbré a bajar a la biblioteca destinada a los alumnos de Políticas y Económicas situada en el piso de abajo con salida a Valdecilla. Esta biblioteca era mucho más recogida que la de derecho y tenía a mano una serie de revistas sobre todo de sociología y derecho público que ofrecían artículos que a mi podían interesarme. Pero el mejor descubrimiento que hice en ella fue el de una revista catalana, *Laye*, de temas exclusivamente literarios y culturales y con un tono mucho más avanzado y moderno de lo que podía encontrarse en Madrid. Recuerdo la impresión que me causó un estudio del teatro de *O'Neill* con motivo del estreno en Barcelona del *Deseo bajo los Olmos*, y el de un capítulo de un libro aún no publicado: *Alfahui*, de un escritor desconocido llamado *Rafael Sánchez Ferlosio*.

Pero ya va siendo hora de que hable de lo que más huella y más enseñanza dejó en mí durante los cinco años de estancia en la Universidad: Mis amigos.

MIS AMIGOS.

Ya he dicho que a partir de mediado de segundo entraba muy poco a clase y me pasaba la mayor parte del tiempo en los pasillos. De tanto hacer vida de pasillo el resultado fue el ir conociendo a otros pasilleros con gustos similares, y de esta forma a los pocos meses ya teníamos una tertulia de amigos inseparables que duró el tiempo en que permanecí en la facultad, en muchos casos bastantes años más y en algunos hasta el final de nuestras vidas.

Ya he citado uno de los miembros de este grupo de amigos. César Santos Fontela era otro de los que aunque estudiaba derecho no tenía la menor vocación jurídica y no iba a encontrar en el derecho su posterior medio de vida. Lo suyo era el cine. Ingreso al final de la década de los 50 en la Escuela de Cine pero no logró el título de director porque varios miembros de la dirección de la Escuela le pusieron el veto por motivos políticos. Entonces se dedico a la crítica cinematográfica publicando críticas en diversos periódicos, revistas y librerías especializadas llegando a ser uno de los críticos españoles más reputado hasta el día de su muerte ocurrida hace algunos años.

César era y continuó siéndolo un hombre inteligente, extrovertido, de conversación fácil y con mucho sentido del humor. Por cierto que finalizando los años sesenta este sentido del humor le llevó a decir una frase de la que siempre se arrepintió pues la utilizaron de una forma muy distinta a su modo de pensar. Un día entre un grupo de amigos dijo refiriéndose a la novela social. “Se la podía llamar la literatura de la berza. No veis que en la mayoría de esas novelas aparece la frase *por la escalera subía un penetrante olor a berza*”. Pues bien, este remoquete de *literatura de la berza* lo tomó la nueva crítica empeñada en denigrar la literatura social en una cruzada con motivaciones políticas totalmente contrarias a las ideas de mi buen amigo.

El conocimiento de César me llevó al de Antonio Sánchez Aguado, también interesado por la literatura y el cine. Posteriormente conocí en París a su hermano Fermín uno de los numerosos trasterrados de mis amigos que encontró trabajo en la UNESCO y allí permaneció hasta su jubilación. Muchas veces a partir de los primeros años 60 en mis varias visitas a París encontré refugio en sus diversos apartamentos.

Cerca del fin de mi segundo curso ocurrió un hecho que tuvo una gran repercusión en mi grupo. El SEU inauguró un Cineclub. No recuerdo el nombre del cine donde se llevó a cabo la inauguración ni

donde estaba situado. Sí el de la película inaugural *Svengali*, y que llevé a mi prima Patro. No creo que la película le causase gran impresión pero si los cinco o diez minutos que estuvimos esperando a que se abriesen las puertas del cine. Mi prima que siempre ha sido una erótica reprimida, estaba en esa edad en que las niñas entran en la adolescencia y se vuelven locas por los chicos cinco o seis años mayores que ellas, y allí se encontraba en su salsa. Sobre todo la impresionó mi amigo César que durante la espera tuvo tiempo para lucirse con algunas de su ingeniosidades y aunque luego nunca la lleve donde estaban mis amigos, siempre que me preguntaba por ellos hacía hincapié en César.

El cineclub del SEU pasó por diversos locales hasta encontrar su ubicación definitiva en el cine Capitol los domingos a las doce de la mañana. Le dirigían dos hermanos falangistas, los hermanos Pastor y su programación tampoco resultaba especialmente escogida y variada. Películas de Emilio Fernández, película francesa de Marcel Carné (*El día se levanta*), Bresson (*Los ángeles del pecado*), Julian Duvivier y algún otro. Huían de las películas norteamericanas. Solamente una vez que recuerde pasaron una película americana en una programación anunciada con mucha pompa como dedicado al jazz, y lo recuerdo por un incidente posterior a su proyección. La película era insoportable. Transcurría en una emisora de radio por la que iban pasando diversos artistas de la época como Bing Crosby y otros exponentes de la canción melódica. De jazz nada. Solo algunas de las grandes orquestas del swing. En fin, que al final de la película mi amigo Antonio Sánchez Aguado que era bastante impetuoso, se dirigió en el vestíbulo a los hermanos Pastor y les recriminó aquella programación acabando diciéndoles : sois unos facinerosos. En ese momento se incorporó al grupo que se había formado y en el que estábamos todos los de la tertulia un joven más ancho que largo a pesar de tener una buena estatura, cuello de toro, frente estrecha y unas manazas dignas de sus enormes muñecas que se enfrentó con nosotros gritando.”¿Qué pasa aquí? A estos currinches se le da un buen par de hostias y asunto terminado.”Ante la presencia de aquel robusto y fiel seguidor de la dialéctica de los puños y las pistolas, abandonamos el local rápida y discretamente.

Pero el gran momento del cineclub del SEU ocurrió también en el cine Capitol. Habían anunciado una opereta austriaca titulada *Papikra* que también habría suscitado la indignación de mi grupo de no haber sido porque se había corrido la voz de que tras la película nos aguardaba una sorpresa. En efecto se proyectó la opereta y se encendieron las luces.

Pero sin dar tiempo a la gente a levantarse y a empezar a abandonar sus asientos, el local volvió a oscurecerse y un foco luminoso ilumino la pantalla. Y tras el foco ¡la sorpresa: Nada menos que *El acorazado Potemkin*. ¡El acorazado Potemkin proyectado creo que en la primavera del 52, en Madrid y en un cine de la Gran Vía. Apenas terminada la proyección se presentó la Social. Nosotros ya habíamos abandonado el local, pero los directivos del cineclub y algunos capitostes del SEU fueron puestos durante algunas horas a la sombras aunque la cosa no pasó a más porque las autoridades, por suerte de ellos, lo consideraron como la chiquillada de unos camaradas que no había tenido apenas repercusión. Pero yo quedé muy agradecido a aquellos directivos y pensé que mi amigo Sánchez Aguado debía de haberse disculpado con los hermanos Pastor retirándoles aquel apelativo de *facinerosos*.

Sin embargo César y Sánchez Aguado no eran los más asiduos del grupo que pasábamos juntos buenas partes de la mañana charlando en un banco del pasillo. De estos los más constantes eran José Luis Junquera y Jaime Ballesteros. También caía algunos ratos José Luis Llorente que cursaba un curso posterior al mío; pero como Llorente a diferencia de nosotros era un brillante estudiante, el primer expediente de su curso que a poco de terminar la carrera ingresó en Abogados del Estado (por cierto que para celebrar el ingreso nos invitó a Junquera, a Jaime y a mí a una merienda en las Cuevas de Luis Candelas), tan solo estaba un breve rato con nosotros y después volvía a sus estudios. Era muy amigo de su compañero y también lumbrera de su promoción Amusátegui, posteriormente renombrado banquero que le reprochaba el que perdiese el tiempo con aquellos piojosos, refiriéndose a nosotros, por lo que mi amigo Junquera tan silencioso como agudo cuando se refería a nuestro amigo siempre lo hacía en plural diciendo: “Los Llorente, los Amusátegui”.

¿De que se hablaba en esas largas reuniones? Pues de cine y sobre todo de literatura. De política, nada de nada. Ciertamente todos nosotros por aquella época ya éramos más o menos antifranquistas y anticlericales, pero no pasábamos de ahí ni nos preocupábamos de esas cuestiones en nuestras conversaciones. Fue más tarde, cuando Junquera y César ya estaban en París y Jaime se unió a ellos a su vuelta de Alemania donde había estado conmigo, cuando todos ingresaron en el Partido Comunista. Pero en aquellos años de la facultad hasta a Jaime Ballesteros que iba a ser el brazo derecho de Santiago Carrillo y se habló de él como de su sucesor, la política le importaba un higo y se pasaba el tiempo hablando de novela y poesía que el mismo cultivaba, haciendo versos con una cierta huella de Juan Ramón, su poeta predilecto. Era la literatura a más

del cine el motivo central de nuestras largas charlas. Como ya he dicho tanto Jaime como yo cultivábamos la poesía. Yo había también escrito dos cuentos lo mismo que Junquera que había hecho en su último año de bachillerato dos cuentos muy celebrado por sus compañeros, aunque creo que esta fue su única aportación a la creación. Nunca se acercó demasiado a la poesía y de la poesía moderna más bien abominaba. En cuanto a nuestras preferencias literarias coincidíamos bastante, aunque un día en que respondimos a la pregunta de quien era nuestro novelista español contemporáneo preferido, ante la casi unanimidad de Baroja, yo les sorprendí con mi elección de Azorín a quien casi no consideraban novelista.

La afinidad de aquel grupo venía desde su época de bachillerato pues varios de ellos lo habían cursado en el colegio Decroly. El Decroly era un colegio particular, de precio asequible y con una clientela en buena parte procedente del barrio de Argüelles, donde el colegio estaba asentado. Cursaba desde primera enseñanza hasta final del bachillerato y su carácter liberal para la época, aparte del nombre elegido se demostraba en que chicos y chicas, aunque por supuesto separados, tenían sus clases situadas en edificios colindantes y podían sostener una cierta comunicación.

Fundado por dos profesores represaliados por el franquismo había reclutado sobre todo para las clases de bachillerato a una serie de profesores en su mayoría también represaliados que formaban parte de aquella estupenda promoción que desde la primera década del siglo, había dignificado la abandonada enseñanza pública española. Esto aseguraba una enseñanza de calidad.

Aquellos amigos de los pasillos de mi facultad se reunían algunas noches en una tertulia de la cafetería Michigan situada en la esquina de Mártires de Alcalá con Alberto Aguilera. Como a mi me resultaba imposible salir por la noche yo no fui a la tertulia hasta que una vez terminada la carrera vivía en Madrid por mi cuenta, y entonces ya no iban contertulios de la época de la Universidad como Antonio Prieto o los actores Agustín González y Claudio Guillen. Por cierto que Antonio Prieto, que entonces estudiaba Medicina, no gozaba de sus simpatías. Después de terminar la licenciatura me encontraba en Linares y recibí una carta de Jaime Ballesteros que entre admirado e indignado me decía: “¡Lo increíble. Antonio Prieto premio Planeta!”. Y es que no creían en las cualidades literarias de Antonio Prieto. Había estrenado una obra de teatro de la que Torrente Ballester en el YA hizo una crítica sangrienta (Torrente en sus críticas solía ser tan despiadado con el teatro innovador como complaciente con el tea-

tro oficialmente establecido) que terminaba diciendo “Creo que el autor es estudiante de medicina. Pues siga dedicándose a la medicina y deje en paz al teatro”. El autor no hizo mucho caso del consejo. Abandonó la medicina y se dedicó de lleno a la literatura donde hizo una brillante carrera.

Como he dicho mis amigos no se interesaban por la política. El único amigo interesado por la política que tuve por entonces fue Pepe Aragón. Pepe Aragón vivía a cuarenta pasos de mi casa, en la calle de Rodrigo San Pedro esquina Vallehermoso. Era un hombre más bien bajo, aunque fuerte, de cara angulosa y pómulos hundidos. Gastaba un grueso e hirsuto mostacho de cepillo similar al de los proletarios revolucionarios rusos. Por cierto que un día en su casa, tras ver el *Poténkim*, la satirizó imitando con bastante gracia la escena en que el médico examina y huele la carne agusanada haciendo gestos de que estaba deliciosa. Tenía bastante vis cómica y cuando le conocí formaba parte del cuadro dramático de la facultad que bajo la dirección de un alumno que llegaría a ser un conocido director teatral, Gustavo Pérez Puig estaban preparando una obra de Jardiel Poncela.

La proximidad de nuestras viviendas ocasionó que muchas mañanas a la vuelta de la facultad hiciésemos el trayecto juntos charlando. También era amante de la literatura y entre sus lecturas predilectas se encontraba Sascka Yegulev que encontraba superior a las novelas de Dostoieski lo que demostraba que en él anidaba ese idealismo seudo revolucionario propio de los joseantonianos más románticos e inocentes. Fue en una de estas vueltas a nuestras casas cuando después de hablarme largamente de las virtudes de José Antonio me propuso que ingresase en la Falange. Yo esquive la respuesta. No tenía la intención de tomar ningún compromiso y menos con la falange.

Estaba en segundo curso de carrera cuando le di a conocer un romance que había hecho un poco en la línea de acercamiento de algunos miembros de la generación del 27 a las formas poéticas tradicionales, entre ellas el romance, con un lenguaje en que recreaban lo tradicional con los recursos modernos. Mi romance, más alberdiano que lorquiano, le entusiasmó. Pasado el tiempo y embarcado en nuevos intentos poéticos yo no fui de su misma opinión y no conservé ninguna copia de aquel romance que cayó en el olvido, cosa que ahora siento pues pese a su ingenuidad, creo que tenía algunas cosas dignas de conservarse. Recuerdo de él sus dos últimos versos: “*tu vida toda mi niña/ se la va llevando el agua*” de los cuales, especialmente el subrayado, me parece que alcanza una muy lograda musicalidad.

Como era muy extrovertido y simpático sin llegar a formar parte de nuestro grupo del pasillo, mi nuevo amigo también conectó con ellos y llegó a tener -contradicciones de la vida- una buena amistad en aquellos años con Jaime Ballesteros. Pero dada nuestra vecindad y la admiración que sentía por mí poesía yo llegué a ser uno de sus íntimos y a partir de tercero en que ya gozaba de mayor libertad, muchas tardes con el pretexto de estudiar iba a su casa donde pasábamos las horas charlando.

Había estudiado en el cercano colegio de Areneros donde hizo un bachiller brillantísimo alcanzado la categoría de Príncipe y demás distinciones honoríficas a la que tan dada es la educación jesuítica. Por eso cuando después comprobó que en la carrera no mantenía esa preeminencia y que condiscípulos de la clase de tropa ahora resultaban alumnos con mejores calificaciones que las suyas, sufrió una frustración que no se molestaba en disimular. De todas formas su brillante bachillerato y la estima en que le tenían sus profesores de Areneros le resultaron útiles para conseguir algunas clases particulares bien pagadas que además de poder ayudar a su familia le permitían disfrutar de unos gastos personales que estaban fuera de mi alcance.

Pepe era el único de los cinco hijos que habían tenido sus padres y aquello de ser el único gallo del corral también había influido en su carácter. De las cuatro hermanas la mayor trabajaba en Barcelona y las otras tres eran maestras y trabajaban en el colegio Decroly. La mayor de ellas creo que era la que seguía a Pepe y apenas la recuerdo, pues casi nunca estuve con ella y me pareció una muchacha insustancial. No así las dos hermanas menores que eran unas muchachas muy guapas aunque muy distintas. Amparito, morena, de bonito tipo y unos ojos oscuros encantadores. Loli., más rellenita, rubia y de ojos azules, mucho más tímida y reconcentrada que su hermana Ambas contribuían a que la hospitalaria casa de Pepe Aragón recibiese frecuentes visitas del género masculino.

A mi me gustaba Amparito y estaba medio enamorado de ella. Tenía un novio con quien terminó casándose, uno de aquellos novios de posguerra que a una hora convenida del atardecer paseaba debajo del balcón esperando que la novia le viese y bajase para tras dar unas cuantas vueltas por los alrededores, volver al portal sin haberse cogido la mano y despedirse hasta el día siguiente.

Pero no fue el novio quien impidió que yo diese un paso para acercarme a Amparito, sino su horrible padre. La madre de familia era una mujer robusta, sonriente y que parecía bastante tratable. En cambio el padre era un hombrecillo de mirada aviesa y expresión malhumorada

siempre que se cruzaba con los amigos de su hijo que mariposeaban en torno de sus dos hijas menores.

Era maestro en un grupo escolar situado creo en la calle de Vallehermoso y yo temblaba pensando en la educación que daría a las pobres criaturas que habían caído en sus manos aquel desaforado ultramontano. Había llenado su casa de una peste clerical que contaminaba a toda la familia lo que no impedía que Amparito le gustase cuando raramente se le presentaba la ocasión coquetear con nosotros y que Pepe cundo venía a Madrid un mozo de un pueblo manchego al que iba él algunos veranos se fuese con su amigo, según me contaba, de putas sin demasiados remordimientos de conciencias. De todas maneras yo estaba convencido que todo el que ingresase en aquella familia no podría librarse de ingresar también en aquel putrefacto ambiente de catolicismo ultramontano que el nefasto hombrecillo la había impregnado.

Recuerdo que una tarde entramos Pepe y yo en el salón de la casa donde se encontraban el padre y las dos hermanas en una de nuestras conversaciones intelectuales. Esta vez íbamos discutiendo sobre Kant, del que ninguno de los dos sabíamos casi nada, por no decir nada. De pronto nuestra conversación fue interrumpida por el padre de familia que nos echó en cara el que estuviésemos siempre liados con filósofos extranjeros cuando en España teníamos los mejores filósofos. Yo le respondí alegando que los españoles podíamos presumir de bastantes cosas pero no precisamente de filósofos. El me contestó que cómo podía decir esto cuando en España teníamos el mejor filósofo del mundo: el padre Zeferrino González. Cada vez más picado le repliqué que como iba comparar a aquel viejo tomista que continuaba anclado en la edad media, incapaz de abandonar a Santo Tomás de Aquino, con los grandes renovadores de la filosofía moderna, con Descartes, con Leibnitz, con Hume y con Kant. El permaneció durante unos momentos en silencio, hasta que dirigiéndose a mí exclamó: Pues yo le digo que Ceferino González, además de un sabio, es un santo, mientras los autores que usted tanto admira ahora están ardiendo en el infierno.

Yo me limite a sonreír burlonamente. Entonces mi amigo Pepe cometió un error que luego yo le reproché. Dirigiéndose a mí, preguntó ¿es que tu no crees en el infierno?, a lo que yo respondí de inmediato ¡pero cómo voy a creer en tales tonterías!

Fue como si hubiera caído una bomba en la habitación. Se hizo un silencio profundo mientras las dos hermanas y el padre me miraban como si fuera una aparición del otro mundo. Pepe salió de aquella situación

cogiéndome del brazo y diciendo vamos a dar una vuelta. Y así abandonamos apresuradamente la casa sin esperar el cataclismo que mi respuesta a la inoportuna pregunta de mi amigo había desencadenado.

Me he detenido demasiado e mi amistad con Pepe Aragón a pesar de ser más breve e influyente que la de otros compañeros de los pasillos de la facultad. Ahora también me detendré en otra amistad que ejerció una gran influencia en mi formación.

Una mañana tomé asiento junto a otro estudiante de mi curso, de cara algo redonda, sonrisa franca y una marcada expresión de simpatía. Era muy extrovertido y pronto entramos en confesiones personales. Cuando yo le comenté que me aburría el derecho y que lo que me gustaba era la literatura él me contestó que a él le pasaba lo mismo y que lo que le gustaba sobre todas las cosas era la música, que era compositor y que no el derecho, sino la composición musical iba a ser su profesión. Después intercambiamos nuestros nombres. Él se llamaba Luis de Pablo.

Como Luis era la generosidad hecha persona, al poco tiempo de tratarnos me abrió las puertas de su casa y, lo que fue fundamental para mí, su bien abastecida biblioteca.

Su casa era un piso de un edificio señorial que hacía esquina entre las calles Velázquez y Guturbay. Yo le visitaba algunas tardes. Apenas llamaba a la puerta me abría Luis muchas veces acompañado por un diminuto y gracioso chiquitín que me miraba con cierto asombro y desaparecía por el pasillo cuando Luis le ordenaba: “Anda, vete con mamá”. Después Luis me conducía a su cuarto que estaba enfrente de la puerta de entrada.

En aquel gran piso vivían la madre y la hermana de Luis con el hijo de esta, el chiquitín mencionado, y supongo que su marido, aunque no lo puedo asegurar pues Luis a pesar de ser extraordinariamente abierto, no hablaba de su familia casi nunca y desde luego nunca mencionó nada de su probable cuñado. Yo de su piso lo único que conocía era su estudio y unas tres o cuatro veces me crucé con su hermana y nunca con su madre. Lo que sí sé por algunas breves alusiones es que éste amaba profundamente a su hermana y sobre todo a su madre.

Su padre había muerto, posiblemente durante la guerra y de muerte violenta, pero no puedo asegurarlo porque Luis nunca me habló de él. Tan solo una vez me comentó lo mucho que le cansaba cuando era aún bastante pequeño el tener que ir cambiando los numerosos discos de pizarra en la que su padre tenía gravada la Tetralogía de Wagner que escuchaba con asiduidad.

Luis me pasaba a su amplio cuarto estudio que daba a un bonito mirador sobre la esquina de las dos calles en el que me encontraba a veces a uno o dos de sus amigos que estaban de tertulia.

No recuerdo si las primeras veces que fui a su casa enfrente de la pared colgaba ya un gran retrato de Luis en un paisaje agreste pintado si no recuerdo mal por un pintor llamado Pacheco o fue en años posteriores. La que si recuerdo es su librería que ocupaba casi toda la pared opuesta. Aquella librería para mi fue un tesoro, pues Luis, extremadamente generoso, la ponía a disposición de sus amigos.

Recuerdo uno de ellos, que un muchacho grueso y jovial que decía quería hacer oposiciones para farero y así gozar lejos de la sociedad del mar, la soledad y la lectura, la había emprendido con un estante intermedio de la librería que contenía más de treinta volúmenes de *Las Mil y una Noches* publicados por una editorial valeriana propiedad de Blasco Ibáñez. Estaba traducida de la edición de Mardrus. Los volúmenes con cubierta de papel estaban en la portada y en algunas láminas interiores decorados con odaliscas mal cubiertas de sutiles velos muy en el estilo de *art déco* y resultaban lo que en sus tiempos se llamaban sicalípticos. Luis se reía viendo la elección de su amigo y le decía “pero bueno ¿es que no hay otros libros en mi biblioteca”. Muchos, respondía su amigo, pero yo prefiero estos.

Yo no seguí el camino de aquel jovial amigo de Luis que deseaba ser farero. Aunque algunas veces me llevaba algún volumen de *Las mil y una noches* frecuentaba otros estantes que me resultaron de la mayor utilidad para mi conocimiento de la literatura contemporánea. Así continué con la lectura de *La busca del tiempo perdido* que había comenzado en Segovia gracias a su biblioteca pública hasta terminar donde había terminado la traducción de Pedro Salinas, en el episodio en que el protagonista desde su ventana contempla el preludio del encuentro sexual entre Charlus y el chalequero.

Entré en conocimiento de Dos Passos con el *Manhattan Transfer*, de Huxley con *Contrapunto*, de Kafka con *Descripción de una lucha* y un tomo que recogía *La Metamorfosis*, *Un artista del trapecio* y *Un artista del hambre*. Supongo que también conocería a través de los prestamos de Luis algunos escritores más que ya he olvidado, pero lo que no podré olvidar y por lo que le estaré mientras viva agradecido son sus préstamos de *Gente de Dublín* y, ¡oh maravilla! del *Ulises* de Joyce.

En el despacho de Luis coincidí con varios de sus amigos de los que únicamente recuerdo pues volví a encontrarme con él en circunstancias

posteriores a Rafael de la Vega. Rafael tenía la rara particularidad de que hablaba perfectamente alemán y tenía una formación y una admiración sin límite por todo lo germánico. Hablaba con la firmeza del que tiene siempre la última palabra. Cuando le conocí estaba disertando sobre un libro de Merleau Ponty, *Humanismo y Terror* que partiendo de la novela de Koestler *El cero y el infinito*, analiza los procesos de Moscú y la relación necesaria que había entre el terror stalinista y el humanismo del pensamiento marxista. Yo que no había leído *El cero y el infinito* y no tenía idea de quienes eran Merleau Ponty y Bujarin quedé pasmado ante la erudición y la contundente seguridad de aquel amigo de Luis que también atendía a la disertación emitiendo tan solo pequeños comentarios. Años después, cuando ya Luis formaba parte del grupo de Darmstadt Rafael hablaba de la música informal con la misma rotundidad y seguridad, dejando incluso en un segundo lugar al propio Luis Creó que hacia poesía y supongo que sería buena, aunque no puedo asegurarlo porque nunca leí nada suyo y no creo que publicase nunca nada, aunque esto no fue obstáculo para apagar su cartel. En fin, que aquel amigo de Luis pertenecía a ese género no raro en España que podíamos definir, dada su falta de obra correspondiente a su fama, “de profesión sus listezas”.

Una de las cosas que cuando comencé a frecuentar el despacho de Luis más me extrañó es que, siendo un músico, no hubiese en aquel despacho ningún instrumento musical. Ciertamente cuando uno empezaba a tratarlo encontraba en él algunos rasgos que parecían desmentir su afirmación de que era un compositor y podía inducirle a uno a pensar que era como aquel conocido de mi amigo Pepe Aragon, también estudiante de derecho, y pariente del director de cine Juan de Orduña, que hacia figurar en su tarjeta *compositor* Pepe me hablaba del talento de aquel chico que una vez había interpretado al piano una composición sobre Saschka Yegulev y como la música evocaba la escena del bosque en la que se escuchaba la balalaika de Saschka. A pesar de las alabanzas de Pepe, a mí eso de imprimir tarjetas compositor era una fantasmada y aquel amigo de Pepe un fantasma. Pero nada más lejos de la verdad, Luis no hacía ninguna ostentación de su condición de músico, y cuando uno profundizaba en su trato encontraba las razones de aquellas aparentes anomalías. Si no había ido al conservatorio era porque pensaba que la enseñanza del conservatorio estaba anticuada y él prefería estudiar por su cuenta, y si tenía pocos discos de música en su casa era porque él prefería antes que escuchar, leer las partituras. De todo esto hablaba sin ningún alarde sin la menor presunción, respondiendo sencillamente a las preguntas que uno le hacía y acallando sus dudas con la realidad de encontrar como daba

clase a algunos alumnos del Conservatorio que consideraban anticuados y poco satisfactorios los métodos de la enseñanza oficial.

Un día que entré en su despacho me lo encontré tocando una flauta de concierto. Era el primer instrumento que le escuchaba tocar. Unas semanas más tarde bajábamos ambos por la cuesta de Moyano revolviendo libros viejos, cuando se detuvo más de la cuenta en una caseta que en principio no tenía ningún interés. Volví sobre mis pasos y vi que en la caseta colgaba una nota que decía “Se vende cello” y Luis estaba interesado en la tal venta. La siguiente vez que entré en su cuarto me saludo alegremente diciendo “ya está aquí el muerto” señalando la funda del cello que inmediatamente comenzó a tocar reemplazando a la flauta. Al fin, cuando ya estaba terminando mi licenciatura, encontré en su cuarto el instrumento que parece imprescindible en el estudio de un músico: un piano.

Luis cuando le conocí sentía gran admiración por los impresionistas y por Strawinski. Después me descubrió a Bartok. Conforme avanzaba el tiempo se iba abriendo a nuevas tendencias musicales. La escuela de Viena, de la que admiraba especialmente a Antón Webern y posteriormente a la música de Vanguardia, formando parte del grupo de Darmstadt. Pero esto pertenece ya a una época posterior a la de mi universidad.

El entonces era amigo del músico francés pero entroncando con judíos sefardíes y con raíces españolas Maurice Ohana, cuyo disco *Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías* nos hizo escuchar en casa de uno de sus amigos. También a las pocas semanas de tener el piano, nos llevó a casa de un pianista, creo que Miguel Zanetti, aunque no estoy seguro, para escuchar la primera de sus obras que posteriormente retiraría de su catálogo, *Gárgolas*.

Me he detenido especialmente en este amigo porque su personalidad, su cultura y su generosidad a la hora de poner a mi disposición su bien abastecida biblioteca fue fundamental para mi formación en aquellos años universitarios.

La vida cultural en aquellos años no era demasiado sugerente sino más bien pintoresca. Me quede con las ganas de visitar una de las muestras de aquel pintoresquismo, *la cueva de César* creo que se llamaba. El tal César cerca del Manzanares había construido con sus propias manos un teatrillo en forma de cueva donde, verdadero Juan Palomo, el solito representaba sus propias obras, siempre monólogos, que luego en fotocopias vendía a los asistentes.

En aquel tiempo todavía había recitadores que llenaban los teatros. La más célebre era una señora de nombre nórdico que salía al escenario como si fuera a representar Norma para deleitar a la asistencia con un florilegio de las más sonoras poesías de nuestra lengua. Pero nada comparable con su excelencia, el académico de la lengua y no sé cuentas cosas más, don Federico García Sanchíz. Don Federico no era recitador, era charlista y con sus charlas llenaba los teatros españoles y buena parte de los hispanoamericanos con un género que el creó incorporando a su vez un nuevo vocablo a la lengua española: *españoleando*. ¿En que consistía *españolear*? Pues en poner por las nubes a la madre patria, presumiendo de todo lo que se puede presumir relativo a aquella eximia nación única entre todas las naciones, destinada por la divina providencia a ser la envidia y el ejemplo del universo entero.

Como yo con mi carencia de libertad y de dinero no iba al teatro no podía decir salvo por informaciones de los periódicos como era el teatro de la época, pero sospecho que al no visitarlo no me perdía gran cosa. Solamente una obra me llamó la atención una obra que toda la crítica puso sobre los cuernos de la luna. El Hamlet en adaptación de José María Pemán. El eximio autor de la letra del Himno Nacional había traducido el Hamlet en rotundos octosílabos y por el ejemplo que daban de la traducción del monólogo en redondillas a ripio por verso, uno podía deducir que Hamlet era demasiado arroz para el pollo gaditano y senequista.

A la única representación teatral que acudí fue a una lectura de *Los justos* que hizo un grupo universitario en un aula de la Facultad de Medicina. Sentados tras una larga mesa situada sobre un estrado cada personaje leía su papel de una manera dramática y a mi me resultó de gran interés aquella muestra del teatro de Camus. Por aquella época había entrado en Madrid la moda existencialista, aunque de una manera más bien superficial- hasta se hizo un chotis sobre el tema- captando más las formas externas que el fondo filosófico de la doctrina. Yo seguía recibiendo libros de mis amigos de banco en la facultad sobre todo de literatura francesa. Nos gustó mucho *La escuela de los indiferentes* de Giraudoux, y también algunas novelas de Julian Green y Bernanos. Por supuesto no podían faltar muestras de la literatura existencialista, así que leí *La Nausea* de Sartre y *El Extranjero* de Camus que me gusto mucho más pues tanto entonces como ahora, como novelista Camus siempre me ha parecido muy superior a Sastre.

No fue ninguno de mis amigos quien me hizo devoto de Rilke. Dios sabe quien sería. Pudo ser cualquiera pues en aquellos últimos años de mi

licenciatura, por los medios poéticos se había extendido la fiebre rilkiana. Yo leí con entusiasmo todo lo que pude encontrar traducido del exquisito poeta austriaco. De mano de Rilke descubrí a otro gran poeta, Paul Valéry cuyos libros, unos ensayos y dos Poemas, *La parca joven* y *El cementerio marino* me causaron una gran impresión.

Finalmente el año en que yo me había matriculado de cuarto y quinto mi amigo Junquera me prestó un libro que me iba a introducir en un autor fundamental para mi formación literaria: Williams Faulkner. El libro era *Santuario* en una colección denominada *Hechos sociales*. Yo me había bajado al patio para preparar el examen de Administrativo. Saqué los apuntes de administrativo pero lo que me puse a leer fue *Santuario* que devoré enfebrecido hasta darle fin durante toda la tarde. Milagrosamente aprobé el examen de Derecho Administrativo, II.

Hace bastantes años publico la profesora María Eugenia Bravo un libro titulado *Faulkner en España*. En él estudia tres novelas que le parecen significativas como muestra de la influencia del autor sureño: *Tiempo de Silencio*, *Volverás a Región* y mis *Cinco Variaciones*. El estudio de mi novela es francamente bueno, aunque puede hacersele una objeción. Centra la influencia principalmente en *El ruido y la Furia*. Pues bien en la época en que escribí mi novela, una de las pocas obras de Faulkner que me faltaban por leer era precisamente *El ruido y la furia*, lo que no impide que los paralelismos que establece la profesora entre las dos novelas y por tanto la influencia de la una en la otra sean no solamente buenos, sino convincentes. Misterios de la creación y de la crítica literaria.

Aquí debía terminar con los años correspondientes a mi universidad. Pero cuando hacía quinto mis tíos adelantaron sus vacaciones anuales a Fuentepinilla, un pueblecito soriano de aires saludables y abundante en codornices donde tenía mi tío un primo hermano a cuya casa fue un par de meses cuando yo estaba terminando primero, para curarse una lesión pulmonar. Desde entonces iba allí todos los veranos.

Pero aquel año habían adelantado las vacaciones y como yo por los exámenes debía permanecer en Madrid hasta final de mes continué en mi habitación del sótano encargándose Fany de darme de comer. Aquel fue un buen mes para mí. Fani me había dado unas llaves del sótano, así que yo estaba en Madrid gozando de una libertad de la que nunca había gozado e incluso pude asistir varias veces a la tertulia que en la cafetería Michigan tenían mis amigos.

La lectura de *Ulises* me había causado una gran impresión especialmente el último capítulo, el monólogo con la técnica del flujo de concien-

cia de Molly Bloom. Empecé a dar vuelta a intentar algo así y pensé en un estudiante que solitario y aburrido sigue sin saber porque toda una tarde a una desconocida. Una tarde de domingo se me ocurrió poner la idea en marcha y decidí seguir el itinerario que había asignado al joven, tomando mentalmente ideas de lo que veía y las asociaciones que mentales que esto le suscitaba. Al día siguiente escribí casi febrilmente aquel cuento en un cuaderno escolar. Su extensión era algo menos de la mitad de la que habría de tener el capítulo primero de mi novela. De cómo aquel relato se transformó en la Variación *Domingo* y como de el iba a surgir mi novela *Cinco Variaciones* pertenece ya a otros momentos de esta historia.

¿Y ahora, qué?

En los últimos cursos de la carrera, mi amigo Junquera me prestó algunas novelas inspiradas en la primera guerra mundial. Entre ellas estaba *El fuego*, de Barbusse y las alemanas *Los que teníamos 12 años*, de Ernesto Glaesser -poco conocida y que a mi me gustó mucho- y las más célebres *Sin novedad en el frente* de Remarque y *Pequeño hombre ¿y ahora qué?*.

Ya tenía mi licenciatura de derecho. Entonces, cómo el héroe de la novela de Hans Fallada, podía preguntarme ¿Y ahora qué? ¿Qué iba a hacer un chico como yo con una licenciatura en leyes?.

El primer efecto de la licenciatura fue más bien penoso. Tuve que abandonar Madrid para ir a casa de mis padres. Mi tío Pepe ya había cumplido su misión de darme una carrera y ya no tenía que preocuparse más de mí. Había llegado la hora de que su sobrino volase por su cuenta.

Linares, buen sitio para volar. Unos meses antes de terminar la carrera, mi familia se había trasladado a Linares. Mi madre, delicada de salud, no acababa de adaptarse a una ciudad tan fría y soñaba con volver al clima más benigno de su pueblo natal. Mi padre había tenido un incidente con uno de los ingenieros de la jefatura y sin encomendarse ni a Dios ni al Diablo, se había despedido, tras la consiguiente indemnización, de la Delegación de Obras Públicas. Tras algunos intentos infructuosos de buscar colocación la encontró al fin como conductor en la compañía minera de La Cruz. Y de esta manera mi familia, un mes antes de que yo me licenciase, volvió a mi pueblo natal donde, tras licenciarme yo también volví.

Mi familia se había instalado en una casa que había comprado mi abuelo Andrés en las Casillas de Prieto, ahora rebautizadas con el pomposo nombre de Glorieta de América, un grupo de casas humildes situa-

das en la rotonda del final del paseo sobre un talud protegidas por un muro y que tenían por una pequeña pendiente acceso a la glorieta.

En torno a un patio central se agrupaban las tres viviendas del edificio, todas de una sola planta. A la izquierda, a la entrada, estaba la de una anciana viuda, que vivía sola, pues su única hija no se atrevía a visitarla, ya que su madre la odiaba desde el día de su boda. Esta no había sido del gusto de la madre que no solo no fue a la boda sino que como el padre pretendía ir y se había hecho un traje para la ceremonia, la madre con unas tijeras hizo tiras el traje nuevo y el pobre hombre fue la boda de su hija hecho un pordiosero. Enfrente de la anciana estaba la vivienda de mi abuelo Andrés con mi tía Amelia que le cuidaba y su único hijo por entonces Andresito, del que nadie se había preocupado y el pobre trabajaba de minero. Más tarde, cuando mi tío Enrique hecho un despojo humano salió del último de los penales en los que había transcurrido su vida desde el final de la guerra civil, fue a vivir a la casa de mi abuelo que le recibió muy mal, y la familia aumentó con otros dos hijos. En el fondo del patio estaba nuestra vivienda.

De aquella época guardo recuerdos muy confusos, mucho más confusos que los de mi época segoviana del final del bachillerato. Por ejemplo no recuerdo si tras una corta estancia en casa volví a Madrid y a qué, para luego regresar a Linares donde estaría unos cuantos meses. Me acuerdo perfectamente que de vuelta a casa encontré que Andrés había enfermado del pecho. Afortunadamente los antibióticos se habían perfeccionado y ya no había problemas en adquirirlos, como hacía tan solo unos pocos años atrás, así que mi hermano tuvo una pronta curación. Lo veo sentado en el patio en una mecedora, junto a nuestro portal, debajo de la parra, con una cantimplora humedecida colgada a la sombra que no consentía que nadie tocara salvo él, que se levantaba de vez en cuando para echar un trago tras el que exclamaba invariablemente, “¡agua, bendito licor!” poniendo un gesto de enorme satisfacción para volver a la lectura de su libro que no sé si por casualidad o por una intención morbosa y deliberada era *La montaña mágica*. Tampoco recuerdo si en la época de su enfermedad iba al cine por la noche y nosotros bajábamos por el paseo hasta las Ocho Puertas donde había un bar que además de las esquelas mortuorias muy observada por los ancianos, exponía los carteles de la programación cinematográfica del día, paseo que invariablemente hacía con mi hermano cuando curó todas las mañanas mientras estuve en Linares viviendo en las casillas de Prieto.

Lo que sí recuerdo es que en aquel tiempo de mi vuelta a Linares terminé la primera de mis *Cinco Variaciones* tal y como las publiqué: digo

mal, porque en la copia que terminé y que presente a Barral no había signo de puntuación alguna. Que las puntuase fue un capricho de Carlos, aunque yo procuré que la puntuación no rompiese demasiado el ritmo continuo del devenir del pensamiento interior. Lo que si estaba ya en esta primera copia eran los párrafos en cursiva que de tarde introducía para señalar la sustitución del fluir del pensamiento por imágenes visuales.

Amplíé el relato que había escrito en Madrid tras pasear un domingo siguiendo los pasos de mi imaginario protagonista. En Linares, nada más llegar, completé el relato hasta algo más del doble de su extensión original, dejándole como he dicho antes tal como fue publicado. Entonces en la vieja máquina portátil que había en casa de mis abuelos, saque varias copias para mandárselas a mis amigos. Y mientras las pasaba a máquina cambié mi idea original. Aquel no iba a ser un relato aislado, sino el primer capítulo de una novela estructurada a partir de la idea de las variaciones musicales. Y así surgió la idea de mi novela, novela que no relato como se publicó, *Cinco Variaciones* que iba tardar casi siete años en terminar.

Mandé el relato o la primera variación a algunos de mis amigos que la acogieron con grandes elogios. Yo tenía correspondencia con alguno de ellos Y más concretamente con Jaime Ballesteros, José Luis Junquera y Luis de Pablo. Fue Jaime el que en una carta me comunicó “lo increíble: han concedido el premio Planeta a Antonio Prieto”. Compañero de la tertulia de la cafetería Michigan – yo no llegué a conocerle- les caía bastante mal a mis amigos pues le consideraban un pedante y ponían muy en duda sus dotes literarias; de ahí la sorpresa de Jaime cuando le concedieron el premio planeta. También en otra carta me habló con entusiasmo de *La ley del Silencio* que acababan de estrenar en Madrid Junquera en una de sus cartas me habló de un viaje a su pueblo natal, Villalpando haciendo una serie de consideraciones sobre su paisaje y su paisanaje, Posteriormente me comunicó que se iba a Sidi Ifni a terminar las milicias, no recuerdo si de sargento o de alférez Pero con quien mantuve una correspondencia más fluida durante aquel tiempo fue con Luis de Pablo.

A Luis le había entusiasmado el relato que iba a convertirse en la primera de las variaciones, así como el plan de la novela que le había enviado con el relato. Me animaba a que me pusiese inmediatamente con ella. También me instaba a que volviese a Madrid a preparar unas oposiciones. Era lo que estaba haciendo. Era muy difícil vivir de la música y para eso lo mejor era asegurar un medio de vida y por eso estaba preparando judicatura en una academia.

Y aquí vienen mis dudas. Al fin transcurrido unos meses seguí los consejos de Luis y fui a Madrid a preparar las oposiciones de Jurídico Militar. ¿Pero no había ido durante una corta temporada, había vuelto a Linares y transcurrido algunos meses había vuelto a Madrid para preparar las oposiciones? Las dudas me vienen por mis dos patronas de pensión. Tengo la certeza de que estuve desde mi regreso a Madrid en dos habitaciones para dormir distintas, pero el hecho de que no pueda recordar para que estuve en la primera, los medios de que disponía para mantenerme y por que regresé a Linares al poco tiempo permaneciendo allí varios meses, me hace dudar de si fueron dos intentos separado o de si permanecí en mi pueblo hasta que al fin volví a Madrid.

Lo que si es cierto es que tuve dos patronas. La primera en el portal siguiente al de mis tíos, esquina a Rodríguez San Pedro. Quien me alquiló la habitación para dormir era una viuda cincuentona, pero de buenas y abundantes carnes. Tenía un hijo de unos ocho años y yo compartía la habitación con un muchacho algo mayor que yo, bastante simpático. Era camionero, y como siempre hacía largos viajes, se pasaba semanas sin ir a dormir, por lo que yo disponía casi siempre de la habitación para mí solo. Como el camionero era un buen mozo, la viuda que no se conformaba con su viudedad estaba comprometiendo al muchacho de una forma descarada, pero sin decidirse a dar el último paso. Cuando yo ya me había trasladado de pensión me encontré a mi antiguo compañero de hospedaje que me invitó a una caña. Le pregunté si continuaba con la habitación y me respondió que sí. Haces mal -le dije- si solo duermes allí tres a cuatro veces al mes. Te sale más barato alquilar una pensión cuando vengas por Madrid. Llevas razón, -me dijo- pero es la puta de la patrona que me trae loco. Se mete en mi cama y me deja que la sobe e incluso que le baje las bragas, pero cuando quiero abrirla de piernas, no se deja la muy puta. Por eso estoy obsesionado con tirármela y no me iré de allí hasta que lo consiga.